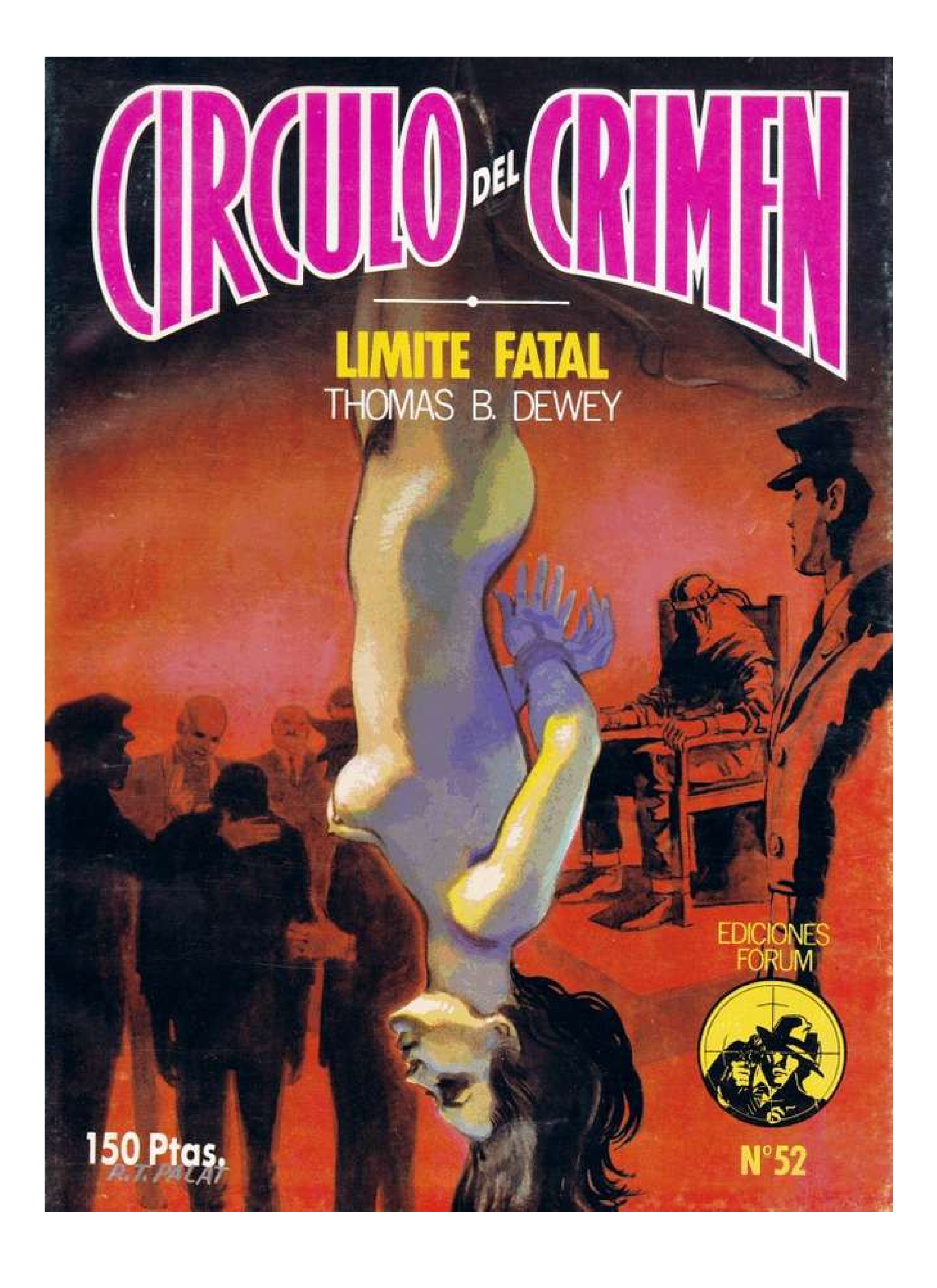

CIRCULO DEL CRIMEN
LIMITE FATAL
THOMAS B. DEWEY
EDICIONES FORUM
150 Ptas.
R.T. PALAT
Nº52

Thomas B. Dewey

LÍMITE FATAL

Círculo del Crimen Nº 52

ePub r1.0
Rutherford/Rbear 28.03.16

Título original: *Deadline*
Thomas B. Dewey, 1966
Traducción: Mª Jesús Gutiérrez
Forum: 1983
ePub base r1.2

1

Peter Davidian tenía veintidós años. Era joven para morir. Pero Peter Davidian, a no ser que ocurriera un milagro en el último momento, moriría en una semana. Y moriría de una de las peones maneras, en una silla eléctrica con suficientes voltios como para iluminar una ciudad, y no de las más pequeñas, con la cabeza rapada y los pantalones rajados. Dicen que no se siente nada, pero me parece que a los veintidós años se debe sentir algo de vez en cuando mientras se espera el momento.

No era un buen año para milagros, y uno como el que Peter Davidian necesitaba no había ocurrido desde la resurrección de Lázaro. Sin embargo, su abogado, Sam Birch, que conocía muy bien las diferencias entre los detectives privados y los taumaturgos, me expuso la situación en términos muy claros.

—El chico va a ir a la silla —dijo—, a menos que saquemos algunas circunstancias atenuantes en los próximos tres o cuatro días.

—¿Atenuantes...?

—Es normal que lo preguntes así, pero quizá no es tan imposible como parece. Tenemos gente que nos apoya.

—Claro —dije—. Los doce miembros del jurado, el fiscal y un ingeniero eléctrico.

—De acuerdo, pero déjame que te ponga en antecedentes. La naturaleza del delito hizo prácticamente inevitable el veredicto. Quiero decir que se juzgó más el asesinato que al hombre que lo hizo. Así que mi defensa, basada en factores psiquiátricos, no tuvo nada que hacer. Aunque mi cliente hubiera llevado una camisa de fuerza y hubiera echado espuma por la boca, también le hubieran castigado con la máxima pena. Así que lo que tenemos que hacer es

convencer al gobernador de que ejecutar al muchacho sería un error, a causa de su probable deficiencia emocional. Y creo que tenemos pruebas de esta deficiencia, pruebas que yo no tenía en el momento del juicio.

—¿Qué hay de esa gente que has mencionado?

—Es buena gente, doctores, psicólogos y un par de abogados. Prestigiosos, intachables y podría decir que entusiastas. Tienen influencia y les gusta el caso.

—Bueno, pero ¿por qué lo hacen? ¿Qué sacan ellos?

—Pues, son caritativos —contestó Sam encogiéndose de hombros—. No sé qué sacan de aquí, pero tampoco me importa un rábano con tal de que pueda conseguir una conmutación de pena para mi cliente.

No dije nada. No tengo nada en contra de los filántropos ni de la gente caritativa, pero todo el asunto me parecía extraño.

—¡Ah! Y tienen pasta —dijo Sam, con algo de malicia.

—Me alegro —comenté—. Todo el mundo debería tener pasta, es una cosa buena.

—Por eso puedo contratarte. Mi cliente no tiene un céntimo y tampoco conoce a nadie que lo tenga.

—¿Es una especie de desafío, o algo así, para ellos?

—Caliente, caliente —dijo Sam—. Exacto. Les gustan los casos difíciles.

Este lo era.

Después de dejar a Sam en su oficina de la avenida Michigan, conduje en dirección suroeste unas dos horas hasta llegar a un pueblo de agricultores llamado Wesley. Estaba en una zona de granjas y todo lo que tenía allí era eso, granjas y unas pocas tiendas y edificios públicos situados en una calle principal no muy larga. Había un hotel llamado Casa Clark, y el corpulento anciano que estaba en el mostrador de recepción podría haber pasado fácilmente por el primer propietario. Era blanco; es decir, tenía el poco pelo que le quedaba blanco, como las cejas, y su piel se estaba volviendo también blanca, de forma que según le diera la luz, parecía como si se le desdibujasen las facciones de la cara mientras se le miraba.

Sin embargo, era amable. Anotó mi nombre y dirección en el

libro de registro y me dio una llave. Me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme y le contesté que no podía decírselo con seguridad, pero que posiblemente tres o cuatro días. Le pareció bien. El único nombre que había en la hoja de registro era el mío. Daba la impresión de que, aparte de un caballero viejo y delgado que cabeceaba sobre un periódico en la parte delantera del vestíbulo, yo era el único huésped de la Casa Clark, lo cual indicaba que el hotel estaba prácticamente vacío, ya que contaba con treinta habitaciones repartidas en tres pisos. Sin embargo, el anciano del mostrador no parecía desanimado. Su sentido del humor era tan fuerte como los pálidos huesos de su cráneo redondo. Mientras me alejaba del mostrador dijo:

—Espero que lo encontrará lo suficientemente tranquilo.

Al fondo del vestíbulo, donde empezaban las escaleras, había una puerta ancha de doble hoja cerrada con un tablón sujeto con clavos a ambos lados de la puerta. En el tablón había un cartel amarillo que ponía «CERRADO». Encima de la puerta, escrito en descoloridas letras doradas, se podía leer: «COMEDOR».

En otros tiempos, pensé mientras me acercaba a las escaleras para subir al segundo piso, la gente vendría los domingos por la noche a cenar al hotel. Pollo frito, puré de patatas, salsa, guisantes y zanahorias, tarta de manzana y café, todo por un dólar. ¿Sería mejor entonces?

El pasillo del segundo piso estaba tan oscuro que tuve que pararme y parpadear varias veces antes de poder leer los números de las puertas.

No sé si sería mejor entonces, pensé. Pero puedo intentar averiguarlo.

Mi habitación, la número 8, daba a la calle. La llave entró fácilmente en la cerradura, demasiado fácilmente.

Tengo que arreglar eso pensé. Y en seguida me dije: «Deja ya de preocuparte, estás en el campo.»

Subí la persiana y puse la maleta en una silla de respaldo recto junto a una cama de latón auténtico, que tenía dos colchones sobre un somier de muelles. La habitación estaba limpia. Había una palangana con un espejo para afeitarse. Eché un vistazo al pasillo y en el extremo más próximo, sobre una puerta entreabierta pude leer las palabras: «Lavabos» y «Baños». Después cerré la puerta,

deseando vagamente que el comedor estuviera abierto.

Desde la ventana se veía toda la calle principal, excepto un tramo que tapaban un par de edificios, en el extremo oeste. Uno de ellos, según me enteré en seguida, era un almacén de pienso y semillas y el otro una gasolinera. Había otra gasolinera en el otro extremo de la calle. En medio había tiendas —frutos secos, ferretería, maquinaria, un supermercado—, un banco, el Banco Nacional de Granjeros y Comerciantes, y un restaurante llamado Café Wesley. No parecía haber mucho afán de ostentación en Wesley, a juzgar por los sencillos nombres de los establecimientos.

El rótulo del edificio con forma de granero que estaba frente al banco en la calle principal cuya salida daba a una estrecha calle lateral, tenía tres líneas:

COSECHADORA INTERNACIONAL
JACK PARRISH
Ventas Alquileres

Me quedé un rato mirando el establecimiento. No es que me apasione la maquinaria agrícola, pero la razón por la que yo estaba allí era que ocho meses antes, Peter Davidian, según las conclusiones del Tribunal de Primera Instancia y de todos los tribunales superiores hasta el Supremo, había atacado, asesinado y descuartizado a una chica llamada Esther Parrish, de dieciocho años. El concesionario de tractores y maquinaria agrícola en Wesley debía ser el padre de Esther Parrish.

Eran las tres de la tarde, el sol daba de lleno en la calle y no podía hacer nada en la habitación del hotel. Abrí la maleta y saqué el voluminoso informe del sobre que Sam Birch me había entregado antes, ese mismo día. Era un informe muy completo. Además de los momentos más interesantes de las declaraciones del juicio, había informes detallados y abundantes de las pruebas psicológicas y psiquiátricas realizadas a Peter Davidian y un estudio minucioso sobre el caso, realizado por el grupo que estaba tan decidido a salvar la vida de Davidian. También estaba en el sobre mi paga, bastante buena, por cierto, y entre otras cosas, una lista de los

nombres y lugares relacionados con el delito y el juicio. Mi misión era sacar a la luz todo lo que pudiese sobre la personalidad y las costumbres de Peter Davidian y de algunas otras personas, incluyendo a Esther Parrish, así como otras circunstancias que hasta entonces habían sido pasadas por alto u oscurecidas y que, de ser conocidas, podrían arrojar nueva luz sobre el caso. Nunca había hecho un trabajo así, y no era fácil tener esperanzas. Una lista de nombres es un trozo de papel con letras escritas en él. Yo era quien tenía que dar sentido a esas letras, y disponía de poco tiempo.

Me metí la lista en el bolsillo, guardé los otros papeles en el sobre, lo volví a poner en la maleta y me disponía a salir cuando oí una voz de mujer asustada que gritó:

—¡Eh, oiga!

En la penumbra del pasillo pude adivinar la esbelta figura de una mujer con un vestido blanco de verano y unas gafas corrientes, que no le sentaban mal. Era fácil suponer que cuando yo había abierto la puerta, había estado a punto de golpearle en la nariz, alta y ligeramente respingona.

—Perdone —dije.

Me miró y volvió al sitio donde había estado a punto de darle con la puerta.

—No era mi intención hacerle daño.

Me miró de nuevo y luego volvió la vista a otra parte.

—No es tanto por la nariz —dijo—, pero las gafas cuestan cuarenta dólares.

—Entonces ha sido un buen ahorro.

Asintió con la cabeza y se dio media vuelta. Yo volví a la habitación y cerré la puerta. Mientras le daba unos segundos para ir donde fuera y desaparecer, pensé en el sobre con los informes. Abrí la maleta, lo saqué y me lo puse bajo el brazo. Campo o no campo, pensé, nunca se sabe y es el único material de que dispongo.

Abrí la puerta y casi le rompo las gafas por segunda vez. Ahora ella iba en sentido contrario y llevaba una toalla en el hombro.

—Vaya por Dios —dijo en un tono indiferente.

—Créame, no estaba tratando de molestarla. Había olvidado una cosa y he vuelto a cogerla.

Echó una ojeada al voluminoso sobre que yo llevaba bajo el brazo y que pareció inspirarle alguna confianza. Sonrió ligeramente.

Tenía una boca muy bonita y la nariz resultaba muy graciosa. De los ojos no podía juzgar muy bien a causa de sus gafas.

—Lo qué pasa es que hasta ahora —dijo— pensaba que tenía todo el hotel para mí sola, y no estoy acostumbrada a estos problemas de circulación.

—Bueno, yo sólo me voy a quedar unos días.

—Espero que lo pase bien —replicó.

Sonrió de nuevo cortésmente, se dio la vuelta y se dirigió con un aire un tanto remilgado hacia el cuarto de baño.

Ya en el vestíbulo, pregunté al empleado de detrás del mostrador de mármol si podía dejar un sobre en un sitio seguro.

—Bueno —dijo—, tenemos una caja fuerte; es vieja, pero no ha podido ser forzada en cincuenta años y creo que es tan buena como cualquiera.

—Entonces es lo bastante buena —repliqué.

Puse mi nombre en el sobre y pegué la solapa.

La caja estaba dentro, en un rincón, y el empleado fue hacia ella muy tieso; se inclinó y empezó a juguetear con la rueda. No tardó mucho en abrirla. Se inclinó un poco más para meter el sobre. De repente se incorporó y dirigió su mirada al vestíbulo.

—Oye, Walt —dijo.

El vejete, que cabeceaba sobre el periódico, volvió lentamente la cabeza.

—¿Qué, Jess? —preguntó.

—¿Ha salido la señorita Adams? Yo salí a un recado.

—Sí. Ha llegado hace poco. Fue para arriba.

—Quería verla —dijo Jess antes de acabar de guardar mis papeles—. Había una carta urgente para ella y se la aparté, pero no la he visto entrar.

Se separó de la caja fuerte.

—¿Está bien guardado así? —preguntó.

—Muy bien —respondí, y añadí—: Ha mencionado a una señorita Adams, ¿no será la señorita Vivian Adams, de Chicago?

—No, no es —contestó.

—Ya.

Le di las gracias y salí, pensando que si quería saber algo más sobre la señorita Adams tendría que encontrar a alguien más locuaz que Jess.

Después de la fresca oscuridad del hotel la luz del sol resultaba deslumbrante. Caminé en dirección oeste, hasta más allá de los almacenes cuyas fachadas no había podido ver desde la ventana porque estaban justamente en línea con hotel, más abajo. Pasé un tinte y un supermercado. Me dio una cierta tranquilidad ver que en el supermercado había cafetería, la cual, junto con el café que estaba enfrente, me garantizaba que podría comer algo.

Entre el supermercado y el siguiente edificio había un solar vacío, y luego estaba el ayuntamiento, un edificio de tres pisos con un campanario cuadrado. Unas escaleras laterales llevaban a un salón de reuniones en la segunda planta. Los despachos estaban en la tercera.

La mitad de la planta baja estaba ocupada por un cuartel de bomberos con las puertas abiertas, en el que se veía un gran coche-cisterna rojo dispuesto a salir en cuanto fuera necesario. En la otra mitad estaba el cuartel de Policía y la cárcel. Allí hice la primera parada.

El jefe de Policía, según mi lista, se llamaba Roscos Embers. Había sido el primer representante de la autoridad en ver el cadáver de Esther Parrish, aunque no lo había descubierto él. Existía la posibilidad de que supiera más de lo que había dicho, pero había muchas más posibilidades de que todo lo que supiera fuese que había sido algo horrible de ver y para llorar de rabia.

Lo encontré detrás de una mesa en la que se apilaban boletines y comunicados atrasados de su superior; en un cuchitril como aquel, tan atestado de papelotes, debía ser toda una proeza para él abrir y cerrar la puerta sin tirar nada. Debía tener unos sesenta años, tenía el estómago y los mofletes bastante fofos, mientras que sus manos eran excepcionalmente pequeñas, casi de chica. Pero el resto de su persona era bastante varonil. En ese momento estaba escribiendo dificultosamente con un lápiz casi sin punta y la lengua le asomaba por una comisura de los labios.

—En seguida le atiendo —dijo sin levantar la vista.

Esperé a que terminara, de pie porque no había ninguna silla libre para sentarse, cosa que hizo en seguida. Se metió la lengua en la boca, se echó hacia atrás en su silla giratoria y levantó las pobladas cejas dirigiéndose a mí.

—Maldito papeleo, le vuelve a uno loco —dijo.

—Sé lo que es eso.

—¿En qué puedo servirle?

Había que empezar por alguna parte. No conozco ninguna forma de buscar información en una ciudad pequeña y mantenerla en secreto.

—Me gustaría hablar con usted sobre el asesinato de Esther Parrish —contesté.

Tardó unos momentos en reaccionar. Se removió en la silla, cogió el lápiz y lo dejó caer de nuevo, miró por encima del hombro hacia la puerta de barrotes que daba al pasillo de la cárcel y se rascó la parte posterior del cuello con una de sus manitas.

—Bueno, ahora... —empezó.

—Cuando quiera —dije—, pero creo que sería mejor ahora.

Se incorporó un poco.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó.

—Conmigo —respondí—. Es del dominio público, creo. Quiero decir que salió en los periódicos, hubo un juicio y todo eso.

—Ya, pero si no es algo oficial, verá, tengo mucho trabajo por aquí...

—Es algo oficial. Represento a un abogado.

—¡Ah! —dijo con cierto alivio.

No parecía tener mucha importancia de qué lado estaba yo, pero tampoco podía estar seguro de eso.

—Según me han dicho, usted fue quien llegó el primero al lugar del crimen.

No me habían dicho nada de eso, pero me pareció que debía seguir un cierto formulismo.

—Bueno, no exactamente el primero. Estaba con el grupo que formamos. Vi a la chica y estuve echando un vistazo al lugar, mientras esperaba que llegaran el jefe y sus hombres.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté.

—Era una visión lamentable. Una joven como aquella. Era para llorar de rabia.

Así fue como terminamos con esa parte.

—¿Qué hora era?

—Era por la noche, después de las diez, sobre las diez y media.

—¿Cómo fue lo de formar un grupo? ¿Por qué se hizo?

—Bueno, verá —cerró los ojos de repente—. ¿Por qué lo

pregunta? La chica había desaparecido, su padre estaba preocupado y en estos casos la gente siempre quiere ayudar…

—Entiendo —dije.

Empecé a perder el interés por su relato. A todo el mundo le molesta volver a abrir un asunto cerrado, y a los agentes del orden parece molestarles más todavía. Si Embers hubiese desempeñado un papel importante en la captura del asesino, hubiera estado encantado de hablar de ello. Pero no parecía haber sido así.

—Ya veo que está muy ocupado —dije—. No le entretengo más. Quizá podamos hablar en otro momento.

Se encogió de hombros y movió una de sus manecitas.

—Dentro de unos días —dijo— no habrá mucho de qué hablar.

Se refería a Peter Davidian y la silla eléctrica, y no me gustó el tono con que lo hizo. Asentí con la cabeza, agarré el picaporte y salí a la calle.

En mi lista figuraban también Fred Sampson y su mujer, pero según mi vaga noción de lo que es la vida rural, no habría nadie en casa a las cuatro de la tarde. Estarían en el campo. Decidí que el mejor momento de ir de visita a una granja sería al anochecer, cuando terminaran las faenas del campo.

Volví al supermercado y me senté en el bar. No había más que un tipo alto con una chaqueta blanca detrás de un mostrador, una mujer gruesa con traje de calle y un hombre larguirucho, de extraña apariencia, con camiseta y mono, que estaba fregando el suelo concienzudamente; lo hacía muy bien, aunque me pareció que empleaba más fuerza de la necesaria. Tenía la expresión furtiva y abatida de los retrasados mentales y no paraba de mover la boca, mascullando palabras inaudibles.

Pensé que probablemente sería un escritor aficionado que finalmente había encontrado un trabajo fijo.

La mujer se acercó y me sirvió un refresco. Le pregunté si vivía aún en la ciudad una chica llamada Mary Carpenter y si iba por el supermercado.

—Claro que vive aquí —contestó—. ¿Es usted pariente suyo?

—No…, me gustaría hablar con ella.

—Ya.

Pasó afanosamente un trapo por el limpísimo mostrador de material que imitaba el mármol.

—Si es sobre Esther Parrish y todo eso —dijo— dudo que quiera hablar con usted.

—De acuerdo —contesté—. No la voy a obligar.

Terminó de pasar el trapo, lo dejó a un lado y se fue al otro extremo del mostrador.

—No la culpo —dijo mientras se alejaba.

Me tomé el refresco a sorbos, con el ruido de fondo de la fregona pasando por el suelo de linóleo y de vez en cuando el sonido del cubo.

—Oye, Chris —dijo el hombre de la chaqueta blanca.

—¿Dime? —preguntó el de la fregona.

Por el espejo que había en la pared del bar, vi cómo el tal Chris levantaba la cabeza para escuchar. Pero no levanté la vista ni dejó su trabajo, lo único que hizo fue frotar más de prisa y con más fuerza.

—¿Cuántos pollos dijo Fred Wiley que había en la última pollada?

—Doscientos ochenta y seis —respondió Chris—. Ciento setenta y ocho amarillos y ciento ocho blancos. Las gallinas empezaron a poner el martes por la mañana, a las siete y media.

Doscientos ochenta y seis pollos, pensé. A las siete y media el martes por la mañana. Eso es lo que se dice tener buena memoria.

La fregona estaba pasando cerca de mis zapatos. Volví el taburete y levanté los pies para que pudiera limpiar bien el frente del mostrador. No me miró. Murmuraba algo que yo no entendía hasta que cacé el nombre «Mary Carpenter».

—... Mary tiene diecisiete años, va a hacer dieciocho —decía—. Su cumpleaños será el cuatro de septiembre. Esther Parrish era mayor, sin embargo eran buenas amigas, íntimas amigas. Esther cumplió los dieciocho tres días antes de que la mataran. Dio una fiesta, muy bonita, con diez chicos... —su voz se desvaneció conforme se alejaba pasando la fregona.

Miré el reloj, pagué el refresco y me dirigí al hotel sin prisas. Tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo.

En el vestíbulo del hotel el vejete del periódico se había ido y el empleado del mostrador dormitaba sentado en un sofá de cuero

negro. Encontré un asiento cerca de la ventana y saqué mi lista. No había ningún Chris en ella. Me acerqué al sofá y Jess parpadeó.

—No quisiera molestarle —dije—, pero me gustaría poner una conferencia, a Chicago.

—¿Chicago? —preguntó somnoliento.

—Eso es. No hay teléfono en la habitación.

Se puso de pie y se dirigió al despacho.

—Antes teníamos teléfono en las habitaciones —dijo—, pero se ponía muy caro. Hay que pagar por el servicio todos los meses, aunque no se usen.

—Ya.

Sacó un teléfono de debajo del mostrador.

—Puede usar éste —dijo—, lo pondré en su cuenta.

—Gracias.

Saqué mi lista y la puse junto al teléfono. Jess se alejó.

—He topado con un tipo curioso —le comenté.

—¿Y eso?

—Un tipo llamado Chris, que trabaja en el supermercado.

—¡Ah, ya! Es Chris Duval, todo un personaje.

Llamé a la operadora para poner una conferencia a Sam Birch. Jess estaba ya al otro lado del vestíbulo y de espaldas a mí, mirando por la ventana, como para darme sensación de intimidad. Oí el contestador de Sam Birch, que me dijo que él no estaba y que tardaría un rato en localizarle. Dije que era importante y que esperaría.

El libro de registro del hotel estaba en el mostrador, a mi alcance. Lo abrí y empecé a pasar las hojas hacia atrás, una a una. Mi nombre era el único de ese día, el 27 de agosto. No figuraba nadie en los tres días anteriores y luego estaba apuntado un tal Sam Bellow. Algún negocio, pensé.

Había dos entradas registradas nueve días antes. Una era de un matrimonio, los Linezcre, y la otra de la señorita Caroline Adams.

Eché una ojeada a mi lista y cerré el libro de registro. En el sexto lugar de la lista estaba una tal Caroline Adams, de veintiocho años, profesora de inglés. Conocía a Esther Parish, a Mary Carpenter y, seguramente, también a Peter Davidian. Llevaba tres años enseñando en Wesley, en el colegio que había a seis kilómetros al oeste del pueblo.

Llegó la voz de Sam Birch, que parecía exhausto.

—No tengo ninguna novedad todavía —dije—. Llevó aquí dos horas. En el informe que me diste no figura un tipo limado Chris Duval.

Repitió el nombre y después de un silencio, dijo:

—Tengo el material aquí mismo, espera..., sí había uno que se llamaba así, un deficiente mental. Hablé con él. Tiene una memoria prodigiosa para los detalles, pero no puede leer ni escribir. No hubo forma de que pudiera testificar, ya que fue considerado incompetente. Pero no sabía que él conociera algo que pudiera sernos útil. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, por lo de la memoria, imagino. Se acuerda del cumpleaños de Esther Parrish, de cuándo fue y de cuánta gente había, y también del de Mary Carpenter y pensé que quizá se acordaría de algo más.

—Siempre es posible. Pero no te entretengas mucho con él. ¿Algo más?

—No.

Una especie de presencia silenciosa con vestido de verano bajó por las escaleras y atravesó el vestíbulo.

—Te cuelgo —dije—. Acaba de pasar una chica y me gustaría tener una cita con ella.

—¡Mac!

—Una profesora llamada Carolina Adams —dije.

—¡Ah! Entonces, buena suerte —contestó antes de colgar.

Colgué, di las gracias con la mano a Jess y salí, siguiendo a Caroline Adams.

2

La alcancé a la puerta del supermercado, donde estaba hablando con Chris Duval. El e apoyaba en el palo de la fregona y ella apoyaba una cadera en la puerta y jugueteaba con un bolsito de color púrpura. La luz del sol hacía reflejos con sus gafas.

Una vez que la había alcanzado, para no dar la impresión de que la perseguía, saludé amablemente con un movimiento de cabeza y entré en el supermercado sin detenerme. Compré un paquete de hojas de afeitar, pregunté la hora a la hacendosa mujer, y para entonces Chris Duval había vuelto a entrar en el establecimiento y la señorita Adams seguía su camino por la calle.

Volví a alcanzarla, dejando que se viera bien mi paquetito. Me pareció que sería un alivio para ella que yo tuviera algo en la mano, quizá porque eso indicaría que yo tenía algo más que hacer que seguirla por todas partes y abrirle puertas en la nariz.

—Señorita Adams —dije—. Había una carta urgente para usted en el hotel. Dio la casualidad de que yo estaba en el mostrador.

Abrió su bolso, metió la mano y sacó un sobre doblado por la mitad.

—Ya lo sé —dijo—. Ya la he recogido. Muchísimas gracias.

Me estaba haciendo correr mucho, casi literalmente. Sus pasos eran más grandes que los míos, así que tenía que ir muy de prisa para no quedarme atrás. Era como intentar concertar una cita con alguien que se va en un tren.

—Bueno, me alegro que la tenga ya en su poder —dije.

—También me han dicho que usted preguntó si yo era Vivían Adams, de Chicago.

—Ya...

—¿Le gustaría saber algo más?

—Sí, pero no es referente a usted. Tengo todos sus datos personales.

—¿De verdad?

—Usted es la señorita Carolina Adams, profesora de inglés en el colegio que hay en la carretera en dirección oeste, a seis kilómetros de la ciudad. Tiene veintiocho años y lleva tres años enseñando en Wesley.

Guardó silencio un momento y aceleró el paso.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó por fin.

—¿Perdón?

—Está claro que quiere algo de mí. ¿Qué?

Habíamos llegado al ayuntamiento y ella se detuvo junto a la puerta de las escaleras, que estaba abierta.

—Quiero hablar con usted.

—Bueno… —miró el reloj que rodeaba su fina muñeca—. Sólo dispongo de dos minutos.

—No es bastante.

—Sigo preguntándole que qué quiere. ¿Información?

—No exactamente. Quiero opiniones, impresiones, apreciaciones.

—¿Está haciendo una encuesta o algo así?

Respiré profundamente.

—Bueno, se podría considerar una cosa así.

—¿Para quién trabaja usted?

—Para un joven de veintidós años que va a ser electrocutado dentro de unos días a no ser que yo pueda encontrar una razón por la que no se pueda hacer eso.

Apartó los ojos de mi cara y frunció los labios para relajar después la expresión un poco. Volvió a mirarme.

—Peter Davidian —dijo.

—Eso es.

—¿Es usted un abogado?

—No. Represento a un abogado.

—¿Al abogado de Peter?

—Sí, señora. A Sam Birch.

De nuevo retiró de mí la mirada. Movió un poco los labios y pensé que iba decir algo, pero volvió a cerrar la boca con fuerza, se dio bruscamente media vuelta y empezó a subir las escaleras. Yo me

quedé allí, a pleno sol.

La señorita Adams subió cuatro escalones muy decidida y luego se paró. Permaneció bastante tranquila durante treinta segundos, luego se quitó las gafas. Tenía los ojos verdes, con un halo ámbar alrededor de las pupilas; libres de los cristales, parecían muy bonitos.

—Mire —dijo—, no hay nada que yo pueda hacer por Peter Davidian. Yo no fui testigo de nada. Estaba dispuesta a prestar declaración, pero no podría ser de ninguna utilidad. No quiero hablar del caso ni con usted ni con nadie. Fue un disgusto muy grande para mí y todavía lo es. Por favor, no me pregunte otra vez.

Se dio la vuelta.

—Quizá, si cambia de opinión, podríamos cenar —propuse.

—Eso va a ser imposible. Hay una reunión esta noche en el colegio y tengo que prepararlo todo.

—De acuerdo —dije—. Seguiré esperando.

—Si no lo hace, se ahorrará mucho tiempo.

Esta vez subió todos los escalones y desapareció. Yo me dirigí hacia el oeste, donde la calle se terminaba en campo abierto. Pero la puesta de sol me daba de frente en los ojos y tras unos pasos, crucé la calle y empecé a andar en la otra dirección.

Entré en el café de Wesley para tomar una taza de café. Había un mostrador a un lado, asientos en la pared de enfrente y algunas mesas largas y rectangulares en el centro del local. Seis personas, cinco hombres y una mujer, estaban en la barra y me uní a ellos. Nadie dio muestras de interés, tan sólo alguna mirada momentánea.

El café era bueno y estaba caliente. Era lo mejor que me había ocurrido desde que había llegado a esa ciudad. Lo saboreé despacio. La conversación de los otros clientes trataba sobre asuntos locales, en voz muy alta. Yo no entendía nada y eso me dio cierta sensación de aislamiento, como una extraña bienvenida. Yo no pertenecía a aquel mundo. El encargo no tenía ninguna viabilidad y todo el mundo lo sabía.

Lo que tengo que hacer, decidí, es repasar la lista, mirar por la ciudad, hacer un informe v marcharme; ahorrar el dinero de mi cliente.

Había que pensar también en Peter Davidian, pero era desagradable, como había dicho la señorita Adams. Además ya era bastante mayor como para ocuparse de sí mismo. O casi, pensé.

Terminé el café y ya no tenía más que hacer que patear la calle otra vez. El sol casi había desaparecido, pero todavía había mucha luz. Era uno de esos crepúsculos largos de fines de verano. Había mucha más gente en la calle que una hora antes, la mayoría mujeres que entraban y salían de las tiendas.

Me dirigí hacia el banco y me paré en la acera para echar un vistazo al almacén de maquinaria agrícola v tractores. Había escaparate ñero no puerta de entrada; debía estar a la vuelta, no en la acera principal. En la exposición había un tractor que parecía un tanque, rojo y amarillo. No había nada más expuesto, excepto dos objetos pequeños que no pude identificar. Parecían cortadoras de césped, pero no exactamente.

En la parte de atrás del salón se podía ver un despacho detrás de una pared de cristal. Una mujer alta y delgada con gafas sin montura sujetas por una cadena estaba trabajando en una máquina de sumar. Eso era lo que podía ver.

Mientras estaba mirando, entró en la exposición un tipo alto y algo grueso que se dirigió al despacho. Detrás de él, casi tratando para no quedarse atrás, iba un hombre delgado que llevaba puesto un mono y una gorra de visera. El grandote llevaba una camiseta de dril azul abierta por el cuello y un puro en la boca. Todo en él era grande, incluso su boca, que manejaba el puro con precisión y entusiasmo. El pequeño llevaba algunos papeles en la mano y cuando llegaron a la ventanilla de la caja, el grandote se los cogió y se los pasó a la señora de las gafas, mientras el otro esperaba.

El grandote no tenía mucho tiempo. Le dijo algo a la cajera y algo al granjero. Al hablar, se veía cómo utilizaba el puro para poner los signos de puntuación: puro hacia arriba, signo de interrogación; puro a un lado, punto; puro hacia abajo, coma. No tocaba el puro con la mano y no se le caía nunca.

Cuando dijo todo lo que tenía que decir, salió y el tipejo permaneció de pie junto a la ventanilla de la cajera esperando pacientemente a que éste acabara. No vi que hubiera dinero por medio.

Doble la esquina y fui a la entrada principal. Detrás de la

exposición había un taller grande que estaba abierto. El negocio no parecía muy animado, pero luego me enteré de que era la época de la cosecha y, por tanto, las máquinas estaban todas fuera trabajando, no en el garaje.

En uno de los lados del taller, había una camioneta estropeada levantada en una plataforma bajo la cual trabajaban dos mecánicos. Se trataba de otro caso de «el gordo y el flaco». Uno de ellos era casi tan grande como el del puro y el otro era bajito y delgado, con una apariencia frágil, enfundado en un mono grasiento. Se sabía quién mandaba allí por la altura a que estaba la plataforma; para el grande estaba bien, pero para el bajito estaba demasiado alta, así que tenía que estar estirándose para llegar, con lo cual no rendía mucho en el trabajo.

No había ni rastro del de el puro. Evidentemente tenía incluso menos tiempo del que yo había creído.

El grande que estaba bajo la camioneta salió y me acerqué a él. Estaba lleno de grasa, lo cual le hacía indistinguible del resto de los mecánicos. Era grande, y sus músculos parecían fuertes, aunque tuviera en algunas zonas un ligero exceso de grasa; su constitución recordaba a la de un gorila con piernas cortas y macizas y espalda ancha. Tenía los brazos extremadamente largos.

En esos momentos se limpiaba las manos con un trapo rojo y no me hizo ni caso hasta que terminó y tiró el trapo.

—No está —dijo—, hoy ha salido.

—Quizá mañana —dije, antes de dar media vuelta.

—Me llamo Bledsoe. Tony Bledsoe. ¿Puedo ayudarle en algo?

Me volví para mirarle. Su nombre estaba en la lista, pero no podía recordar qué se decía de él.

—Soy como el encargado cuando Jack se va —dijo.

—Gracias —contesté—. No tengo prisa. Volveré mañana.

—Como quiera.

Me dirigía otra vez hacia la salida cuando oí un silbido y luego un grito estridente. Cuando me volví, vi que Bledsoe había soltado la palanca que elevaba la plataforma y que ésta estaba cayendo, con el pequeño mecánico todavía bajo la furgoneta.

El pequeño salió a cuatro patas, mientras todavía sonaban en el suelo de cemento las herramientas que había arrojado. Bledsoe no había hecho ningún movimiento para parar la grúa. Se reía

mientras el pequeño se ponía de pie y se sacudía el mono.

—Casi te da, ¿eh? —dijo Bledsoe.

El pequeño se encaminó hacia el banco, murmurando. Hubiera sido ridículo presentar pelea. Me dirigí a la salida del callejón, pensando que en este pueblo gastaban bromas muy pesadas. Luego pensé que tampoco parecía haber mucho más que hacer.

Sin embargo, Peter Davidian había encontrado algo que hacer, también un poco pesado.

Crucé la calle y me acerqué al vestíbulo del hotel, donde Jess estaba comiendo un sandwich de jamón y bebiendo café que tenía en un termo. No había habido ninguna llamada para mí.

—Tiene buena pinta —dije—. ¿De dónde es?

—Del Café —contestó—. Está muy bueno.

Engulló el último trozo y lo pasó con café.

—¿Le molestaría darme el sobre que le entregué antes? —pregunté.

—En absoluto. No me molesta nada.

Fue a la caja, la abrió y volvió con el sobre.

—Mire... —dijo—. No me gusta hacer preguntas, la gente viene al hotel, y no me meto en sus asuntos, me gusta dejarlos tranquilos.

—Ya, ya. Adelante, pregunte.

Echó una mirada al vestíbulo, donde sólo estábamos nosotros. Se inclinó sobre el mostrador y acercó su cara a la mía.

—En un pueblo pequeño como este, las noticias vuelan —dijo—. ¿Está usted investigando sobre ese... asesinato? ¿Sobre ese chico, Peter Davidian?

—Sí —contesté.

—Bueno..., ¿de qué lado está usted?

—Sólo hay una parte interesada en esto, la de Davidian —respondí.

—Me lo figuraba —dijo, moviendo la cabeza con expresión triste.

—¿Hay algo más? —pregunté, después de esperar un momento en silencio.

—No —contestó, moviendo lentamente la cabeza—. ¿Podría darle un consejo? Es otra cosa que no hago casi nunca.

—Me gustaría que lo hiciera. Puede serme útil.

—No sé si puede serle útil, pero sí le puede evitar problemas —se inclinó aún más mientras su voz se desvanecía—. La gente es muy susceptible aquí sobre eso. Parece que están esperando a que electrocuten al chico para poder respirar tranquilos y olvidarlo todo.

—Bueno, imagino que sí.

—Y nadie quiere hablar mucho sobre ello.

—Eso ya lo he notado.

—Es como si la ciudad se sintiera avergonzada, ¿sabe?

—Ya.

—Así que de, hombre a hombre, le diría que no insistiese mucho. Todo está muy a flor de piel todavía. Si sigue removiendo el asunto va a sacar de quicio a todo el mundo y puede haber lío.

—Claro —dije—. Tendré cuidado. Gracias.

Asintió con seriedad.

—Sólo otra cosa. Es bastante molesto estar sentado allí esperando la muerte hasta que vengan a por uno, especialmente a los veintidós años.

Volvió a asentir.

—Lo reconozco —dijo.

—Eso era todo lo que él tenía que decir sobre el asunto, así que dejé el hotel y crucé al Café para comprar un sandwich.

Me puse en camino en el coche hacia la granja de Fred Sampson, al noroeste de la ciudad. No había ningún problema en dar con ella. Entre los papeles que me habían entregado, figuraba un plano a gran escala de la ciudad y sus alrededores, en el que estaban claramente marcados todos los puntos de interés. La granja de los Sampson estaba a unos siete kilómetros de la ciudad y de camino, según el plano, pasaría por la granja abandonada donde Esther Parrish había sido asesinada. Era un sitio pequeño, cuyo propietario era un tal Donaldson, que se había marchado al este, y de la que nadie se había ocupado desde que Fred Sampson desistiera de hacerlo, dos años antes. Peter Davidian había trabajado para Fred Sampson en las dos granjas, durante unos dos años y medio en total.

La granja de la muerte se reducía ahora a un granero abandonado que se encontraba al final del camino polvoriento y lleno de baches. En tiempos había habido también una casa que había sido destruida por un incendio y de la que sólo quedaban los mellados restos de la chimenea, que se destacaban negros contra el cielo en la última hora del largo crespúsculo. Había un tramo de valla en la parte delantera, pero estaba derruida y cubierta de hiedra y parras. Pasé despacio por allí y dos kilómetros más lejos llegaba a la granja de los Sampson.

Aunque humilde, parecía bastante cuidada. Cerca de la carretera se veía una casa pequeña rodeada de árboles frutales; con una especie de fachada de aspecto abandonado, lisa sin porche, en la que se veían los huecos de las ventanas. Detrás parecía haber un granero y otras pequeñas construcciones. Cerca del granero se veía un tractor ligero.

Dentro de la casa había luces. Dejé el coche en la carretera y anduve por el camino que llevaba a la puerta lateral, donde las luces parecían más intensas. Por la parte superior de la ventana pude ver a un hombre y a una mujer sentados a la mesa, tomando una cena frugal. La mujer era pequeña y de aspecto maternal. Llevaba puesto un delantal de algodón estampado desde el cuello hasta el borde de la falda. El aspecto del hombre, por el contrario, resultaba algo arrogante, llevaba puesto un mono, medía alrededor de uno noventa y se daba un aire a Abraham Lincoln.

Llamé a la puerta y los dos miraron hacia ella, luego se miraron el uno al otro durante unos momentos y, finalmente, el hombre se levantó y en dos grandes zancadas llegó a la puerta; lo que me resultó más sorprendente de él fue que no dijo nada. Abrió la puerta, me miró (para lo cual tuvo que bajar la vista) y no habló. Pensé que a lo mejor era mucho, pero luego me di cuenta de que podía hablar perfectamente. Esto fue unos segundos después, cuando la mujer le preguntó:

—¿Quién es, Fred?

Fred volvió la cabeza hacia ella y le contestó lo más lógico en aquellos momentos.

—No lo sé.

Me volvió a mirar. Estaba muy claro a quién le tocaba hablar.

—Voy a estar en el pueblo unos días —dije— y me han dicho

que usted podría darme alguna información sobre Peter Davidian.

—¿Peter...? —preguntó la mujer.

—¿Para qué? —preguntó el hombre.

—Estoy trabajando en el caso —dije.

Era el examen más lento que me habían hecho nunca. Conté lentamente hasta cinco antes de que él dijera:

—Pensé que ya estaba todo arreglado.

—Todavía está vivo —dije.

—¿Qué hay de Peter? —volvió a preguntar la mujer.

El señor Sampson movió los pies, dudó un momento y por fin me dejó pasar.

—Entre.

Era una cocina limpia y bien arreglada. En la mesa había un mantel blanco de hule. Habían comido en unos grandes cuencos y sobre la mesa se veía aún una botella de leche y un plato con pan.

La mujer aparentaba unos cincuenta años. Tenía la cara arrugada y la boca hundida, con el aspecto de los que han trabajado duramente toda su vida y no han sacado mucho de ello en lo que respecta a bienes materiales. Tenía el pelo liso y gris, muy corto, con restos de una permanente casera.

—¿Ha visto a Peter? ¿Cómo se encuentra?

—No lo he visto —contesté—, pero espero hacerlo. No sé cómo se encontrará, pero me imagino que no muy bien.

—No —dijo ella—, eso creo yo.

Fred Sampson parecía una torre de observación. Daba la impresión de que me hubiera dejado entrar y nos permitía hablar porque su mujer había mostrado cierto interés, sin que él tuviera que ver nada con todo esto. La señora Sampson me ofreció una silla y algo de café. Acepté lo primero y rechacé lo segundo. Fred Sampson permanecía de pie.

—Peter vivía con ustedes, tengo entendido —dije.

—Sí, desde que tenía doce años. Perdió a sus padres, ya sabe.

—Y ustedes lo criaron.

—Bueno, se podría decir así, sí.

—¿Qué clase de chico era?

—¡Oh, muy bueno! Callado y con buenos modales, y muy trabajador, ya lo creo.

Fred Sampson se acercó a un estante, cogió un palillo y empezó

a hurgarse los dientes con él.

—Era muy trabajador —dijo, inesperadamente.

—¿Qué tal iba en el colegio? ¿Era buen estudiante?

La señora Sampson parecía algo turbada.

—Bueno, mediano, creo.

—No era bueno —dijo Fred Sampson—. No se preocupaba mucho por los estudios. Parecía que no podía hacerlo muy bien.

—Pero no suspendía —insistió la señora Sampson.

—Era bastante soñador —dijo Fred—. Siempre estaba pensando en otra cosa.

No quería dar a la señora Sampson la oportunidad de que dejara de hablar del tema, así que seguí dedicándole mi atención.

—¿Fue un golpe muy duro para él perder a su padres? —le pregunté—. ¿Cómo ocurrió?

—Para un chico así fue muy duro. Era hijo único. Tenían una granja aquí abajo y las cosas no les iban muy bien, la granja era muy pobre.

—Davidian era un granjero pobre —recalcó Fred—. Le gustaba mucho beber. No se daba por completo y hay que hacerlo para sacar algo.

—Lo hacía lo mejor que podía, me imagino —dijo la señora Sampson—, pero las cosas no iban nada bien. Y después el fuego acabó con todo...

—¿Murieron en el incendio? —pregunté.

—No, no fue en el incendio, fue en un accidente. El señor Davidian iba conduciendo...

—Borracho —apostilló Sampson—. Estaba borracho.

—De cualquier forma, el caso es que —siguió la señora Sampson — iba demasiado de prisa y chocó contra un muro. Se mataron los dos, él y su mujer.

—¿Lo presenció Peter? —pregunté.

—No, él no iba con ellos. Estaba con nosotros. Después del incendio, ¿sabe?, nos trajimos a Peter, no tenían casa ni dinero. Sus padres se fueron a vivir al pueblo, donde el padre de Peter empezó a hacer trabajos esporádicos. Luego ocurrió el accidente, así que nos hicimos cargo de Peter desde entonces.

—Y lo hicimos encantados —hizo notar Sampson en tono defensivo—, ya que nosotros no tenemos hijos.

—Era un chico tan bueno, tan callado y tan educadito... —dijo la señora Sampson.

—La granja que se incendió —dije—, la granja de los Davidian, ¿era el mismo lugar en el que, en el que sucedió el problema de Peter?

—¿Quiere decir donde Esther Parrish fue asesinada? Sí, sí, ese mismo lugar —respondió la señora Sampson.

Miré a Fred Sampson.

—Usted trabajó allí durante un tiempo —dije.

Fred asintió con la cabeza.

—Un par de años; bueno, cuatro o cinco en total.

—No era muy productiva, ¿verdad?

—No, no mucho.

La señora Sampson se levantó silenciosamente y salió de la cocina. Cuando nos quedamos solos, Sampson dijo:

—Fue muy duro para ella, durísimo. Todavía no lo ha superado. A veces se despierta por las noches llamando a Peter.

Moví la cabeza en un gesto que quería ser de compasión.

—Dígame una cosa —dije—, ¿era Peter Davidian un chico normal, en líneas generales?

Tuvo que pensarlo un poco. Mientras lo hacía, yo a mi vez pensé que la muerte de los padres de Peter había proporcionado a Fred Sampson una granja más para explotar y un chico para ayudarle en las faenas. «Un buen trabajador.»

—Era raro —dijo finalmente Sampson.

—¿Puede recordar qué cosas hacía que fueran especialmente raras?

—Bueno, sobre todo con las chicas. Les tenía terror.

—¿Ah, sí? Bueno, eso no es muy raro en un chico...

—Pero Peter estaba realmente aterrorizado. Solía correr y esconderse. Ellas le perseguían y se reían de él.

—¿Esther Parrish también?

No contestó en seguida. Algo pasó por su cara, algo que no pude interpretar.

—Esther Parrish era un chica muy, muy atractiva —dijo Fred—. Nunca pude entender cómo una chica así podía molestar a alguien

como Peter.

—¿Cómo le molestaba?

—Bueno, ya sabe, metiéndose con él, como hacen las chicas, jugando con él...

—¿Quiere decir que se pavoneaba delante de él y luego se retiraba?

—Yo no sé. Dudo que Peter supiera qué hacer con una chica. Tenía demasiado miedo.

Estaba claro que o bien era todo lo que sabía o bien no le gustaba discutir sobre ello. La señora Sampson volvió y dejó de insistir sobre ese punto.

Traía un álbum de fotos, uno de esos antiguos de hojas negras con las fotos pegadas más o menos desordenadas.

—El señor no quiere ver esas viejas fotografías —dijo Fred dirigiéndose a su mujer.

—¡Oh, sí, sí que me gustaría! —dije—. Si tienen tiempo...

La señora Sampson tenía mucho tiempo pero yo tenía la sensación de que Fred quería cortar la conversación. Recordé que los granjeros tienen la costumbre de acostarse pronto.

—Esta es una foto de Fred y Peter en la época de la cosecha. Peter tenía quince años entonces.

Era muy alto a los quince años. Nadie podía ser tan alto como Fred, pero Peter era mucho más fornido. Tenía mucho pelo oscuro y una cara agradable. Lo que le estropeaba eran sus ojos bizcos.

—¿Se metían mucho con él por ser bizco?

—Sí, ya lo creo —contestó ella—. Ya sabe usted que los chicos a veces son muy crueles. Las chicas eran las peores.

Pasaba lentamente las hojas del álbum. Las fotos eran las típicas instantáneas familiares, algunas claras y otras borrosas. En algunas de ellas, Peter aparecía vestido de domingo, con un aspecto desgarbado y un tanto avergonzado.

—El señor Sampson estaba contándome cómo solían meterse las chicas con él.

Ella miró a Fred como pidiéndole permiso para hablar. No sé lo que pensaron en ese momento.

— Sí, se metían mucho con él. Especialmente esa Esther Parrish.

—¿Esther Parrish? —pregunté.

—Bueno, mujer —dijo Fred—, todas las chicas hacen eso.

—¡Esther Parrish era una furcia! —dijo ella.

Yo la miré. Lo había dicho acaloradamente, casi con aire desafiante y la cara se le congestionó con profunda rabia.

Sampson permaneció en silencio.

—¿Pasaba Esther Parrish mucho tiempo aquí con Peter? ¿Venía a verle? —pregunté.

—Ella y esa amiga suya, Mary Carpenter, parecía que tenían que estar siempre aquí, por una razón u otra.

—¿Les daba Peter alguna explicación de por qué venían?

—Peter nunca hablaba mucho —dijo pausadamente la señora Sampson, que todavía estaba congestionada y mantenía la mirada en el álbum, cuyas hojas iba pasando.

Fred Sampson no dijo nada más hasta que terminamos de ver las fotos. Entonces, mientras la señora Sampson cerraba el álbum, dijo, no sin cierta ternura.

—Ya es hora de acostarse.

Sin levantar la voz, me dio a entender claramente que ya era hora de que me fuera, así que me puse de pie y di las gracias a la señora Sampson por haberme enseñado las fotos.

—¿Qué posibilidades de salvarse cree usted que tiene Peter? —preguntó la mujer—. ¿Tiene un buen abogado?

—Uno de los mejores —dije—. Sam Birch. No nos rendimos.

—Sólo quedan, vamos a ver…, cuatro días más —dijo ella.

—En cuatro días pueden pasar muchas cosas —dije yo—. No es que sea una cosa segura. ¿Puedo volver a verlos otro día?

—Sí —dijo ella—, cuando quiera.

Fred Sampson me abrió la puerta.

—Gracias —dije—, estoy en el hotel de la ciudad, por si se les ocurre cualquier cosa que pudiera serme de utilidad.

—De acuerdo, buenas noches —dijo él.

Salí fuera y cerró fuertemente la puerta a mis espaldas.

Mientras me metía en el coche pensé que no había conseguido gran cosa. Peter era un chico del campo, que trabajaba mucho, tenía miedo a las chicas y no hablaba demasiado. Tenía el defecto de que era bizco. Con esas características lo más probable hubiera sido que hubiera vivido y muerto en el más completo anonimato, a no ser por el hecho de que por alguna razón había matado a Esther Parrish.

Me dirigí por la carretera comarcal y torcí por el camino de la granja donde Peter había cometido su error con la muchacha.

3

El camino estaba lleno de baches y en un momento determinado sentí el golpe de una piedra contra el coche y a continuación el desagradable ruido que muchas veces indica la rotura de un eje. Empujé el coche hasta la parte llana del terreno que había enfrente del viejo granero. No me había encontrado con nada de tráfico y no esperaba que hubiera nadie por allí. Sin embargo, no estaba familiarizado con el campo y no me hubiera gustado ser sorprendido precisamente allí. Atravesé la parte del corral, pasando junto a unos montones de basura y aparqué el coche entre la chimenea derruida de la casa quemada y la única pared que quedaba de otro edificio exterior y que estaba justo detrás de ella. No se podía ver el coche desde la carretera y yo mismo, desde la puerta del granero, tuve que hacer grandes esfuerzos para distinguirlo.

El granero estaba abierto de par en par. La alta puerta corredera había sido arrancada y colgaba de una bisagra. Olía a madera podrida, estiércol y ratas. Tenía una linterna y la parte del informe que incluía la detallada descripción del lugar del crimen, con mapas y fotografías incluidos. Un material muy desagradable que había evitado estudiar, pero ya no podía aplazarlo más.

Entré con la linterna y una inmensa rata saltó de una plataforma cercana y se escondió. Le di tiempo para que se escabullera bien y pudiera subirme yo en la plataforma. Con el mapa en una mano y la linterna en la otra, me orienté más o menos. La plataforma se extendía a todo lo largo del granero, ocupando una tercera parte de su anchura. Estaba a unos cuarenta centímetros por encima del suelo. A lo largo de toda ella, por el exterior, se encontraba el establo. En medio del granero, a unos dos metros por encima de la

plataforma y a unos dos metros y medio o tres por encima de la planta principal había una gran viga que iba de pared a pared. De esa viga había aparecido colgado el cadáver desnudo de Esther Parrish, con la cabeza hacia abajo, ocho meses y pocos días antes.

Iluminé la viga, en la que no se veía rastro de la «cuerda de cáñamo de un centímetro de grosor» que había rodeado los tobillos de la joven. Si no la habían quitado entonces, las ratas habían acabado con ella en pocas semanas. Iluminé los dos niveles del suelo. Había paja y basura, nada más. En aquellos momentos debía haber habido también gran cantidad de sangre, pero ya no quedaba ni rastro. Las ratas también se debían haber ocupado de aquello, pensé.

Miré algunas de las fotografías que la Policía había sacado del lugar del crimen, pero en ese ambiente mi estómago no estaba preparado para ello. La chica había sufrido una verdadera tortura. El día del crimen, Peter Davidian había sido visto en compañía de Esther Parrish y Mary Carpenter en el centro. En sábado todo el mundo estaba por allí. La evidencia había sido firme y convincente. Los testigos no tuvieron dificultad en recordar que sobre las cuatro y media de esa tarde, Peter Davidian había llegado a la gasolinera de la zona este de la ciudad en un pequeño camión descubierto perteneciente a Fred Sampson. Con él iban Mary Carpenter y Esther Parrish; en la parte de atrás del vehículo había una rueda y una cámara pinchada que pertenecía al coche de Esther y que traían para arreglar. Esther había pinchado en la carretera comarcal y Peter Davidian, que pasaba por allí en su camión, se había ofrecido para cambiar la rueda. Pero el neumático de repuesto estaba también pinchado, así que él se dirigió con la rueda a la gasolinera para que cuando estuviera arreglada la pudiera llevar, junto con las chicas, de vuelta al coche y poner la buena para que pudieran conducirlo.

Los tres permanecieron en la gasolinera hasta que les arreglaron la rueda y a eso de las cinco y cuarto Peter y las chicas se marcharon en el camión. Nadie de la ciudad volvió a ver a Esther Parrish viva después de aquello. Según Mary Carpenter, siguieron por la carretera comarcal hasta donde estaba aparcado el coche de Esther con la parte trasera levantada por el gato. Cuando Peter empezó a poner la rueda, se dio cuenta de que algo, que Mary

Carpenter no puede explicar con exactitud, le ocurrió al gato, y entonces Peter dijo que él iría a la granja a por otra herramienta. Esther quiso ir con él, pero Mary decidió esperar en el coche de Esther.

Mary estuvo esperando cuarenta y cinco minutos y Esther y Peter no volvían. Como era invierno y a esa hora ya estaba oscuro y hacía frío, Mary había hecho auto-stop y se había ido a casa. Por una cuestión de sentimientos mezclados de lealtad y resentimiento por haberla dejado tanto tiempo sola, no había dicho nada sobre Esther y Peter hasta las nueve de esa noche, hora en que llamó a casa de Esther cuyo padre le dijo que no estaba en casa y que él creía que estaba con ella. Entonces, Mary le contó a Jack Parrish lo de la rueda pinchada y lo del plantón, y en ese momento empezó la búsqueda. Sobre las diez y media de la noche, encontraron a Esther Parrish asesinada y suspendida en una viga. En uno de los camastros del establo apareció Peter Davidian escondido, con un cuchillo ensangrentado en la mano. Todo lo que había sido capaz de decir fue que él había descubierto a Esther allí y que, cuando estaba a punto de cortar la cuerda, llegó el grupo que estaba buscándola. El entonces se asustó y se escondió en el camastro.

Todo esto había parecido una excusa tonta en su momento. Y todavía lo parecía. La única explicación que Peter tenía para el intervalo de tiempo que mediaba entre el momento en que habían dejado a Mary en la carretera comarcal y el descubrimiento del cadáver mutilado de Esther era que, después de que llegaran a la granja de los Sampson, donde Peter había encontrado un gato en buenas condiciones, Esther había dicho que tenía demasiado frío para volver al camión y que le gustaría tomar antes un café. Peter le dijo que podía quedarse en la casa de los Sampson mientras él iba a arreglar la rueda. Los Sampson habían ido al centro y no estaban en casa. Peter había dejado a Esther en la casa y había vuelto a la carretera. Por entonces, Mary ya se había ido, pero Peter no se preocupó mucho por eso. Levantó el coche con el gato, puso la rueda de repuesto, cogió las llaves de Esther y volvió a la granja de los Sampson. Esther no estaba allí. Miró por toda la casa y al no encontrarla pensó que le estaba gastando otra de sus bromas, para no variar. Así que él salió de la casa, volvió a poner las llaves en el coche de la chica, de paso que volvía a la ciudad y cenó en el Café

Wesley. Fue visto allí esa noche entre las siete y las ocho.

El resto de su historia era breve y no mucho más convincente que la primera parte. Dijo que había salido del restaurante sobre las ocho y había estado paseando por ahí un par de horas, haciendo esto y aquello. Sobre las diez se puso en camino hacia la casa de los Sampson. Peter no había hecho ningún esfuerzo por sincronizar sus movimientos con los de Fred Sampson y su esposa, que estaban visitando a unos amigos.

Cuando pasaba por la granja abandonada donde había vivido de pequeño, vio un coche aparcado en el camino, cerca del viejo granero. Paró por curiosidad y fue a ver quién era. Era el coche de Esther y no había nadie dentro. Dijo que había vuelto a la carretera, había cogido una linterna del camión y regresó al granero para averiguar qué pasaba. Encontró a Esther colgando de la viga y el cuchillo en el suelo de la plataforma. Cogió el cuchillo (dijo que no estaba seguro de si estaba muerta o no) y en seguida oyó al grupo de búsqueda que se acercaba. Se asustó y se escondió tras un camastro del establo.

En las zonas rurales es costumbre que los chicos y las chicas se salgan de la carretera principal para besarse. Un granero abandonado es un sitio tan bueno como cualquiera. Así, pues, uno de los puntos flacos de la historia de Peter era el de que había ido a investigar qué hacía allí el coche de Esther. Era un punto muy débil, a no ser que tuviera mucho interés en Esther y la estuviera espiando. Pero una parte muy importante de su testimonio y de lo que me habían contado los Sampson era que él sentía por ella todo lo contrario a interés, que él le tenía miedo y ella le martirizaba. De cualquier forma, el grupo de búsqueda no había encontrado pruebas de que hubiera habido otra persona allí y las investigaciones de la Policía tampoco las encontraron. Así que la argumentación del fiscal había sido que Peter había hecho con Esther todo lo que había querido, después de desviarse de su camino para ayudarla con la rueda pinchada y todo eso y después había perdido los estribos y la había atacado. Luego la había llevado al granero abandonado, donde se le había ocurrido mutilarla. La argumentación de la defensa, que se basaba principalmente en el testimonio de un

psiquiatra, había sido echada por tierra por otros psiquiatras que señalaron que Peter era sexualmente retrasado y que podía haber realizado con ella sus más oscuros deseos de esta forma asesina sin darse cuenta siquiera de que no sentía nada hacia ella, sino odio. Ningún testigo de los psiquiatras, de las dos partes, excepto uno, había creído que Peter estuviera loco, en el sentido legal, y la excepción no se aclaraba mucho y había conseguido confundir a todo el mundo, incluido el juez. Para empeorarlo todo, se había demostrado que Peter tenía un temperamento violento. Era difícil provocarlo, pero cuando lo lograban, estallaba y pegaba muy fuerte, sin contemplaciones y alocadamente. Se sabía que había llegado a atacar a una vaca recalcitrante con una horca, haciéndole un daño considerable antes de que Fred Sampson pudiera tranquilizarle.

Decidí que no estaba sacando nada en limpio. Es verdad que tampoco lo había esperado. Mi visita al granero había sido, por decirlo así, una visita sentimental.

Miré una foto instantánea de Esther Parrish, incluida en el informe como una especie de alivio entre los horribles estudios sobre su catástrofe. Al incierto resplandor de la linterna no podía juzgar. Me parecía una chica bonita y sonriente, de dientes bonitos.

Había vuelto a meter los informes en el sobre y estaba a punto de bajar de la plataforma cuando oí que un coche se paraba en la carretera. Un momento después se oyó cerrar una puerta de coche estrepitosamente. No había mucho tiempo para tomar una decisión inmediata así que, en parte por curiosidad y, para decir la verdad, en parte por miedo, salté desde la plataforma a uno de los camastros del establo, tras un panel como de medio metro de alto. Un momento antes de apagar la linterna, me di cuenta de que había caído en un comedero. Había un poco de heno, bastante mohoso, pero fácil era ponerse de rodillas allí.

Me pregunté si sería allí donde Peter Davidian se había escondido aquella noche.

Oí unos pasos que atravesaban el corral. No se detuvieron y pensé que quien quiera que fuese no había debido ver mi coche. Pero no sabía qué podía significar aquello, si es que significaba algo.

La luz de una linterna brilló en la puerta y tras ella entró un hombre. Lo observé por una rendija que había en la madera a la

altura de mi cara. Era un hombre alto, muy alto, con un mono. Fred Sampson.

No se entretuvo. Se veía que sabía a dónde iba. Observé cómo atravesaba por la parte más baja del granero hacia el rincón de enfrente, detrás de donde me escondía yo. Se inclinó mucho y después se oyeron ruidos metálicos. Se incorporó y permaneció de pie un momento, sujetando firmemente la linterna. Yo no podía ver lo que estaba haciendo. Se inclinó de nuevo y de nuevo se oyó el ruido. Se volvió a incorporar del todo, se dio la vuelta y salió del granero.

Le di tiempo hasta que el sonido de sus pasos desapareció por el camino. Cuando me levanté del sitio donde me encontraba y me estaba sacudiendo el heno de la ropa, el coche arrancó.

En el rincón donde le había visto inclinarse y levantarse, hurgué un poco con el pie hasta que di con un objeto duro y me incliné sobre él. Era una caja fuerte de las antiguas, negra y cuadrada, un poco descascarillada en algunos puntos. Tenía una llave pero no debía funcionar o no se molestaban en echarla. La tapa se levantó con facilidad, iluminé el interior con la luz de la linterna y vi un montoncito de monedas; debajo había unos billetes, la mayoría de un dólar. Vi uno de cinco.

La hucha particular de Fred Sampson, pensé. Seguramente la señora Sampson no conocía su existencia.

Debajo de los billetes había un rectángulo de papel duro, una fotografía de una chica, Esther Parrish. Parecía una copia de la que yo había examinado hacía unos momentos. No tenía nada escrito.

Había otro papel doblado, con un membrete. Lo abrí y pude ver que se trataba de una factura en cuya cara se podían leer las palabras «Recibo de venta». La factura era de Jack Parrish, concesionario, cosechero internacional, etc. Bajo la nota de un pequeño tractor, con su número de modelo y el precio de venta, estaba escrito a mano: «Pagado en metálico. J. P.» La fecha era de siete meses antes.

Pensé que así era como Sampson conseguía algún dinero del presupuesto familiar para sus gastos personales. La señora Sampson probablemente creería que él estaba todavía pagando el tractor, y seguramente él ya lo había pagado al contado.

Dejé las cosas tal como las había encontrado, y cerré la caja, me

incorporé y eché algo de paja encima con el pie. Había sido un descubrimiento patéticamente insignificante. La foto de Esther Parrish me daba qué pensar, pero eso podría ser también insignificante.

De repente, la atmósfera del granero me pareció abrumadoramente deprimente, así que cogí mi sobre y salí al aire libre. Los grillos o lo que fuera estaban cantando ensordecedoramente a mi alrededor. La brisa de la noche era como un buen vaso de agua fría después de un camino polvoriento.

Pensé en beber.

Dejé el sobre en el asiento de atrás, me metí dentro y puse el coche en marcha, de vuelta hacia el pueblo, hacia el hotel.

El vestíbulo estaba poco iluminado y resultaba apenas un poco menos deprimente que el granero. El viejo Jess no estaba a la vista. Detrás del mostrador había un joven de espaldas no muy anchas y con la cara llena de granos. En un sofá que estaba en el centro de la habitación estaban sentados dos hombres grandes. Uno era el mecánico del emporio tractorístico de Jack Parrish, Tony Bledsoe. El otro era el tipo del puro a quien había visto brevemente esa tarde en la exposición.

Cuando llegué al mostrador, empecé a presentarme al empleado de guardia, pero antes de terminar la primera frase, el chico me había dado ya la llave. El negocio no parecía haber aumentado mucho durante mi ausencia.

Había un mensaje escrito en un trozo de papel, con la llave. «Llama cuando puedas, a cualquier hora del día o de la noche, Sam Birch.»

Cuando terminé de leerlo, los dos grandotes se habían levantado del sofá y estaban apoyados en el mostrador, a ambos lados de donde yo estaba. Me metí la hoja de papel en el bolsillo de la chaqueta. El del puro, lo desplazó de la izquierda de su boca hacia la derecha y dijo mi nombre.

—Muy bien —dije—. ¿Y cómo se llama usted?

—Jack Parrish —contestó.

Le saludé con la cabeza y miré al otro. —Creo que ya nos conocemos —dije. Su cara no tenía ninguna expresión. Era una cara

redonda y de aspecto bovino, con la nariz aplastada y derrames sanguíneos aquí y allá. Los ojos eran raros: no se movían mucho, pero tampoco estaban fijos en mí. Dejé de dirigirme a él y miré a Jack Parrish, cuya cara ofrecía mejor aspecto. Tenía el cuello corto y ancho. Estaba un poco tostado por el sol. No le encontré ningún parecido con su desafortunada hija, excepto quizá por los ojos, que, a diferencia de los de Bledsoe, eran claros y de mirada penetrante.

—Me gustaría hablar con usted —dijo—. ¿Le apetece una cerveza?

Lo de la cerveza me gustó, aunque no tanto la forma de decirlo.

—¿Dónde vamos a tomarla? —pregunté—. ¿Y cuánto cuesta?

—Un poco más abajo. Pago yo.

—No —repliqué—. Yo pago la mía.

Se encogió de hombros y se retiró del mostrador. El joven de los granos estaba dando toda una exhibición de cómo escuchar sin perderse nada, aparentando indiferencia. Casi se podía ver el movimiento de sus orejas como si fueran antenas.

Tony Bledsoe se había retirado al mismo tiempo que Parrish, como si fuesen marionetas movidas por la misma cuerda. No era difícil saber quién movía la cuerda.

—Tengo unos veinte minutos —dije. —No tardaremos mucho —contestó Parrish.

Salí con ellos y bajé los escalones de la entrada del hotel. Eran cerca de las nueve y media y la calle estaba casi desierta. Había una luz en el Café Wesley y el supermercado estaba todavía abierto. Todo lo demás estaba ya cerrado. No había visto un bar ni nada parecido en el pueblo y me preguntaba si había alguna calle lateral que hubiera pasado por alto.

Resultó que sí la había y yo no había visto, realmente no la había buscado tampoco. Bajamos por la calle principal, pasamos el supermercado, el solar vacío y el ayuntamiento. Se veían luces en la segunda planta y se oían voces, ya que las ventanas estaban abiertas. Encima de la puerta en la que se leía «JEFE DE POLICÍA-CÁRCEL» se veía una luz, pero dentro no había nadie. La razón por la que se me había pasado la calle por alto era que no había ido más allá de la oficina de Embers en el ayuntamiento. Había un callejón asfaltado que rodeaba el gran edificio cuadrado y un poco después de dar la vuelta a la esquina, en la siguiente manzana vi un rótulo

de neón que anunciaba cerveza encima de una puerta medio oculta.

No habíamos cruzado una palabra desde que habíamos salido del hotel. Cuando dimos la vuelta a la esquina, y mientras señalaba con la cabeza el cartel anunciador, Jack Parrish dijo:

—Por aquí.

Me pareció una explicación innecesaria. Tony Bledsoe no dijo nada, cosa de la que me alegré.

Tres escaleras de piedra comunicaban la puerta iluminada con un bar subterráneo. Parrish entró el primero, yo le seguí y Tony Bledsoe cerraba la marcha. Yo transigía con las maniobras de escolta y vigilancia para ahorrar tiempo y energías. Al salir, sin embargo, iría el primero o el último, si es que podía salir.

Había una barra pequeña con grifos de cerveza. No cabían más de siete personas y estaba lleno. Había unas mesas de cocina en medio del local y algunos asientos en la parte del fondo, uno de los cuales estaba ocupado por Fred Sampson; los otros estaban libres. Contra la pared del fondo se podían ver una gramola y una máquina de tabaco. Afortunadamente, la gramola no estaba funcionando en ese momento.

—Vamos a coger los asientos de atrás —dijo Parrish.

Nadie nos había saludado, y esto me hizo pensar. Parrish era alguien importante en la ciudad. O bien todo el mundo le tenía miedo o bien, como lo veían con un forastero, pensaban que estaba aquí con algún negocio y la gente no quería meter la nariz.

De camino de los asientos, crucé la mirada con Fred Sampson y le saludé ligeramente con la cabeza. Dudó un momento y por fin pareció reconocerme, aunque no pude estar seguro.

Me pregunto qué le dice a la señora Sampson, pensé, cuando sale de noche. Le dirá que va al granero a coger alguna herramienta, o algo así. Según Poscoe Embers, cuando descubrió el cadáver de Esther Parrish había ido al granero a buscar una herramienta.

Parrish y Bledsoe me estaban ya esperando para que me sentara entre los dos.

—Adelante —dije.

Bledsoe dudó y luego se sentó. Yo me instalé junto a él y Parrish se sentó enfrente de mí. Levantó tres dedos de una mano y esperamos en silencio a que el camarero trajera tres cervezas.

—Hola, Jack, Tony —dijo el camarero.

Me miró con cierta inseguridad y me saludó a medias con la cabeza. Le contesté a mi vez y puse un billete de cinco dólares encima de la mesa. Parrish sacó algo de dinero y lo dejó allí también. Bledsoe no se movió. El camarero se marchó.

—Muy bien —dije, extendiendo las dos manos encima de la mesa—. Ya estamos aquí. ¿De qué vamos a hablar?

El puro de Parrish se movía en todas las direcciones. Se lo quitó y se bebió la mitad de la cerveza de un trago. Era la primera vez que le había visto sin el puro en la boca.

—De pocas cosas —dijo—. Tengo entendido que está hurgando en el caso de Peter Davidian.

—Eso es —dije.

—¿Para qué?

Bebí un poco de cerveza.

—Un buen abogado —dije—, cuando tiene un cliente esperando la muerte, no deja de intentarlo hasta el último momento. Davidian tiene un buen abogado. Yo trabajo para él.

Parrish se bebió el resto de su cerveza y golpeó la mesa con la jarra.

—¿Cree usted que van a dejar libre al chico? —preguntó.

—No —dije—. Lo que persigue el abogado es una conmutación de pena.

—¿Qué es eso?

El camarero vino con otras dos jarras de cerveza para Parrish y para Bledsoe. Este no había terminado aún la primera y el camarero no se la retiró. Miró a la mía, que estaba casi llena, y se fue.

—En vez de la silla eléctrica —contesté—, con una conmutación, sería cadena perpetua.

—¿Con libertad condicional? —preguntó Parrish.

—Quién sabe —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Y usted qué pinta en todo esto? —dijo Parrish, bebiendo seguidamente otro trago de cerveza, esta vez bien grande.

—Soy detective privado —contesté.

—¿De Chicago?

Asentí con la cabeza.

Sin duda, ser de Chicago me hacía perder automáticamente varios puntos, pero yo no podía remediarlo. Vivía allí.

—¿Qué le parece si ahora hago yo una pregunta? —dije.

No contestó, pero esperó.

—¿Está usted plenamente convencido, en conciencia? —pregunté—. ¿Cree que Peter Davidian debería ir a la silla eléctrica?

—Sí —dijo—, estoy totalmente convencido.

—Entonces creo que nos entendemos —dije—. Comprendo que fue un golpe muy duro para usted. Le compadezco. Pero por otra parte, me he comprometido con Sam Birch a trabajar con él en este caso hasta el final, y eso es lo que voy a hacer.

—¿Tiene alguna esperanza? —preguntó.

—Yo siempre tengo esperanzas.

Bledsoe y él cruzaron una mirada cuyo significado no entendí.

—Muy bien —dijo Parrish—. Sólo quiero decirle una cosa. Si Davidian no se sienta en esa silla, lo agarraré por mi cuenta, ya veré cómo. Casi lo conseguí aquella noche, en el granero, pero los de la Policía eran demasiados. Después de lo que le hizo a mi niña..., lo agarraré, dentro o fuera de la cárcel.

Terminé la cerveza, cogí el cambio y me levanté.

—Eso es otra cuestión —dije— y ahí no puedo hacer nada. No tengo más preguntas.

Parecía que Bledsoe y Parrish tampoco. No dijeron nada cuando di media vuelta para salir del bar. Noté que Fred Sampson había desaparecido. Pensé que probablemente no le gustaría pasar el rato cerca de Parrish. Era fácil que éste quisiera sacudirle algún golpe, aunque Fred no fuera de la misma sangre que Peter.

En el camino de vuelta al hotel, tuve que pasar entre un grupo de gente que salía de la reunión celebrada en el segundo piso del ayuntamiento. No vi ni rastro de la señorita Carolina Adams, pero tampoco la busqué. Me paré junto al coche, saqué el informe sobre Peter Davidian y entré en el hotel.

4

En el vestíbulo, de pie junto al mostrador, hablé con Sam Birch. Mientras estaba el ello, entró Chris Duval, que venía de una habitación del interior y empezó a limpiar el polvo. Mi atención se repartió entre él y las orejas-antenas del empleado del mostrador.

—Me gustaría tener más material grabado del chico —dije.

—No es muy locuaz —dijo Sam—. La última noticia que he recibido de la prisión de Stateville es que ya ni siquiera se molesta en decir ni los buenos días.

—¿Crees que si le visitase podría conseguir algo?

—Se puede intentar. ¿Qué tal va eso? ¿Encuentras resistencia?

—Bueno..., alguna.

—¿Todavía no has tomado tierra, eh?

—No, algo así.

—¿Qué hay de esa maestra Caroline Adams?

—Todavía nada. Se muestra bastante reacia.

—Puedes empezar a imaginar cómo fue la cosa con el jurado, después de esas fotos.

—Sí, ya me lo imagino.

—Eso es contra lo que estamos luchando, el gobernador no es un jurado, pero se presenta a la reelección este año.

—Ajá.

—Y cualquier cosa con la que salgamos, Mac, tiene que ser realmente fuerte.

—Ajá otra vez.

—Realmente fuerte. Muy bien, dame un telefonazo cuando puedas.

—Buenas noches, Sam.

Colgué el auricular y las antenas del empleado se plegaron.

Chris había llegado con su trabajo hasta el otro extremo del vestíbulo, hacia donde me dirigí. Me senté cerca de la ventana. El estaba hablando solo de vez en cuando, pero no estaba muy cerca de mí y no podía entender lo que decía. Deseé tener las antenas del empleado.

Oí un coche que se ponía en marcha y bajaba por la calle. Vi un grupo de peatones que subían por la calle principal hacia el barrio residencial. Supuse que venían de la reunión del colegio que se había celebrado en el ayuntamiento.

Vi de reojo el trapo del polvo de Chris. Le miré y le saludé con la cabeza.

—Hola —dije—. ¿Qué tal está?

Se limitó a bajar la mirada por respuesta y a trabajar más de prisa. Estaba murmurando algo otra vez y ese murmullo era lo que quería oír.

Dime algo, Chris, pensé.

—... el catorce de julio —decía—, el día de la Bastilla. Ese es mi cumpleaños, el día de la Bastilla.

Estaba claro que era un fenómeno para lo de los acontecimientos, incluidos los de los pollos.

Duval, pensé. Francés. Su madre le dijo que había nacido el día de la Bastilla y no lo ha olvidado.

—¿Qué día nació usted? —preguntó.

Estaba tan sorprendido de oírle hacerme una pregunta directa, que casi me quedé sin habla.

—En mayo —contesté—. El cinco de mayo.

—¿Cómo se llama?

—Mac.

—Mac, cinco de mayo —dijo—. Me acordaré.

Te creo, pensé. Pero intenta recordar algo además de cuándo es el cumpleaños de cada cual.

—La señorita Adams, el veinte de diciembre —dijo—, casi en Navidad. Se llama Caroline.

—Muy bien —dije.

—La señorita Adams me enseña francés. Nunca aprendí. Mis amigos hablaban francés, pero no me enseñaron.

—Bueno...

—«Parlé vu» —dijo—. Eso es francés.

—Sí.

—Me tengo que ir. Tengo que terminar en el supermercado y volver aquí después.

—Encantado de hablar con usted.

Metió la cabeza entre los hombros y se fue corriendo. Permanecí sentado unos momentos, hasta que pareció cesar toda la actividad exterior; después me levanté, me puse el sobre del informe bajo el brazo y subí a mi habitación. Aunque había dejado la ventana abierta olía a cerrado, a polvo y a madera vieja. Dejé la puerta entreabierta, me quité la chaqueta, la corbata y los zapatos y me estiré en la cama, con los brazos bajo la cabeza.

A veces, aunque no muy a menudo, me ha ocurrido que si he llegado a relajarme y a dejar flotar la mente sin ninguna preocupación, libremente, como un barco en un mar tranquilo, he tenido alguna buena idea insospechada. Como no había mucho más que pudiera hacer a esas horas de la noche en aquel pueblo, decidí intentarlo. El problema principal era la dificultad de apartar de mi memoria el mal recuerdo del granero mortal, la triste figura de Fred Sampson y las fotografías de Esther Parrish, que seguían clavándoseme en la mente como pájaros de mal agüero que me ponían en tensión. Además, de vez en cuando, el pensamiento se me iba a aquella celda de Stateville. Pero era más fácil desechar esta última imagen, era muy débil, no tenía mucha vida.

Después de unos minutos conseguí un estado mental aceptable y me relajé. No era fácil intentar ponerse en el lugar de Peter Davidian. Los problemas que yo había tenido a esa edad con las chicas habían sido de otro tipo. Además, yo no había visto morir a mis padres a los doce años. Pero sí había visto a los Sampson, su granja y la granja abandonada en la que había trabajado el padre de Peter. Había visto a Fred Sampson en diferentes situaciones y me podía imaginar un poco lo que había debido ser para Peter crecer en ese ambiente. La señora Sampson evidentemente debía haber sido amable con él y tratarlo con cariño. Fred Sampson probablemente le había hecho trabajar mucho.

Luego estaban esos extraños ojos bizcos, que le debían haber hecho el blanco de todas las bromas. Había muchas cosas contra

Peter, y alguna de ellas probablemente había sido suficientemente dura como para hacerle abalanzarse sobre una vaca cabezota con una horca y cosas así.

Sin embargo, para un tribunal, que alguien tenga un historial de violentas rabietas no resulta suficiente para ser declarado irresponsable. Puede indicar deficiencias en la personalidad, pero no incapacidad mental legal. En ocasiones se puede alegar incapacidad mental transitoria, por ejemplo, cuando se mata a alguien de un golpe en la cabeza con una llave inglesa o cualquier objeto contundente en un impulso irresistible, argumentando que se nubló la razón y no se sabía lo que se estaba haciendo. Pero lo que se le había hecho a Esther Parrish necesitaba tiempo y cierta dosis de creatividad, aunque diabólica; resultaba muy difícil intentar hacer creer a un jurado que Peter no sabía lo que estaba haciendo durante tanto tiempo.

Mi mente pasó a ocuparse de Esther Parrish. Una chica guapa, que sin duda tenía ocasión de elegir a sus' pretendientes, siendo como era su padre alguien importante en la ciudad, con su propio coche... ¿Por qué jugaría con Peter tomándole el pelo? ¿Por qué pasaba tanto tiempo con él?

Una explicación podría ser que fuera bastante caprichosa, lo cual haría pensar si no sería ella la que estaba loca, en vez de Peter. Pero esta explicación no llevaba muy lejos. Otra posible explicación, más razonable, podría ser que ella utilizara este juego con Peter como una pantalla para otros juegos más serios. Supongamos, por ejemplo, que ella tuviera un novio, uno de verdad, pero prohibido, digamos un hombre casado. La madre de Esther había muerto cuando ella tenía ocho años y la habían criado su padre y varias amas de llaves. Las chicas sin madre a menudo se sienten atraídas por los hombres mayores. Si daba la casualidad de que un hombre de este tipo vivía cerca de la casa de Peter, la granja de los Sampson, ella podría haber estado usando a Peter de tapadera. Así se desviaba la atención de la gente, que se fijaría más en su coqueteo frívolo y casi infantil con el bizco raro y no notaría una relación más seria con otro hombre.

Mary Carpenter, pensé, podría decirme si estoy en el buen camino. Tenía que conocerla como fuese y conseguir que hablara conmigo. El estado de tranquilidad mental, aunque me había hecho

llegar a algunas ideas que podrían resultar interesantes, también me había dado sueño. Estaba reuniendo todas mis energías para levantarme, desnudarme y acostarme, cuando oí unos pasos rápidos por el pasillo. Me quedé donde estaba, esperando a que ella pasara. No estaba dispuesto a volver a jugar a lo de la puerta.

Vendría por el pasillo con la vista fija hacia adelante, pero, como hubieran hecho nueve de cada diez personas, miró hacia dentro de la habitación al ver la puerta abierta. Y, a diferencia de lo que hubieran hecho nueve de cada diez personas, en vez de volver la mirada hacia adelante y seguir su camino, titubeó un poco y pasó de largo, luego se paró y volvió de nuevo.

—Buenas noches —le dije—. ¿Qué tal la reunión?

—Muy bien —contestó—. Lo siento, yo...

—No se preocupe —la tranquilicé—. Yo no debería haber dejado la puerta abierta.

—Bueno, yo... buenas noches.

—¿Le podría hacer una sola pregunta? —dije.

Esperó, mirándome desde arriba.

—¿Cuál? —preguntó por fin.

—¿Cree usted que Peter Davidian era el típico chico americano completamente normal, en plena posesión de todas sus facultades?

Hizo un gesto de desesperación, sacudió la cabeza como para aclarar las ideas, y se fue.

—Buenas noches —fue todo lo que contestó.

Oí cómo metía la llave en su cerradura y después un portazo que me pareció un tanto fuera de lugar. Miré al techo y se me apareció la imagen de Peter Davidian, sentado en el banquillo de su celda de condenado a muerte, esperando.

«¡Si alguien hablara conmigo!», pensé.

Pocas veces en mi vida ha tenido un ruego una respuesta tan inmediata. Oí cómo se abría su puerta y después sentí el ruido de sus tacones sobre la alfombra del pasillo. Cuando entró en mi habitación tenía una expresión tensa y estaba muy pálida.

—Escuche —dijo entre dientes—, ¿por qué no se vuelve a Chicago o a donde sea y me deja en paz?

No dije nada, porque no tenía nada que decir. Se dio media vuelta y se fue a su habitación. Cerró con un portazo, pero no tan fuerte como el de antes. Yo me levanté, cerré la puerta, me desnudé

y me metí en la cama.

En algunos pueblos del campo hay tanto silencio por la noche que casi se puede oír al vecino de la manzana siguiente. Sin embargo, se levantan pronto. Cuando me desperté, a las seis y cuarto, ya era de día, aunque no del todo. Desde la calle llegaba un ruido de voces y motores de coches. Recordé que era sábado.

Miré por la ventana y vi gente que entraba y salía del Café Wesley, así que deduje que estaba abierto, lo cual era un consuelo.

Me puse el batín y las zapatillas, cogí mi máquina de afeitar y la toalla que había en un estante y abrí la puerta con cuidado, mirando en ambas direcciones. El pasillo estaba vacío y la puerta del baño entreabierta. Me arreglé y me puse en la calle antes de las siete.

El Café Wesley estaba muy animado. El mostrador estaba lleno de obreros y dos atareadas camareras con uniforme azul y blanco servían jamón, panceta, huevos, pan y patatas como si tuvieran que dar de comer a un regimiento entero. Me senté en una mesa, solo, a esperar mi turno. No había periódicos ni dentro ni fuera del local, sólo un ejemplar del «Tribune» de Chicago del día anterior. Lo leí por encima pero ya lo había leído y no tenía nada interesante.

Aun considerando que estaban muy ocupados, me pareció excesivo el tiempo que tuve que esperar hasta que me sirvieron. Quizá fuera mi imaginación, mezclada con el hambre que tenía. Por fin vinieron a tomarme nota y me desquité de la espera pidiendo un desayuno abundante. Cuando al fin llegó, todo estaba muy bueno y no le habían echado veneno.

A eso de las siete y media llegó Jack Parrish, que se sentó en la barra y pidió una taza de café y un trozo de tarta de manzana. Su presencia tuvo un efecto avasallador en el local. El tono de las conversaciones, que había llegado a ser muy alto, descendió a la entrada de Parrish y se mantuvo así todo el rato que él estuvo allí. Era como si todo el mundo esperase respetuosamente o bien a que hablase o bien a que terminara y se marchase. Podría ser debido a su aflicción, especialmente dolorosa, aunque ya hacía mucho tiempo de eso. Tuve la impresión de que había algo más detrás de ello, algo así como «El gran hombre está aquí, cuidado con lo que

decís».

No se fijó en mí, y cuando terminó la tarta y el café arrojó unas monedas en el mostrador y se marchó. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, el ruido y la animación de las conversaciones volvieron a ser los de antes y luego gradualmente fueron desvaneciéndose, como si uno a uno los clientes madrugadores fueran desapareciendo. Un poco después de las ocho me encontraba sólo en el local.

Eso puso las cosas un poco difíciles a Carolina Adams cuando entró, porque no había nadie más que yo a quien mirar. Sin embargo, logró manejar bien la situación. Su serenidad natural pareció acentuarse. Me saludó ligeramente con la cabeza, se sentó en una mesa lejos de la mía, abrió un libro y empezó a leer. No pude ver de qué libro se trataba, pero tampoco era asunto mío.

Peter Davidian, sin embargo, sí era asunto mío y ya era hora de ponerse a ello, pero me sentía un poco en el aire. Tenía que hablar con Mary Carpenter, eso estaba claro, pero dudaba conseguir algo de ella si me presentaba por las buenas en su casa y le proponía una conversación sobre su amiga asesinada.

Decidí que el primer paso, ya que yo parecía ser motivo de agitación para la señorita Adams, era dejar que acabara tranquilamente su desayuno y darle así cierto alivio. Eso era bastante fácil, así que pagué mi cuenta, dejé el Café y crucé la calle para ir al hotel. Al subir los escalones de la calle me encontré con Roscoe Embers, el jefe de la Policía local, que salía en ese momento. Le dije buenos días y me respondió con un movimiento de cabeza, murmuró algo entre dientes y se alejó de prisa calle abajo. Llevaba un uniforme marino, con gorra; aunque iba sin la pistola que había visto colgada en su oficina me pareció demasiado creído en su papel para una calle tan tranquila.

No había ningún mensaje para mí. Cuando llegué a mi habitación, saqué el informe y miré los mapas en él incluidos. Tenía que pensar en la noche del asesinato y en ese coche de Esther Parrish que, según Peter, habían dejado aparcado junto al granero abandonado, lo cual le hizo ir a ver qué pasaba, según dijo. Había otros aspectos curiosos del episodio como la rueda pinchada y la espera de Mary Carpenter sola, pasando frío. Después de refrescarme la memoria leyendo por duodécima vez el detallado

sumario, decidí que necesitaba más informes de los testigos oculares. Si no podía conseguirlos de Roscoe Embers, quizá en la comisaría del distrito, al estar un poco más alejados del lugar donde habían ocurrido los hechos, podrían proporcionármelos.

Eso significaba hacer una excursión a la capital del distrito, que estaba a unos veinticinco kilómetros de distancia por la carretera comarcal. No fue muy rápido, ya que tuve que estar constantemente pendiente de los carros de heno y de las vacas que cruzaban la carretera, pero sí fue bastante agradable, y a las nueve y veinte estaba ya en la oficina del comisario.

La comisaría de Policía estaba ubicada en un viejo edificio de ladrillo junto al del tribunal, recién restaurado. Había árboles en ambas aceras, y el ambiente era tan bucólico como el de Wesley, aunque parecía un poco más animado. Tuve que esperar a que un brillante coche patrulla blanco y negro saliera para entrar en el aparcamiento reservado a los visitantes.

La comisaría no se había restaurado y en su interior el olor de la fuerza de la ley, olor a rancio, a metálico, y a sudado, era el mismo que había percibido en todas las comisarías, desde Chicago a Nueva York, pasando por San Francisco. Sentado en un amplio despacho, encontré a un policía gigantesco de cara carnosa y aplastada. En mi informe figuraban los nombres de los oficiales que se habían ocupado del caso. El más importante era uno llamado Peterson, que había llegado en seguida al lugar del crimen, había interrogado durante varias horas a Peter Davidian y se había ocupado de la parte de los testigos en el juicio. Sabía de él que estaba casado, que tenía tres hijos, uno de ellos en la Universidad, que tenía el grado de teniente de detectives y que llevaba al servicio de su país veintidós años. Los datos siempre dan confianza.

—Si está por aquí —me dijo el de la cara carnosa—, Peterson estará en la tercera planta, al final del pasillo a la derecha.

Le di las gracias y subí un tramo de escalones estrechos, luego otro y por fin llegué a la tercera planta. Al final del pasillo, en una puerta de cristal translúcido, se leían las palabras: OFICINA DE DETECTIVES. La «oficina» sería una habitación pequeña con media docena de mesas, tres ventanas, dos de las cuales estarían

atrancadas, una máquina de escribir con una cinta tan gastada que habría que golpear las teclas con un martillo para que saliera alguna letra, tal vez, o tal vez no, una máquina de agua fresca y un ventilador desengrasado en alguna parte.

Una vez dentro, descubrí que había acertado al imaginarla excepto en algunos detalles sin importancia. Las mesas eran sólo cinco y las ventanas dos, ninguna de ellas atrancadas, lo cual era una buena cosa, ya que no había ventilador.

Sentado en una de las mesas un policía muy joven de uniforme escribía lentamente con un lápiz en un papel amarillo. De espaldas a mí había un hombre mayor en traje de calle que estaba sentado escribiendo a máquina con dos dedos.

—¿Teniente Peterson? —pregunté.

El joven levantó la vista y me miró fijamente.

—Creo que está tomando un café —dijo el de la máquina de escribir, sin volverse, y gritó en dirección a una puerta cerrada que había al fondo de la habitación.

—¡Peterson!

La puerta se abrió y apareció un tipo de unos cuarenta y tantos años, pelo gris y ojos rasgados. Estaba en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y tenía un vaso de papel en la mano.

—¿Sí? —contestó.

No había lugar para presentaciones formales. Crucé la habitación hacia la puerta entreabierta y le enseñé mi credencial.

—¡Hola! —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Si tiene unos minutos —dije— me gustaría que me hablase del caso Davidian.

Miró hacia el vaso de café que sostenía en la mano.

—Ah —dijo—, el que descuartizó a chica de Parrish.

—Ajá —respondí.

Pareció pensar en ello.

—Bueno... está casi cerrado —dijo—, ¿qué quiere saber?

—Cualquier cosa que me diga que yo no sepa —contesté.

Estudió un poco más detenidamente el vaso.

—¿Por qué le interesa? —preguntó.

—Trabajo para el abogado de Davidian, Sam Birch.

—Es un poco tarde ya, ¿no? —dijo.

Me dirigió una mirada penetrante, que me hizo sentir que, en

caso de enfrentamiento, preferiría estar con él a estar contra él.

—Ya conoce el refrán —repliqué.

Pensó un poco más y luego se retiró de la puerta y la abrió del todo.

—Muy bien, entre. ¿Quiere un café? Creo que queda algo.

—Gracias —dije.

Había una caja de vasos de papel sobre una mesa vieja, junto a una cafetera eléctrica. Cogí uno y lo puse en la cafetera. Había bastante para una taza.

—¿Intentan demostrar que el chico está loco, eh? —dijo—. ¿Que no debería ser ejecutado?

—Algo así —contesté.

—El no estaba loco —dijo Peterson—. Hablé mucho con él y le puedo asegurar que no está mucho más loco que usted o yo.

—De acuerdo —dije—. En cuanto a la chica, Esther Parrish, ¿la conoció personalmente?

—No —contestó—. Conocía a su padre un poco. No muy bien.

—¿Y a la otra chica, Mary Carpenter?

—No. No tiene mucho que ver con esto.

—Ya, pero sí algo, era amiga de Esther Parrish, y el día del asesinato estaba por allí cuando Peter Davidian quiso cambiar la rueda…

Peterson hizo un gesto de impaciencia.

—Todo eso fue antes, por la tarde.

—Es verdad. Pero no dejo de dar vueltas a una cosa. Esther y Peter fueron a la granja de los Sampson para coger un gato y dejaron a Mary en el coche de Esther. Hacía frío. Mary se cansó de esperar e hizo auto-stop para volver a la ciudad.

El policía escuchaba en silencio.

—No aguantó mucho tiempo —proseguí—. Y debía hacer menos frío dentro del coche que en la carretera.

—¿Y bien? —inquirió Peterson.

—La explicación de Mary, la explicación oficial, fue que sintió frío, se cansó de esperar y se largó. Pero suponga que hubiera otra razón.

—¿Qué otra razón?

—Una posibilidad es que hubiera un acuerdo entre Mary y Esther Parrish, si admitimos, por ejemplo, que Esther tenía una cita

y usó a Peter y a Mary para que la ayudaran.

—Esa es una posibilidad —admitió en un tono sarcásticamente paciente.

—Otra posibilidad —dije—, que podría relacionarse con la anterior, es que Mary Carpenter se fuera a su casa porque sintiera miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó.

—De que Peter estuviera a punto de perder la cabeza, si notó algo raro.

Movió los músculos de la mandíbula, estrujó lentamente el vaso vacío entre los dedos y lo arrojó a una papelera.

—Eso es una buena suposición —dijo—. Me parece que el señor Birch la intentó utilizar, pero no funcionó.

—Le escucho.

—En primer lugar —empezó a explicar— nunca hubo ninguna prueba de que Esther Parrish coqueteara con nadie, ni siquiera con Davidian. En segundo lugar, si éste estaba a punto de perder la cabeza y Mary Carpenter pudo notarlo, también pudieron haberlo notado otras personas y muchas otras le vieron ese mismo día, sin que nadie dijera nada de que estuviera trastornado. En tercer lugar, si Mary Carpenter hubiera tenido miedo, también lo habría tenido por su amiga Esther, y habría intentado ayudarla, o se lo habría dicho a alguien. Pero no hizo nada hasta las nueve en punto de esa noche.

Lo que decía era muy sensato y me causó gran admiración. No seguí con mi razonamiento, no porque me lo hubiera echado por tierra, sino porque lo único que yo quería por el momento era lanzar la idea. Ahora sabía que la idea ya había sido lanzada anteriormente, pero pensé que no vendría mal removerla un poco.

—¿Me podría decir algo de Davidian en el momento de la detención? —pregunté—. ¿En qué estado de ánimo parecía estar?

Miró su reloj de pulsera y puso cara como de suspirar. Me dio la impresión de que había hablado de esto muchas veces.

—Le agradezco su tiempo —dije—. No insistiría si no fuera porque a Peter Davidian le queda cada vez menos.

Asintió con la cabeza y se pasó las manos por la cara.

—En primer lugar —dijo—, estaba aterrado. Lo encontraron en el viejo granero. Cuando yo llegué, Jack Parrish estaba allí y creo

que Peter Davidian estaba totalmente atemorizado por eso. Y tenía motivos para ello. Parrish lo iba a matar. Tuvimos que separarlos entre tres. Davidian tenía el cuchillo en la mano, lleno de sangre y sus ropas también estaban llenas de sangre. Todo tenía muy mal aspecto.

—Cuando usted lo interrogó, ¿cómo fue? ¿No dijo nada, en su defensa, quiero decir? —pregunté.

—Muy poco, ¿qué podía decir? Sobre todo preguntaba que qué había pasado. Repetía que no sabía lo que había pasado. Yo se lo decía una y otra vez, pero no parecía entenderlo. No le presionamos mucho. Estaba allí sentado, con esa mirada tan extraña. Creo que se estaba mirando la punta de la nariz.

—¿No se desmoronó? ¿No manifestó ningún dolor ni remordimiento?

—No, que yo recuerde. Después de cinco horas logró montar una historia, está en el informe del sumario.

—Lo tengo —dije.

—Entonces creo que tiene todo lo que hay. No era muy hablador. La mayor parte de lo que dijo era inverosímil, pero no estaba loco, eso seguro.

—Seguía diciendo «¿Qué ha pasado?» «Yo no sé qué ha pasado.»

—Bueno, puede que estuviera obcecado mientras lo hacía o después, pero eso no es lo mismo que estar loco, cualquier testigo se lo puede decir.

—Ya lo sé, de acuerdo. Lo principal es que usted estaba convencido de que él estaba más o menos en su sano juicio, de que era responsable de sus actos.

—Lo era, seguro.

Le agradecí su tiempo y me di la vuelta para salir.

—Además —dijo—, confesó.

Me volví para mirarlo.

—¿Confesó?

—Claro. ¿No está en su informe?

—No.

—Eso no salió en el juicio. Pero bueno, el juicio se complicó mucho antes de terminar.

—¿Dice usted que confesó? ¿Se lo dijo así «la maté», «yo maté a Esther Parrish»?

—No con esas mismas palabras, pero casi. Lo recuerdo muy bien. El dijo: «Creo que lo he hecho yo, creo que lo he hecho. Ella me hizo meter la pata. Metí la pata.»

Era verdad que lo recordaba muy bien.

—El dijo que ella le había hecho meter la pata. ¿Le explicó lo que quería decir con eso? ¿Qué hizo ella, si es que hizo algo? —preguntó.

—No. ¿Quién sabe? ¿Y qué importa? Incluso aunque se riera de él, cualquier cosa que hiciera... no era para matarla.

—Sí —dije—, eso es verdad. No se mata a una chica porque se haya reído de uno.

Le di las gracias otra vez y salí por la oficina, bajé las estrechas escaleras y salí al aire libre. Había un supermercado en la esquina de más allá y me encaminé hacia él, pedí una taza de café en el bar y fui a llamar por teléfono.

Intenté hablar con Sam Birch, pero no estaba. Dije que esperaría a que me llamara él y volví a mi taza de café. No estaba muy bueno, y eso me sorprendió. Se supone que en el campo siempre se toma buen café. Tal vez había algo que afectaba a mi paladar, algo como lo imposible del caso de Peter Davidian.

Mary Carpenter, pensé, sabe más de lo que ha dicho. Pero ese pensamiento podía ser más bien una esperanza.

¿Y cuánto más de lo que ha dicho sabe Caroline Adams, la maestra?

Probablemente no mucho más, pensé. Pero ella podría hacer alguna averiguación audaz, que no hubiera ayudado a nadie en el juicio, pero que quizá ahora...

Volví al teléfono y llamé al Hotel Clark de Wesley. Se puso el viejo Jess cabeza-de-nieve y le pregunté si la señorita Adams estaba allí.

—No hay teléfono en las habitaciones —dijo.

—Ya lo sé. Pensé que si estaba allí, quizá podría ir alguien a buscarla.

—No hay nadie ahora. Cuando venga le diré que le llame.

—No importa, ya la llamaré luego —dije.

—Como quiera —dijo Jess.

Pedí otra taza de café; o estaba mejor o yo ya me había acostumbrado. Empecé a impacientarme porque Sam Birch no llamaba. No podía pasarme el día allí sentado. Cada vez que miraba un reloj sentía una contracción en el estómago.

Deja ya de autocompadecerte, me dije. También Peter Davidian tiene un reloj. Decidí que todo dependía de lo que se estuviera esperando.

Sam me llamó a eso de las once y cuarto.

—Siento haberte hecho esperar —dijo—. Estoy en el tribunal y ahora tenemos un descanso.

—Bien —dije—. He hablado con el tipo de la comisaría, el teniente Peterson. Me ha dicho que Davidian confesó.

—Sí, bueno…, una confesión, Mac, es algo que uno hace siempre después que le hayan estado interrogando durante horas, con tal de que le dejen en paz.

—Ya lo sé, pero…

—Además, a nosotros no nos importaba. Lo que nos importaba era su demencia.

—Le dijo a Peterson que ella le había hecho «meter la pata».

—Ya.

—¿Te ha dicho él a ti alguna vez exactamente cómo le hizo ella «meter la pata»? Quiero decir si ella le excitó o algo así o si él quería decir que se vio acorralado.

—El nunca nos dijo gran cosa ni sobre eso ni sobre nada, eso es lo que puso todo tan difícil.

—Pero, ¿te dijo lo suficiente como para persuadir al grupo de psicólogos de que estaba desequilibrado?

—Ellos piensan que se puede demostrar que Davidian se encontraba en estado de irresponsabilidad mental y emocional.

—Ya —dije—. Por aquí lo ven de otra forma.

—Ya lo sé. Mira, ¿te podría ayudar que yo hablara con Davidian? Puedo ir a verlo más tarde.

—Pídele que hable, sólo que hable, por lo que más quiera. Pregúntale por Mary Carpenter.

—Mary Carpenter, muy bien.

—Intenta también que te diga lo que él sentía exactamente por Esther Parrish cuando no tenía un cuchillo en la mano, y si ella le hizo promesas que no tuviera intención de cumplir.

—Vale…

—Y por ahora eso es bastante. Si puedo conseguir algo, iré yo mismo a hablar con él, quizá mañana.

—¿Quieres algo de los psicólogos?

—Aceptaré todo lo que pueda ayudarme.

—Les hablaré. No te desanimes, Mac.

—Ya me conoces —dije.

Colgué, pagué el café y volví a la comisaría, donde había dejado el coche aparcado. Cuando abría la puerta del coche, el teniente Peterson estaba saliendo por la puerta de atrás del edificio. Iba muy de prisa y el tipo que iba con él también, así que no les interrumpí.

5

No se trabaja igual en un pueblo que en la ciudad. Mary Carpenter vivía en una casa de tres pisos situada en una calle ancha y con árboles, a unas seis manzanas del barrio comercial. Las casas de esta zona eran diferentes a las otras; todas tenían un jardín de césped alrededor y el único coche aparcado en la calle era el mío. No es que Roscoe Embers me hubiera asustado mucho, pero me daba cuenta de que merodear por allí a plena luz del día, esperando lanzarse sobre una joven justo enfrente de su propia casa, no era un procedimiento muy sensato.

Volví en el coche al hotel y usé el teléfono de Jess para llamar otra vez a Sam Birch, que se puso en seguida.

—Otra cosa que quiero que le preguntes al chico cuando lo veas —dije—. Es sobre Fred Sampson. Intenta hacerte una idea de lo que sentía hacia él, de cómo le trataba Sampson y de si lo hacía trabajar mucho.

—Trabajaba mucho, te lo puedo asegurar. De lo único que hablaba siempre era de lo mucho que trabajaba en aquella granja.

—¿Le maltrataban?

—Quizá, eso no está claro. Sin embargo, Peter era muy fuerte y dudo que Sampson le maltratara físicamente.

—¿Nunca dijo nada de lo que sentía realmente hacia Sampson?

—No le quería mucho, pero era difícil para él hablar de eso. Sampson le había hecho sentirse obligado, por lo de ser huérfano y todo eso.

—Ya. Bueno, si puedes hacerle hablar de Sampson...

—Lo haré. ¿Algo más?

—De momento, no; quizá más tarde —contesté.

Cuando colgaba el teléfono, vi a la señorita Adams cruzar el

vestíbulo en dirección a la puerta. Salí tras ella y, ya en los escalones de fuera, le dije:

—Señorita Adams, por favor...

Estaba en el último escalón y mis palabras casi la hicieron perder el equilibrio. Tuvo que dar un saltito para no caerse. Definitivamente, la suerte no me acompañaba. No había querido ponerla en aprietos.

Tardó unos segundos en recuperar la compostura y luego se volvió para mirarme desde abajo, lo cual no me parecía bien, así que me apresuré a bajar donde estaba ella, para ponerme más o menos a su nivel; no del todo, porque le sacaba varios centímetros, pero no había nada malo en ello.

—¿Sí? —contestó.

—Necesito que me ayude —dije.

—Creo haberle dicho ya que yo...

—Ya, ya sé —la interrumpí—, pero quizá pueda ayudarme de otra forma.

—¿De qué forma? —preguntó, poniéndose a la defensiva.

—De una forma perfectamente legal, sana y abierta...

—¿Qué está sugiriéndome?

—De momento, que comamos juntos. Me encantaría invitarla a comer y acepto sus condiciones.

Ella reprimió un gesto muy femenino en los labios.

—¿En el Café Wesley? —preguntó.

—Preferiría que no —dije—, pero no conozco esto...

—No puedo dejar que me invite a comer.

—Pagará cada uno lo suyo.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

—Hay un sitio en la carretera principal, no es que sea muy bonito, pero es tranquilo y resulta adecuado...

—Lo único que tiene que hacer es indicarme el camino.

Abrió la boca y la cerró. Tenía una boca muy bonita y era agradable ver cómo se movía.

—Creo que lo mejor será que nos encontremos allí —dijo—. Vaya por la calle principal en dirección oeste, unos siete kilómetros, dé la vuelta a la derecha y luego siga unos dos kilómetros. Se llama «El Claro».

—La veré allí entonces.
—De acuerdo —dijo.

«El claro» era un edificio bajo y de aspecto laberíntico, con una especie de restaurante-cafetería en un extremo, un bar en el otro y una tienda en medio. Afuera había un par de surtidores de gasolina. La señorita Además estaba saliendo del coche, un utilitario de hacía tres años, cuando llegué.

—¿Le apetece tomar una copa antes de comer? —le pregunté.

Miró cuidadosamente en todas las direcciones.

—Sí, me encantaría —contestó—, pero no estoy segura de que sea prudente.

—No la importunaré con eso —le dije—, usted manda.

Tardó unos veinte segundos en pensarlo, se dio la vuelta y se dirigió a una puerta en la que ponía «Cócteles».

Dentro estaba poco iluminado y bastante fresco. Había varias mesas y, junto a una pared, otras mesitas pequeñas para dos personas. La señorita Adams se dirigió a una de ésas.

No había nadie más que el camarero, que todavía no se había puesto la chaqueta blanca y que nos tomó nota en mangas de camisa. Si reconoció a Carolina Adams, no lo demostró.

—Casi nunca bebo antes de las comidas —dijo.

—Si prefiere no hacerlo... —comenté.

—No, prefiero beber algo. Las clases no empiezan hasta la semana que viene. Todavía puedo echar una canita al aire.

Las bebidas que nos trajeron estaban muy buenas.

—¿Lleva tres años dando clase en Wesley? —pregunté.

—En realidad, llevo más tiempo. Antes estuve dos años en el colegio del pueblo, que pertenece al condado.

—¿La tratan bien?

—Bastante bien. En algún sitio hay que empezar, y yo empecé aquí.

—¿Dónde estudió?

—En el noroeste.

—Bueno, ¿sabe? Los dos somos del norte.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

—De un sitio tan poco llamativo como Evanston. Cerca de aquí,

hacia el norte. Nací en la zona de los suburbios.

—Siempre me he preguntado qué se siente al haber nacido en una ciudad como Chicago.

—Se siente uno..., bueno, no sé cómo se siente uno al haber nacido allí. Pero todavía intento olvidar mi primera juventud en Chicago. No fue muy buena.

—Yo nací en un pueblo como Wesley, un poco más pequeño.

—¿Y cómo se siente uno al haber nacido allí?

Se rió un poco, amistosamente.

—Como usted, todo lo que recuerdo fue que crecí. Aunque en mi caso, no me fue mal. Tuve suerte.

No podía decir qué pasaba exactamente, pero me dio la sensación de que se estaba produciendo un cierto acercamiento entre nosotros, una distensión. Pero ella era muy reservada y yo temía presionarla.

—¿Es usted policía o algo así? —preguntó, sin mirarme mucho.

—Soy detective privado. Hago trabajos esporádicos, reunir papeles, seguir a algunas personas desaparecidas, esas cosas.

—¿Y también intenta sacar de la cárcel a los asesinos condenados a muerte?

Era una pregunta fuerte y directa. Su cara reflejó un poco la dureza de la pregunta. Conseguí sonreír un poco.

—¡Le importa que lo llamemos de otra forma? —dije—. ¿Qué tal si decimos que intento investigar las circunstancias que rodean a un homicidio?

—¿Es que un homicidio es algo más limpio que un asesinato?

Me daba cuenta de que sólo estábamos discutiendo e intenté cambiar de tema.

—¿Vive siempre en el hotel, durante todo el curso? —pregunté.

—No, claro que no —dijo—, tengo alquilada una habitación en una casa particular, como toda buena maestra. Pero este trimestre mi habitación no estaba lista cuando llegué, así que estoy pasando unos días en el hotel.

—¿Le gusta vivir en una casa particular?

—Bueno, sí y no. La casa en la que vivo ahora es bastante grande, está bien cuidada y es muy tranquila por la noche. Y, por supuesto, me sale mucho más barata que el hotel.

—Ajá.

—En el hotel tendría que pagar por lo menos setenta y cinco dólares al mes, sin baño en la habitación. Y por esta habitación sólo pago treinta dólares. Los Carpenter no están muy necesitados de dinero.

—¿Los Carpenter? —dije.

—Sí, llevo dos años viviendo allí.

—¿Mary Carpenter vive allí también?

—Sí. Mary es alumna mía.

—Ya. ¿Tiene hambre? ¿Pedimos ya la comida?

—Estoy muerta de hambre.

Nos dijeron que podíamos comer en el bar y así lo hicimos. La señorita Adams pidió un sandwich de jamón y queso con pan de anís y un vaso de té helado. Yo pedí lo mismo, con pan de trigo, y café. Rechazó una segunda copa y yo tampoco la tomé.

—¿Qué hay de ese tal Chris Duval? —pregunté—. Me dijo que usted le está enseñando francés.

—Esa es una de las bromas de Chris.

Me pregunta siempre si le puedo enseñar francés y yo le digo que cuando quiera empezamos. Entonces él dice «Parlé vú, eso es francés» y yo le digo que sí, pero nunca parece para hacer la matrícula.

—Tiene buena memoria, especialmente para los cumpleaños.

—Recuerda todo. Ahora le ha dado por los cumpleaños. Es uno de esos tipos extraños que sólo sabe lo que recuerda. No puede hacer nada más que repetir algo, pero lo recuerda.

—¿Cómo se sabe cuándo le está hablando a uno y cuando se habla a sí mismo?

—No es fácil saberlo. Pero normalmente si se le puede escuchar algo, quiere decir que no está hablando solo.

—¿Cómo se las arregla aquí? ¿Vive solo? ¿Cómo lo tratan?

—Vive solo en una casita en el extremo este del pueblo. Los niños lo maltratan a veces, pero él se lo toma bastante bien. Una vez dio a un niño en la cara con una fregona mojada, pero la cosa no pasó de ahí. Normalmente, es bastante paciente y aguanta mucho.

La puerta se abrió y entró una pareja de mediana edad, seguida

de un hombre fornido de más o menos los mismos años. Este hombre era Jack Parrish. La pareja se sentó en una mesa en el otro extremo del local y Parrish se sentó en la barra, de espaldas a nosotros. Llevaba una camisa de algodón azul y unos pantalones de faena de color claro. El camarero le sirvió una cerveza y fue a tomar nota a la otra mesa. La señorita Adams mordisqueó su sandwich y clavó la mirada en el plato.

—¿Conoce al señor Parrish? —preguntó.

—Sí —dije.

Dejó lo que le quedaba del sandwich en el plato, se limpió cuidadosamente los dedos y apretó los de en medio contra las sienes.

—He salido con el señor Parrish dos o tres veces —dijo—. Aunque sólo fuera por cortesía debería hablarle, incluso pedirle que se sentara con nosotros.

—Usted manda —dije, encogiéndome de hombros.

—Sin embargo —dijo en un volumen de voz bastante más bajo —, no quiero que me deje sola con él.

—De acuerdo.

Echó una mirada alrededor y no sé cómo, su mirada se cruzó con la de Parrish en el espejo del bar. Creo que sí sé cómo, porque él no la había quitado ojo desde que entró en el local.

—Hola, Jack —dijo Caroline Adams—. ¿Por qué no te sientas con nosotros?

El dudó un momento, miró a su cerveza, levantó la jarra con su manaza, y se acercó a la mesa. Había una silla de sobra y se la acerqué. El me saludó con la cabeza, dijo «hola, Caroline», y se sentó.

Era más grande de lo que yo recordaba. Tenía el cuello fuerte, muy bronceado, la cara ancha y cuadrada y la barbilla firme y prominente. Llevaba una gorra de visera y no se molestó en quitársela delante de la señorita Adams.

—Creo que ya os conocéis —dijo ella, señalándome con la mano.

—Sí —dijo Parrish—. ¿Qué tal está?

—Muy bien —contesté—. ¿Y usted?

—Perfectamente.

Era difícil deducir por su comportamiento si iba detrás de Caroline Adams. Había varias posibilidades de que así fuera.

Caroline era joven, atractiva, culta, alegre y él era un hombre solo que no iba para joven y lo bastante importante en la ciudad como para sentirse seguro de sí mismo. Era bastante posible que albergase alguna pretensión hacia ella, en cuyo caso no le gustaría demasiado que yo la hubiese llevado allí para hablar a solas con ella.

—¿Sigue trabajando en su… investigación? —preguntó.

—Sigo en ello. Me he tomado un pequeño descanso para comer.

Las cejas de Caroline Adams se movieron en un gesto que interpretó como de gratitud. Otra cosa que podría pasar, pensé, sería que a Parrish no le gustara que yo fuera por ahí haciendo preguntas sobre su hija. Caroline Adams probablemente sabía lo que sentía él al respecto, y era natural que conociera a Esther bastante bien. Me sentí como James Bond entre los Destructores.

—¿Más té helado? —pregunté a la señorita Adams.

—No, gracias —negó con la cabeza—. Ya es suficiente.

Si el comentario tenía doble sentido, Parrish no pareció darse por enterado. Se terminó la cerveza y buscó al camarero con la mirada.

—¿Le puedo invitar a una copa? —pregunté.

—No —respondió.

Bueno, pensé, en eso nos comportamos igual.

—Me tengo que ir, de verdad —dijo Caroline Adams, incorporándose.

El camarero se acercó.

—¿Otra cerveza, señor Parrish? —preguntó.

—No, déjelo —contestó Parrish, poniéndose de pie—. Tengo que irme.

Me levanté y pedí la cuenta. La señorita Adams tenía el ceño ligeramente fruncido. Se había puesto ella sola en una situación incómoda y era demasiado educada como para decir adiós con firmeza y marcharse, dejándonos a los dos en esas circunstancias. Se hizo la remolona hasta que cogí la cuenta y la pagué y luego dejó la mesa y se dirigió a la salida. Yo la seguí y Parrish fue detrás de mí. Nos juntamos los tres en la puerta porque la señorita Adams de repente recordó que habíamos hecho un trato.

—Casi me olvidaba de que no le he pagado mi almuerzo —dijo.

Me quedé perplejo, pero por fin pude decir: «Un dólar y cincuenta y cinco centavos.»

—Y la propina —añadió ella.

—Veinte centavos. Un dólar con setenta y cinco.

Contó el suelto justo, sacó un billete de un dólar de un billetero pequeño y blando, y me puso el dinero en la mano. Parrish contemplaba la escena sin ninguna expresión.

—Muy bien —dijo—, ya estamos en paz.

Ella se dio la vuelta rápidamente, empujó el lado de la puerta que no era, fue al otro y la manaza de Jack Parrish se la empujó. La puerta se abrió y ella salió.

—Después de usted, por favor —le dije a Parrish.

Salió y yo le seguí. Me separé de él rápidamente para llegar a la puerta del coche de la señorita Adams al mismo tiempo que ella; lo abrió y yo le sujeté la puerta y esperé a que se pusiese al volante.

—Espero que repitamos pronto —dije.

—Sí —replicó ella, apresurándose a poner el coche en marcha.

—¿Me ayudará a tener una entrevista con Mary Carpenter?

—¿Cómo?

El coche arrancó ruidosamente y Parrish se acercaba hacia nosotros. Su pequeño camión estaba aparcado junto al coche de la señorita Adams, al otro lado del mío.

—Me es muy urgente hablar con ella —dije.

—No sé…

—Hablaremos en el hotel.

—De acuerdo.

Me retiré del coche, cerré la puerta y esperé a que ella saliera a la carretera. Parrish se apoyaba en el camión, observando cómo se alejaba.

—Bueno —le dije—, quizá le vea luego.

Dejó que diera unos pasos y luego dijo:

—Mire…

—¿Qué? —pregunté, parándome y volviéndome un poco.

—Si fuera un poco inteligente se iría por donde ha venido.

—No tardaré mucho en hacerlo, todo lo más una semana.

—¿No podría ser antes?

—No.

Se retiró bruscamente del camión y se dirigió hacia mí, señalando con el pulgar por encima del hombro hacia la dirección en que había ido la señorita Adams.

—Esa chica me pertenece —dijo.

—¿Con todos los derechos?

—Eso no le importa. Limítese a apartarse de ella, y de mí.

Se le quebró la voz. Estaba mucho más enfadado de lo que quería aparentar. Tuve la sensación de que me iba a pegar de un momento a otro. Pero yo no quería pelea, y además no tenía materialmente tiempo. Retiré la cara hacia la izquierda.

—Mire —dije—, cuando refresque, podemos pelear un poco para divertirnos. Pero hoy hace mucho calor y yo tengo mucho que hacer. No sé cuándo empieza a refrescar por aquí y a lo mejor me tengo que ir antes. Si quiere, le daré mi teléfono y mi dirección para quedar un día. Hasta entonces, creo que tendrá que perdonarme.

No dijo nada, pero yo no esperaba que lo hiciera, así que eso me pareció muy bien. Me dirigí al coche y me metí en él, mientras él se quedaba de pie allí, como meditando tristemente cuando me fui.

En el camino de vuelta me paré en el ayuntamiento. Roscoe Embers, el jefe de Policía estaba ordenando papeles con sus manitas pálidas. Cuando levantó la vista hacia mí, parpadeó, pero luego su mirada se hizo inexpresiva como la de un perro somnoliento.

—Estoy investigando sobre el asesinato de Esther Parrish —dije —. Quizá recuerde…

Asintió bruscamente con la cabeza.

—Recuerdo. ¿Qué hay de eso?

—Esta mañana hablé con el teniente Peterson en el tribunal.

—Ya, ya lo sé.

—Entonces quizá sepa también de qué hemos hablado.

Se encogió de hombros y movió las manitas.

—Del caso, me imagino.

—Lo que quería que me dijera el teniente era si Esther Parrish podría haberse burlado de Peter un punto en el que él no pudo soportarlo más. ¿Me puede usted decir algo sobre eso? ¿Qué clase de chica era Esther Parrish?

De nuevo parpadeó nerviosamente y sacudió la cabeza sin razón aparente.

—Era una chica normal, de pueblo, de diecisiete años, guapa, amable.

Se apoyó pesadamente en su mesa y con una de sus manos hizo una línea en el aire enfrente de mí.

—Ahora déjeme que le dé un consejo —dijo—. No vaya por el pueblo haciendo preguntas sobre Esther Parrish y todo eso. Lo único que hace es acarrearse problemas y acarreárselos a los demás.

Cerré y abrí los ojos.

—En lo que a mí respecta, le comprendo —dije—. Pero ¿a quién más puede traerle problemas? ¿Qué clase de problemas?

Movía la manita exasperado.

—No quiero decir la clase de problemas que usted se imagina. Sólo quiero decir que... que el caso está cerrado. Todo el mundo dio su veredicto, hasta el Supremo. La chica está muerta. Peter Davidian lo hizo. Incluso él lo admitió. Si sigue excitando los ánimos, se le echarán encima.

—Bueno, es un riesgo que tengo que correr —dije—. Es mi trabajo. Me pagan por eso.

—Es inútil —dijo, moviendo tristemente la cabeza—. No hay nada que averiguar. Olvídese de todo esto.

Se me ocurrió que los «problemas» a que se refería eran problemas para él y para todos los que hablaran conmigo sobre el caso. Problemas con Jack Parrish. Ya había visto cómo funcionaba lo de los «problemas», en el caso de Caroline Adams, que no había sido violento, pero en el que había sentido que había algo latente. Jack Parrish, con su cuello bronceado y sus grandes manos, era el poder local. Todo el pueblo lo podía ver simbolizado todos los días en la maquinaria pesada de la exposición y en el garaje. Y todas las letras que tenía, en el aspecto financiero, no eran un símbolo, sino poder sólido y real.

Cuando salía de la oficina de Policía pasaba Parrish por la calle principal, tocando la bocina insistentemente. Un perro que estaba cruzando la calle se paró aturdido, fue hacia un lado, luego hacia otro y por fin consiguió librarse de ser atropellado.

Me subí al coche y me dirigí al hotel.

Parrish, dije para mí, puede que tengamos que hacer esa pelea antes de lo que yo pensaba.

En cierto modo, era comprensible. Le habían quitado el gusto de arreglar lo de Davidian a su manera. La mejor manera, después de la suya, era la del estado, y Parrish no quería que a éste le quitaran

también ese gusto. Se había convertido, pensé, en una cuestión de honor.

6

Mientras yo subía por las escaleras del hotel vi a Caroline Adams intentando inútilmente abrir la puerta desde el otro lado con el pie. Llevaba en los brazos una caja que debía pesar mucho y daba pena ver cómo tenía la espalda, no muy ancha, casi doblada.

—Déjeme que la coja yo —dije.

—Gracias —dijo, cediendo después de dudarlo un poco—, está llena de libros.

—Ya se nota —comenté, mientras se la cogía—. ¿Es hoy el día de la mudanza?

—De parte de la mudanza —dijo, mientras me adelantaba para abrir el coche.

—¿Tiene más de éstas? —pregunté, cuando dejé la caja en el asiento de atrás.

—Dos más.

—Se las bajaré.

—Estoy segura que tiene otras cosas...

—Seguro. Pero las cosas que tengo que hacer dependen muchísimo de usted.

—No sé en qué puedo ayudarle.

—Vamos a poner las otras cajas en el coche y así tendrá un poco de tiempo para pensarlo.

—Bueno...

Atravesamos el vestíbulo, subimos a su habitación y abrió la puerta. Todo estaba perfectamente en orden, a no ser por las dos cajas llenas de libros y papeles que estaban en el suelo junto a la cama.

—Mi habitación no está lista del todo —dijo—, pero la señora Carpenter me ha dicho que ya podía llevar los libros y así tendré

menos cosas que llevar cuando me mude definitivamente.

—Claro.

Bajé una caja al coche y cuando volví a por la otra, ella tenía ya el bolso en la mano, como dispuesta a salir.

—¿Y cuando llegue? —pregunté.

—Ya me las arreglaré.

—Es mejor que me deje ir para ayudarla a desembarcarlas, esa es la palabra, ¿no?

—Sí, vale muy bien.

—¿Es probable que Mary Carpenter esté en casa?

No contestó hasta que salimos y yo estaba ya colocando la tercera caja en el asiento de atrás.

—No sé —dijo—, es bastante probable.

—Es urgente que hable con ella.

—¿Sobre el... caso?

—Sí.

No le gustaba que la presionaran y yo lo comprendí, pero ya era hora de hacerlo un poco. No se trataba de un capricho o una manía, era mucho más que eso.

Se mordió el labio inferior un momento, miró al otro lado de la calle y se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—, le dejo que me ayude. Si Mary está allí, se la presentaré.

—Se lo agradeceré muchísimo.

—Sería mejor si tuviera coche... Yo estaré allí un rato, arreglando cosas.

—No está muy lejos —dije—, si no le importa que vaya con usted.

—No, no me importa.

Subimos al coche; ella salió cuidadosamente del aparcamiento y condujo calle abajo hasta pasar el ayuntamiento, luego tomó el callejón que llevaba a la paralela a la calle Mayor, y giró. Dos minutos después, nos acercábamos al alto caserón de los Carpenter, que estaba rodeado de grandes árboles. Aunque había un gran porche en la puerta principal, Caroline Adams paró el coche junto a una puerta lateral cerca de la parte trasera de la casa, que parecía una especie de puerta de servicio, por la que se asomó una mujer de unos cuarenta y cinco años, que llevaba un vestido blanco.

Caroline Adams la saludó con la mano.

La mujer salió a recibirnos. Se movía despacio, como si le dolieran los pies. Tenía la cara gorda y con granos, y se le veían gotas de sudor encima del labio superior. Se notaba que le sentaba mal el calor.

—Hola, Caroline —le dijo la señora Carpenter.

—La señora Carpenter —dijo la señorita Adams—, el señor…

Dijo mi nombre y ella lo repitió.

—Se ofreció amablemente a ayudarme con las cajas.

—Muy amable. ¿Qué tal? —dijo la señora Carpenter.

Abrí la puerta de atrás y saqué una caja. Caroline Adams y la señora Carpenter estaban charlando, pero no decían nada de Mary.

—La tendrás lista el lunes, seguro —dijo la señora Carpenter—. ¿Te viene bien?

—Muy bien —respondió Caroline Adams—. Muchísimas gracias por dejarme traer los libros.

—Bueno, si tienes que dejar todo hasta el último momento… —dijo la señora Carpenter vagamente—. Por aquí.

Me abrió la puerta y entré en la casa detrás de Caroline Adams. Primero pasamos por un comedor grande y elegante, con una mesa cubierta con un mantelito de hilo, y luego la señorita Adams se dirigió a las escaleras y yo la seguí. La señora Carpenter se quedó en el salón.

—Déjalo en cualquier sitio —dijo, moviendo una mano gordezuela—, no molestan.

—Gracias —replicó la señorita Adams.

Subió las escaleras que después de un rellano se estrechaban para subir al segundo piso. A lo ancho de la casa se extendía un pasillo al que daban las habitaciones. Estaba claro que había pintores en la casa. Una escalera de mano estaba apoyada en la pared junto a una puerta abierta. La señorita Adams se dirigió por el pasillo a una habitación al final del extremo que tenía la puerta abierta. Olía intensamente a pintura fresca.

La brillante luz del sol inundaba la habitación por las altas ventanas, de las que se habían quitado las persianas y las cortinas. La cama estaba cubierta con un gran trapo blanco. En el centro de

la habitación habían puesto la mesa y tres sillas para dejar las paredes libres. En un rincón había un armario empotrado y un maletero, que parecía vacío.

—Creo que los voy a dejar en el armario —dijo la señorita Adams, señalando en esa dirección.

Me acerqué a la puerta abierta y me incliné hacia dentro con la caja. El armario no estaba vacío. Una voz de chica dijo: «¡Uuuuh!»

Solté la caja, que me cayó en el pie izquierdo. La voz dejó escapar un grito ahogado. El paso de la luz del sol a la oscuridad del armario me había cegado.

Empujé la caja con el pie para quitármela de encima y después de enderezarme, me volví hacia la habitación.

—¿Mary...? —dijo la señorita Adams.

La miré y parecía un tanto disgustada. Avancé un poco, deseando poder descalzarme y darme un masaje en el pie.

En la puerta del armario apareció la joven. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta con las mangas cortadas a la altura del hombro. En la parte delantera de la camiseta había un dibujo de Mozart. Iba descalza. Era de complexión fuerte, como su madre, y como ella tenía la cara redonda y el pelo fino y marrón que le caía en lisos mechones. Llevaba unas gafas grandes de pesada montura negra. Y tenía espinillas. Posiblemente era la muchacha de diecisiete años menos atractiva que había visto en mi vida. Aparte de su aspecto, el hecho de esconderse en el armario para decir: «Uuuuh» me hizo pensar que no tenía demasiadas luces. Si es que tenía alguna. Me sorprendí diciéndome: «Peter Davidian, date por muerto».

—Mary —dijo la señorita Adams—, no deberías dar esos sustos a la gente cuando lleva algo en las manos.

Mary se puso el índice izquierdo sobre los labios.

—Este es el señor...

Le repetí mi nombre otra vez.

—Mary Carpenter —dijo la señorita Adams.

La chica miró a la señorita Adams, como pidiéndole ayuda, luego a mí y luego al suelo.

—Hola —dijo.

—Voy a bajar por las otras cajas —dije, saliendo rápidamente de la habitación.

Cuando volví con la segunda caja no vi a la señorita Adams ni a Mary Carpenter. Tardé unos segundos en recuperar la respiración y luego bajé a por la tercera caja. Cuando volví de nuevo la señorita Adams estaba sola, esperándome.

—Lo siento —dijo mientras yo dejaba la caja en el armario.

—No me he hecho daño. ¿Está bien ella?

La señorita Adams no pareció entender la pregunta.

—No sé qué quiere decir con eso de que si «está bien» —dijo.

—Quiero decir en general.

—Sí, está bien, sólo que a veces es un poco infantil.

—Ya —dije.

—Está en su habitación. Le comenté que usted estaba interesado en el caso de Esther Parrish y que quería hablar con ella y salió corriendo.

Ahora tenía pocas esperanzas de que, aun en el caso de que escuchara mis preguntas, pudiera darme alguna respuesta útil.

—Quizá en otra ocasión —dije.

Me dirigí al pasillo y cuando ya estaba en él, ella se acercó a mí.

—Espere —dijo.

Esperé.

—Entre —ordenó, desde el umbral.

Cuando entré, entornó la puerta. Se separó de mí y se acercó a la cama, donde se sentó, casi de espaldas a mí, de manera que sus palabras me llegaban por encima de su hombro y la veía de perfil.

—Ella es…, quiero decir que no es tonta, Mary —dijo—. Pero necesita ayuda, cierto tipo de ayuda. No tengo que entrar en razones, no estoy segura siquiera de que pudiera explicar la mayoría de ellas. En cualquier caso, es el verdadero motivo de que yo viva aquí y no en otro sitio. He llegado a un acuerdo con los Carpenter. La chica va al colegio conmigo y así podemos estar más tiempo juntas, pero esa es otra cuestión.

—Muy bien —dije—. La escucho. Usted la ha protegido de algunas cosas…, como yo, por ejemplo. Lo acepto, pero…

—Correcto. Sí, pensé que la estaba protegiendo. Pero ahora no estoy muy segura. Las cosas no son tan sencillas. También hay que pensar en Peter Davidian. Y usted tiene derecho a hacer su trabajo.

—No sé si tengo derecho o no. Yo me he comprometido a hacerlo, eso es todo. De una forma u otra…

—Ya, ya. Mire, Mary tenía una relación muy intensa con Esther Parrish; estaban siempre juntas, como dos partes de un mismo mecanismo. No sé qué significaba eso para Esther, yo no la conocía muy bien, pero para Mary era toda una forma de vida. Así que el que Esther fuera… asesinada… fue un golpe muy duro para Mary. Todavía no lo ha superado. Aún está un poco en las nubes.

—Hasta ahí todo está claro —dije—. Estoy de acuerdo con usted.

—Ese culto a la amistad no es raro entre los adolescentes. Los chicos también pasan por eso.

—Claro.

—Sin embargo, en este caso era un poco… antinatural. No en el aspecto sexual, que yo sepa, sino de otra forma, psicológicamente… sobre todo por Esther Parrish. Resultaba paradójico, quiero decir que… la relación en sí era muy importante para Mary, pero Esther Parrish era casi la peor persona con la que podría haberla entablado.

Dejé pasar unos momentos y luego pregunté:

—¿Por qué?

—Porque… —empezó a contestar, moviéndose de repente en la cama y sacudiendo ambas manos, como si estuviera alejando la conversación—, Dios mío, no quería entrar en todo esto. ¿Por qué no habla usted directamente con ella y lo averigua por sí mismo?

—Lo que usted diga.

—No, espere. ¿Será amable con ella?

¿No la atosigará mucho?

—Lo menos posible. No soy lo que se dice un salvaje.

—Ya lo sé. Pero el asunto es duro, muy duro.

—Desde luego.

—Esther Parrish era muy alocada. Muy bonita, atrevida e incansable. A veces yo pensaba que la razón para estar con Mary era que ella sabía que tenía que estar IX controlada por alguien, que no podía arreglárselas sola. Su padre no le ayudaba mucho.

—¿Qué le ocurrió a su madre?

—Murió hace doce o trece años. Jack, el señor Parrish, la crió solo con la ayuda de amas de llaves. Todas eran lo bastante buenas, imagino, pero no eran la madre de Esther.

—¿Cómo era de alocada? ¿Se metió alguna vez en un problema

serio, algún lío?

—No, que yo sepa; pero siempre estaba a punto de hacerlo.

—¿Chicos?

—No, más bien hombres mayores. Mayores para ella.

—¿Me podría dar algunos nombres?

—No, no con seguridad.

—Me valdría con que hubiera ligeros indicios.

—No puedo hacer eso.

—De acuerdo. ¿Cree que Mary podría?

Echó los hombros hacia adelante, como si quisiera juntarlos.

—No lo sé.

—¿Le hará mucho daño el que presione un poco por ahí?

—Todo parece hacerle daño.

Pensé en ello brevemente.

—No me da muchas esperanzas.

—Sólo intento ponerle en antecedentes.

—Lo sé y se lo agradezco.

—¿No se pondrá muy duro con ella?

—Me parece que no tengo alternativa. No, no se preocupe, no seré muy duro.

Se levantó y abrió la puerta.

—Voy a hablar con Mary un minuto. Creo que le permitiré que hable con ella. Lo que no sé es si le dirá algo.

Se dirigió por el pasillo a una puerta cerrada. Llamó con los nudillos y entró.

Me pareció que pasaba mucho rato con ella, pero yo estaba muy susceptible con lo del tiempo y mis impresiones en este terreno no eran muy fiables. Por fin salió, y dejó la puerta abierta y se fue a su propia habitación. Me acerqué a la puerta por donde había salido y vi a Mary Carpenter.

Su habitación era más pequeña que la de la señorita Adams y tenía muchos más muebles. Había un montón de cosas colgadas en la pared, carteles, banderines, letreros y cosas así. Al fondo se veía un armario ropero muy desordenado, abierto. La cama era bastante grande y tenía la cabecera entre dos altas ventanas con alféizar. Mary Carpenter estaba sentada en el de la derecha con la espalda

apoyada en un lado, las rodillas levantadas y los pies contra el otro lado. Miraba por la ventana al jardín que rodeaba la casa.

«¿Qué puedo decir —me preguntaba— que no le haga ponerse el dedo en la boca?»

—La señorita Adams me dijo que podrías hablar un poco conmigo —dije.

Iba a ponerse el dedo en la boca, pero cambió de idea y empezó tamborilear con los dedos en la rodilla, que era redonda y de aspecto un poco fofo.

—Bueno —dijo—. ¿De qué quiere hablar?

Su voz era bastante fuerte, pero su forma de pronunciar palabras comiéndose la mitad de ellas, me hacía tener que esforzarme para entenderla. ¿Qué digo ahora?, pensé.

En un tocador, lleno de objetos femeninos, se veía la fotografía enmarcada y cubierta por un cristal de una chica de unos diecisiete o dieciocho años. Era bonita, con la nariz fina y recta, la boca grande y ligeramente torcida y unos enormes ojos redondos bajo una despeinada cabellera rubia. En grandes letras, a mano, se podía leer: «A Mary con cariño, Esther».

—¿Está fotografía es de Esther Parrish? —pregunté.

Volvió lentamente la cabeza y me miró por primera vez desde que había entrado. Luego se quedó mirando la fotografía.

—Sí —dijo—, sí. Esa es Esther.

—Siento lo que le pasó —dije.

Pareció conforme.

—¿Por qué? —preguntó.

—Siento lo que ocurrió, que Peter la matara.

Volvió a mirar por la ventana.

—Ah —dijo.

—No puedo entenderlo. Debía estar loco.

No dijo nada. Después de un minuto, se encogió de hombros.

—Debes haber conocido a Peter bastante bien —dije—. ¿Siempre estaba haciendo tonterías?

Movió la cabeza, se cogió las rodillas con los brazos y finalmente decidió mirarme otra vez.

—No estaba loco —dijo—. Era como cualquier otra persona, excepto por lo de sus ojos, tan graciosos.

—¿Quieres decir que eran graciosos porque era bizco?

—Sí, eso es lo que quiero decir —contestó.

—¿Eran graciosos por algo más?

Se encogió de hombros negligentemente.

—Nunca los vi muy de cerca tampoco —dijo.

Se rio un poco. Se me estaba desarrollando un intenso sentimiento de antipatía hacia ella y me resultaba difícil seguir con las preguntas. Deseé que la señorita Adams entrara y me echara una mano. Pero, ¿qué podría hacer ella?, pensé.

—Supongo que sólo le veías, a Peter quiero decir, en el colegio —dije.

—Claro, en el colegio —contestó.

—Tú y Esther.

—Yo no estaba siempre con Esther.

—Claro.

Así no iba a ninguna parte. Había tenido interrogatorios frustantes en mi vida, pero no recordaba ninguna igual a ése.

—Bueno, muchas gracias —dije, dándome la vuelta para salir—. No te quito más tiempo.

—¿Es eso todo lo que quiere saber? —preguntó.

Parecía asustada. Me volví para verla y había puesto los pies en el suelo; me miraba fijamente y tenía los dedos clavados en las rodillas.

—Bueno, me gustaría saber más —dije—, pero no quiero molestarte.

—No se preocupe —dijo.

—¿Me podrías decir algunas cosas del día ese en que ibas en el coche con Esther, se le pinchó la rueda y Peter pasó por ahí y os acercó a la ciudad para arreglarla?

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Todas las que recuerdes. Especialmente sobre Peter. Cómo se comportó. ¿Estaba raro?

—Ya le he dicho que no estaba loco —respondió.

Hay una maldita conspiración en este pueblo para negar que Peter estaba loco, pensé. Lo había oído demasiadas veces. Tenía que estar loco.

—Es verdad. Lo había olvidado —dije—. A ver si he entendido bien. Esther y tú tuvisteis un pinchazo fuera de la ciudad, en la carretera comarcal, por la tarde. Hacía frío. Peter pasó por ahí en su

pequeño camión descubierto y empezó a cambiar la rueda, pero la rueda de repuesto estaba también pinchada y entonces él la puso en su camión y os llevó a Esther y a ti al pueblo para arreglarla. ¿Voy bien?

—Sí, así fue —corroboró ella.

—Los tres estuvisteis por la gasolinera mientras arreglaban la rueda. ¿Qué hicisteis exactamente?

Se le nubló la expresión con una extraña mirada.

—¿Qué quiere decir con eso de qué hicimos? Estuvimos por allí, sin más. Creo que bebimos una coca-cola. No tardaron mucho.

—Bien, bebisteis una coca-cola. ¿De la máquina?

—Sí, hay una máquina de coca-cola.

—¿Quién metió las monedas? ¿Quién puso el dinero? ¿Peter?

—No lo sé. Sé que alguien me puso una coca-cola en la mano y nada más. Peter nunca tenía dinero. Probablemente pagó Esther.

—¿Estuvisteis juntos los tres? ¿Tú no desapareciste, ni Esther ni tú os marchasteis dejando solo a Peter?

—No había ningún sitio donde ir.

—De acuerdo. Así que los tres estuvisteis dando vueltas por ahí. ¿De qué hablasteis? ¿Contasteis chistes? ¿Os reísteis?

—No sé —contestó, encogiéndose de hombros—. Esther siempre se estaba riendo de Peter.

—¿De Peter en especial? ¿Se reía de otra gente, también?

—Bueno..., de los chicos. Solía tomarles el pelo. Siempre estaban persiguiéndola, no la dejaban en paz.

—¿Cómo persiguiéndola? ¿Para salir con ella y cosas así?

—Sí, algo así. Ella podría haber salido con el chico que hubiera querido.

—Pero, ¿no le gustaba ninguno?

Volvió la mirada rápidamente y apretó los labios. No había querido ir tan lejos.

—Bueno, el caso es que —dije, echando tierra sobre el asunto— volvisteis en el camión a donde estaba el coche de Esther. Y cuando Peter iba a cambiar la rueda, se dio cuenta de que el gato estaba mal; y entonces Esther y él se fueron en el camión a la granja de los Sampson para que Peter cogiera otro gato. Y tú te quedaste en el coche, esperando.

—Ajá, sí.

—¿Por qué?
—¿Cómo que por qué?
—¿No te dijo Peter que fueras tú también?
—No me acuerdo. A lo mejor sí. Pero no quería montarme otra vez en el camión.
Era muy incómodo y no había sitio para los tres en el asiento.
—¿Por qué no se quedó Esther contigo, en vez de irse con Peter?
—No sé. Peter dijo que iría a la granja a por el gato y Esther dijo que quería ir con él. Peter dijo que muy bien, y se fueron.
—Y tú esperaste cuarenta y cinco minutos a que volvieran.
—Bueno, sí, me extrañó que tardaran tanto. Pensé que a lo mejor Peter había tenido otro pinchazo y que por eso no podían volver en seguida. Me cansé de esperar.
—Así que saliste y alguien pasó por allí y te llevó a casa.
—Sí.
—¿Quién? ¿Quién te cogió en la carretera?
—Tony Bledsoe. Trabajó para el padre de Esther.
—Ah, sí, ya me acuerdo. Así que él fue el que te llevó a casa.
—Sí, él me llevó a casa.
—¿Le dijiste por qué estabas haciendo auto-stop?
—No.
—¿No te lo preguntó?
—No, no me acuerdo. Pero yo no quería decirle nada de Esther, por si él se lo decía a su padre.
—¿Había algo de lo que no querías que se enterara el padre de Esther?
—No, nada..., no he querido decir eso. Quería decir que se estaba haciendo tarde nada más.
—Ya. Por eso no llamaste al padre de Esther hasta las nueve de la noche.
—¿Por eso no... qué? Yo no llamé al padre de Esther. Yo llamaba a Esther...
—Muy bien. Lo que quería preguntarte de verdad era si... teníais algún acuerdo por el que..., vamos a decirlo así..., si Esther quería salir por ahí tarde y no quería que su padre se preocupase, tú harías creer que ella estaba contigo, en tu casa, o algo así.
Abrió la boca y volvió a cerrarla. Se levantó del alféizar como si de repente éste se hubiera convertido en una brasa ardiendo.

—Eso es mentira; una mentira asquerosa —dijo—, es usted como todos los demás, cree que Esther era mala. No quiero hablar más con usted. Váyase.

En seguida me convencí de que lo decía en serio. Había herido su fibra sensible. Lo debería haber hecho mejor, pensé. Por otra parte, tenía que intentarlo.

—De acuerdo —dije—, lo siento. Me iré.

No lo pensé dos veces. Cuando salía al pasillo, la señorita Adams estaba de pie en la puerta de su habitación. Nos miramos y me encogí de hombros. Ella movió la cabeza ligeramente y entró en su habitación. Bajé las escaleras y salí por la puerta lateral. No había rastros de la señora Carpenter. Me pregunté si habría oído por casualidad algo de mi conversación con su hija. Y, aunque hubiera sido así, ¿qué?, pensé.

¿Y qué había querido decir Mary con lo de «es usted como todos los demás»?

7

Tardé seis minutos, yendo de prisa, en llegar al centro, pero el paseo me sentó bien después de la sesión con la chica neurótica. Cuando llegué al hotel respiraba bien, no muy de prisa, y sentía los músculos relajados, mientras que unos minutos antes estaban tensos, casi rígidos. Parecía que pasaba algo importante. Había muchos más coches en la calle que todos los que había visto juntos desde mi llegada al pueblo y se veían corrillos de gente diseminados por las aceras. Por fin me acordé de que era sábado y por la tarde. Por todas partes se veía gente, entrando y saliendo de las tiendas, el Café Wesley, las gasolineras. En el vestíbulo del hotel encontré veinte personas, en su mayoría hombres, y un mensaje para mí que decía: «Por favor llame a San Birch a Chicago.»

De las veinte personas, unas seis estaban en el mostrador de recepción, charlando con Jess Cabeza-blanca. No me veía hablando con Sam Birch y con todas esas orejas pendientes a mi alrededor.

—Oiga —dije a Jess—, ¿no tiene un teléfono en la oficina que pudiera utilizar? Le pagaría un suplemento.

Arqueó las cejas.

—Tenemos un teléfono —dijo—. Pero se supone que sólo es para el negocio. Pero si es una conversación privada...

—Es una conversación privada —dije con firmeza—. Oiré mejor así.

—Sí, claro —dijo.

Mientras decíamos estas cosas, uno de los clientes seguía con un monólogo al que Jess asentía periódicamente. Me hizo señas con el dedo para que le siguiera y empezó a andar, asintiendo todavía con la cabeza. Conseguí pasarme al otro lado del mostrador, y le seguí hasta una oficina en la que había una desvencijada mesa de roble,

llena de polvo, un fichero de acero y una caja fuerte tan grande que hubiera podido servirle al Chase Manhattan Bank a la hora de más trabajo. Me pregunté qué contendría.

Sobre la mesa había un teléfono blanco; al principio me sorprendió el color, hasta que se me ocurrió que iba bien con Jess y la atmósfera del hotel. Había grandes posibilidades de que fuera el único teléfono blanco disponible en la localidad.

—Aquí está —dijo Jess—, sírvase usted mismo. Ya le dirá usted a la operadora a quién tiene que cobrar la llamada.

—No se preocupe, lo haré —dije—. Gracias.

Asintió con la cabeza y se dirigió al mostrador. Esperé a que se cerrara la puerta, descolgué el teléfono y llamé a Sam Birch.

—¿Quiere esperar o vuelve a llamar luego? —preguntó la operadora.

—No —contesté—, esperaré mejor.

—Muy bien.

Esperé un rato. Pude oír los pasos de la llamada, desde Wesley a un locutorio mayor, luego a Chicago, y así. Cuando parecía que Sam Birch estaba a punto de ponerse, hubo una interrupción de unos tres minutos, durante los cuales miré al techo, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

Se oyó otro tono distinto, luego varios golpecitos y, por fin, la voz de Sam Birch, que sonaba muy lejana, como si estuviera hablando desde Tahití o el Tíbet.

—¿Sam? —dije—. Soy Mac.

—Mac, escucha...

—No te oigo.

Un momento después volví a oír su voz, más claramente.

—He ido a cerrar la puerta. Estoy en Stateville —dijo—. He terminado antes de lo que creía, voy a ir a ver a Peter ahora y quería hablar antes contigo.

—Ah. Bueno, pues las cosas están así —dije—. La gente de por aquí tiene muy metido en la cabeza no sólo que Peter no estaba nada loco, ni pudo estarlo temporalmente, sino que, por el contrario, estaba muy en sus cabales. Y el problema está en que esto parece verdad.

—¿Cómo que es verdad?

—Por lo que me dice todo el mundo, se podría pensar casi

cualquier cosa sobre Esther Parrish. Que era una chica mona, muy temperamental, que probablemente se reía de todo el mundo y que iba por ahí provocando. Así que, ¿qué pasa si fue ella la que provocó todo? ¿Si provocó a Peter? ¿Si él tuvo la reacción más normal, matarla? Lo que quiero decir es que, si pasó algo así, ella se lo buscó, y aunque ella se lo buscara, él no debería haberlo hecho y, sin embargo, lo hizo, es más, hizo demasiado, lo de cortarla y todo eso, así que se puede dar por muerto.

—Cuidado con lo que dices, Mac.

—Lo siento. Es difícil de explicar...

—Veo lo que quieres decir. La cuestión es saber qué podemos hacer nosotros. Si estás pensando en dejarlo, por favor dímelo ahora, porque el tiempo corre como las cataratas del Niágara.

—No estoy pensando en dejarlo, aunque si encuentras a alguien que lo pueda hacer mejor, no dudes en sustituirme. Pero cuando hables con Peter, pregúntale sobre lo que estaban haciendo por la gasolinera aquella tarde, mientras esperaban a que arreglasen la rueda de Esther. Que te diga cómo se sentía él, qué hacía Esther Parrish, qué hacía Mary Carpenter. Pregúntale quién más estaba allí, quién llegó, quién se marchó, fuera quien fuera. Que te cuente Hasta el mínimo detalle que se te ocurra, sobre todo lo que pudo pasar en la gasolinera.

—Muy bien, entendido.

—Lo que intento averiguar es cuándo empezó a perder la cabeza. Si puedo situar ese momento en la gasolinera, quizá podamos seguir sus reacciones hasta la noche. No sé. Es como una huella en un desierto, a lo mejor no sirve de nada.

—No, está bien. ¿Algo más?

—Lo que te he dicho antes sobre el trabajo con Fred Sampson y todo eso.

—Bien.

—Voy a comer algo y luego seguiré. Me pasaré por aquí por si llamas.

—De acuerdo, Mac. Te llamaré.

Colgué. La puerta se abrió y Chris Duval entró en la habitación, con una aspiradora en una mano y trapo del polvo en la otra. Cerró

la puerta con el hombro y empezó a limpiar afanosamente. Me quedé donde estaba, mirando al techo.

Debieron pasar unos cinco minutos hasta que empezó a hablar. De vez en cuando le sorprendía mirándome de reojo. Empezó tarareando desentonadamente y poco a poco el tarareo se convirtió en palabras sueltas, que empecé a hilar después de un rato.

—... doscientos ochenta y seis pollos, el martes por la mañana, a las siete y media...

—Son muchos pollos —comenté—, todos a la vez.

Chris no contestó.

Si le hago una pregunta, pensé, ¿le asustaré? ¿Se armará un escándalo?

—He estado hablando con Mary Carpenter —dije, mirando al techo—, hablando sobre Esther Parrish...

Me paré ahí y por unos minutos pensé que había cometido un error. Chris siguió trabajando de una forma casi frenética, con los labios apretados.

—... muy guapa —dijo de repente—, guapa y orgullosa... Esther Parrish. Muy buena amiga de Mary. Y también lista..., hablaba francés. «Parlé vú». La señorita Adams y Esther siempre estaban hablando francés... riéndose siempre..., intentando que yo hablara francés. Es difícil hablar francés, tengo que empezar a aprender.

Se paró. Empezaba ya a comprenderlo, todo lo que le interesaba eran los pollos y saber hablar francés.

—Mataron a Esther —dije—. Peter Davidian la mató.

Cuando terminé la frase, se asustó. Fue como si yo hubiera sacado una pistola y le estuviera apuntando con ella. Movió los labios, pero no pude oír nada. No podía decidirme entre presionarle un poco para que dijera todo lo que sabía, o para que cerrara la boca definitivamente, o dejarlo ahí de momento y esperar a que hablara voluntariamente cuando él quisiera.

Mientras ya me preguntaba qué hacer, Chris siguió hablando. Le oí decir:

—Nunca lo olvidaré..., el grupo de búsqueda se estaba formando allí mismo para buscarla..., el señor Parrish, George Medford, Bud White, el viejo Bud, estaban allí, y Frank Judson... Tony Bledsoe..., no, él no, llegó demasiado tarde para ir con ellos... Saúl Wright y Harry Ridenour... todos ellos... y Roscoe Embers, que no paraba de

soltar juramentos.

La puerta de la oficina se abrió y el grandote de Jess entró. Era su oficina y no me parecía muy correcto pedirle que saliera. Chris volvió a su trabajo, golpeando aquí y allá con el trapo del polvo y yo me levanté para salir.

—Gracias por dejarme usar el teléfono —le dije a Jess—. He estado esperando unos minutos por si me volvían a llamar, pero creo que me llamarán más tarde.

—Vale —dijo Jess—. Cuando quiera, ya sabe.

El mostrador estaba más despejado: ya sólo quedaban tres hombres con ropa de trabajo hablando entre ellos. En total habría unos doce hombres en el vestíbulo, repartidos aquí y allá y dos o tres mujeres. Según el reloj de la pared eran las cinco y diez y la calle estaba llena de coches que avanzaban lentamente como hormigas desorganizadas. Subí a mi habitación, me quité la camisa, la chaqueta y la corbata, y me lavé. Cuando estaba secándome, oí los pasos apresurados de Caroline Adams por el pasillo.

Me puse una camisa limpia y otra corbata y después de lo que consideré un tiempo razonable, fui a su puerta y llamé con los nudillos. Tuve que esperar unos momentos hasta que por fin se abrió. Estaba en albornoz y zapatillas y se atusaba el pelo con los dedos.

—Quería darle las gracias por haberme ayudado en lo de Mary Carpenter —dije.

—No tiene por qué. ¿Qué tal? ¿Le sirvió de algo?

—No estoy seguro. Quizá un poco.

—Bien...

Permanecíamos allí de pie. Yo sabía que no estaba bien tenerla allí en albornoz, intentando trabar conversación, pero sentía casi desesperadamente que si no conseguía su apoyo no había ninguna esperanza. Ella era la única ayuda sólida que había encontrado y quizá por eso mismo se estaba convirtiendo en un símbolo de ayuda.

—¿Qué tal si cenáramos juntos? —le pregunté.

—No puedo —dijo—. Gracias de todas formas.

—¿Tiene otra cita?

—Si le importa mucho, le diré que sí.

—Si importa o no..., verá, no puedo evitar pensar en ello. No es asunto mío, por supuesto, pero si la cita es con el señor Parrish puede que esté de muy mal humor.

Se miró las manos y después levantó la vista.

—Creo que sé cuidarme sola —dijo.

—Estoy seguro —dije—. Espero que se divierta.

—Gracias.

Me di la vuelta, pero me volví hacia ella antes de que cerrara la puerta del todo.

—Tengo entendido que Esther Parrish hablaba bastante bien el francés, que solía hablarlo con usted.

Cerró los ojos y los abrió despacio.

—Bueno, sí, hablábamos en francés de vez en cuando. No es que hablara perfectamente, pero sí lo hacía bastante bien.

—¿Y le gustaba demostrarlo?

—Creo que sí. A la mayoría de los jóvenes les gusta presumir de sus habilidades.

—Ajá —dije, retirándome ya—, y supongo que no hay mucha gente en la ciudad con la que pudiera hablar en francés.

—Creo que no mucha.

—Bueno, que se divierta, otra vez.

Asintió con la cabeza, entró en la habitación y cerró la puerta. Yo me fui a mi habitación, saqué el informe sobre Peter Davidian y me puse a estudiar los planos y lugares marcados, como la granja de los Sampson, la granja abandonada donde Esther Parrish había sido asesinada, el trazado de las carreteras y el horario que habían elaborado Sam Birch y su comité de psiquiatras. Me preguntaba qué estarían haciendo ellos ahora.

Oí a Caroline Adams ir al baño y, un rato después, volver. Me metí los mapas y el horario en el bolsillo, guardé el resto del informe en el cajón del escritorio y cuando me estaba poniendo la chaqueta oí una leve llamada a la puerta. Caroline Adams estaba en el pasillo, arreglada para salir y despidiendo un delicado perfume a violetas.

—Oiga —dijo—, ¿cómo supo que hablaba francés con Esther?

—¡Ah! Lo oí por ahí...

—No es que sea un gran secreto, pero me pregunto quién podía

estar interesado en ello como para mencionarlo. ¿Fue Mary?

—No, fue Chris Duval.

Se echó a reír.

—¿Chris? Pero, ¿por qué? ¿Le ha preguntado usted?

—No le he preguntado nada. Sólo le escuchaba.

Dejó de reírse, miró a ambos lados del pasillo y se tocó el pelo.

—¿Quiere entrar? —pregunté—. No tiene que quedarse en el pasillo.

—Yo… sólo tengo unos minutos.

Abrí la puerta del todo y entró. No había ningún sitio donde pudiera sentarse excepto la silla de respaldo recto que estaba junto a la ventana. Yo empecé a sentarme en la cama, pero cambié de idea y me quedé de pie. Había dejado la puerta abierta. No se me ocurría nada más para evitar que se sintiera incómoda.

—Sobre Peter Davidian… —dijo.

Después de un momento, intervine yo.

—Sí. ¿Qué hay sobre él?

—¿Cree usted de verdad que él estaba… fuera de sus cabales cuando…, bueno, cuando lo hizo?

—No quiero responderle con evasivas —dije—, pero lo que creo no tiene realmente nada que ver con el problema. Intento demostrar que en aquel momento no era legalmente responsable de sus actos por incapacidad mental.

—¿Y eso de la incapacidad mental qué quiere decir?

—¿Quién sabe? —respondí, encogiéndome de hombros—. Eso lo sabrán un puñado de abogados y psicólogos.

—Entonces, ¿cómo puede investigar usted, cómo puede usted averiguar algo, si no sabe lo que está buscando?

De nuevo me encogí de hombros. No había una respuesta lógica. Quizá era como escribir un poema.

—Tendré que seguir recabando información —dije—, y espero que salga algo. Quizá lo reconoceré cuando lo encuentre, o quizá no.

Miró por la ventana con tristeza. De la calle subía un ruido de conversaciones y automóviles en marcha.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó.

—Unas treinta y ocho horas —dije, contando con los dedos—. La ejecución está fijada para el lunes, a las ocho de la mañana.

Frunció el ceño y volvió la cara como sacudida por un resorte.

—Es tan… joven —dijo.

—Sí.

—¿Le ha visto a él, a Peter?

—No, no le he visto nunca.

—Tiene una mirada extraña…, es bizco…. Era tan callado…, le miraba a uno a hurtadillas.

—¿Literalmente a hurtadillas? ¿Por qué?

—Quiero decir que uno no se daba cuenta de que estaba allí y de repente estaba. Era como un… gato.

—¿Cómo iba en los estudios?

—No muy bien —contestó, moviendo la cabeza con ademán negativo—. Nunca abría la boca. Su letra era casi imposible de leer. Necesitaba mucha ayuda, pero aquí…

Se oyeron unos pasos que subían por las escaleras. La señorita Adams pareció no oírlos. Llegaron al rellano, cesaron, luego siguieron y de repente ella se levantó.

—Me parece que es mejor que… —dijo.

Jack Parrish nos estaba mirando desde el pasillo.

—Hola, Jack —dijo ella, dirigiéndose a la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó él.

—Sí, ya estoy lista.

—Buenas noches —les dije—, que se diviertan.

Parrish la cogió por el brazo y se fue con ella por el pasillo. A juzgar por su actitud, él no se había dado cuenta de que yo estaba allí. Esperaba que no se pusiera desagradable con la joven.

Volví a repasar uno de los mapas, bajé al vestíbulo, me acerqué al mostrador y pregunté a Jess si me habían llamado a lo que me contestó negativamente.

Ya en la calle, tuve que abrirme paso entre los grupos de peatones y los coches. Una ojeada desde fuera fue suficiente para desanimarme. No había sitio libre y la gente estaba esperando de pie. Calculé que tendría que esperar una hora para que me sirvieran, y en las treinta y ocho horas siguientes no podía permitirme el lujo de perder una hora para comer.

Crucé para volver al hotel y conseguí abrirme camino con el coche. Tardé cinco minutos, debido al intenso tráfico, en recorrer la distancia que había desde el hotel al callejón que había junto al

ayuntamiento, que era una distancia de una manzana no muy grande. Afortunadamente, el callejón estaba desierto, salvo por dos coches que estaban aparcados frente al bar donde había estado con Jack Parrish y Tony Bledsoe la noche anterior. Aparqué y me dirigí a la puerta del bar.

8

Al igual que el café, el bar estaba repleto de gente. Pero me acordé de haber visto la noche anterior un bote de cristal con manos de cerdo en escabeche y, en un apuro, se puede tomar una cerveza y algo de picar sin necesidad de sentarse.

Conseguí llegar a empujones hasta el mostrador por entre un nervioso montón de clientes que despedían un fuerte olor y por fin conseguí que el camarero me hiciera caso. Le pedí una cerveza y señalé hacia las manos de cerdo, que me sirvieron en una servilleta de papel.

Tuve que atravesar de nuevo el montón de gente para volver a buscar un sitio donde pudiera estar de pie, cerca de la puerta. Así, como la puerta estaba abierta, me daba un poco de aire y además podría apoyarme contra la pared.

Mientras mordisqueaba la mano de cerdo y entre sorbo y sorbo de cerveza, entró Tony Bledsoe con otros dos mecánicos. Los tres llevaban monos con la inscripción «Jack Parrish, cosechadora internacional» en letras negras a la espalda. Uno de ellos era el pequeñajo al que casi había aplastado Bledsoe con la grúa. El otro era un tipo robusto, bien plantado, casi del tamaño de Bledsoe, pero más joven y de aspecto menos bruto.

Bledsoe hizo lo que yo para acercarse al mostrador, dijo algo en voz alta y esperó a que le hicieran sitio. Le sirvieron en seguida. Los otros dos mecánicos se quedaron esperando a que Bledsoe les trajera una cerveza. Como no había otro lugar libre, se acercaron a donde estaba yo. Cuando Bledsoe me vio torció el gesto con una mueca de sorpresa.

—¿Todavía por el pueblo? —preguntó.

—Todavía —contesté.

Terminé con la puntita de la mano de cerdo y busqué un sitio para dejarla. Como no lo encontré, la envolví en la servilleta y me quedé con ella en la mano.

—¿Qué tal le va? —preguntó Bledsoe.

Me encogí de hombros como respuesta. Los otros dos seguían ahí, bebiendo su cerveza, sin hacerme un caso especial. Bledsoe le dio un codazo al pequeñajo.

—Es uno de Chicago —dijo—, que está investigando el caso de Peter Davidian.

El pequeño me miró parpadeando. Tendría unos cincuenta y cinco años o así, sus facciones eran bastante marcadas y mostraba una expresión asustada, lo cual era comprensible si tenía que pasar mucho tiempo debajo de esas grúas grasientas.

—¿Ah, sí? —dijo—, pensé que ya habían ejecutado a Peter Davidian.

—No, todavía no —replicó Bledsoe—, el lunes, a las ocho de la mañana.

Me pareció algo interesante el hecho de que recalcase el momento de la ejecución de esa forma. Pero en seguida pensé que habría bastantes personas en el pueblo que tendrían esa hora en la cabeza.

El segundo mecánico, cuyo nombre, según las letras bordadas en su bolsillo izquierdo, era «Bud», bebió un gran trago de cerveza y dijo:

—Ese tipo estaba loco.

—¿Davidian? —pregunté, mirándolo fijamente.

—Como una cabra —contestó, asintiendo con la cabeza.

Bledsoe se le quedó mirando con la botella de cerveza entre el estómago y la barbilla.

—¿De qué demonios hablas? —le preguntó.

—He dicho que estaba loco, como una cabra. Estoy hablando de Davidian.

—Al infierno con él —dijo el pequeño—, tengo que volver al garaje. Si no tengo el camión listo para esta noche, Jack Parrish me va a arrancar la piel a tiras.

Empinó la botella y se alejó, bebiendo mientras iba a la barra.

—¿Cuándo has llegado a la conclusión de que Peter estaba loco? —preguntó Bledsoe a Bud.

—Tenía que estar loco —contestó Bud—, siempre pensé que estaba loco.

El pequeño volvió de dejar la botella vacía y fue hacia la salida. No se volvió para mirar a nadie. Bledsoe, de repente, se dio la media vuelta, dejó la botella en una mesa cercana y siguió al pequeño.

—Vamos. Tenemos que terminar con el coche grande para esta noche. Jack ha dado su palabra —dijo, ya en la puerta.

—Bien —dijo Bud, y se marchó.

Yo permanecí donde estaba, bebiéndome el resto de la cerveza.

Podía haber sido una pista, pensé. Pero también podía ser que Bud estuviera hablando por hablar.

Sin embargo, me dije, si él tuviera alguna prueba...

De camino al coche, me asaltó el desaliento. No tendré ninguna prueba, pensé. Nadie tiene ninguna prueba. Peter Davidian es hombre muerto.

Puse el coche en marcha, salí con cuidado del callejón, giré y seguí recto hacia la carretera comarcal.

El lugar donde Esther Parrish había tenido el pinchazo estaba a unos tres kilómetros y medio del pueblo, en la zona suroeste de un cruce entre la carretera principal y una carretera local. Tardé cinco minutos en llegar, sin rebasar la velocidad permitida.

Hice un cambio de sentido y dejé el coche en dirección al pueblo, aproximadamente en la posición en que debía estar el coche de Esther cuando se produjo la avería. Me quedé allí sentado, intentando pensar algo. Cuando Esther y los otros dos volvieron a poner la otra rueda debía ser una hora más tarde. Todavía no era de noche, pero el sol ya se había puesto. La noche del asesinato debía estar oscura y hacía frío. No me parecía que el tiempo convidara a estar por allí haciendo el tonto. La idea debió ser cambiar la rueda para que las chicas volvieran a casa. A Peter no le haría ninguna gracia darse cuenta de que el gato no funcionaba.

Muy bien, pensé, cuando el gato se estropeó, Peter dijo que iría a la granja de los Sampson a buscar otro. Consulté de nuevo el mapa y vi que la granja de los Sampson estaba a unos dos kilómetros del lugar del pinchazo.

Casi era de noche cuando volví a cambiar de sentido y me dirigí hacia el norte, IX hasta el siguiente cruce, a un kilómetro y medio del lugar donde las chicas habían tenido el pinchazo.

Giré a la izquierda, en dirección a la granja de los Sampson y un minuto después pasé por los sombríos restos de la granja abandonada donde Esther Parrish había sido maltratada y asesinada. A la luz extrañamente clara del comienzo del anochecer, se me ofrecía una vista completa del trazado de los edificios, los campos de alrededor y el camino largo y lleno de baches que llevaba al granero. No había nada techado. Incluso en plena oscuridad, pensé, algo tan voluminoso como un coche se vería claramente desde la carretera, a menos que estuviera escondido tras los restos de la chimenea de la casa quemada, como lo había estado el mío en mi primera visita a ese lugar. Según el relato de Peter, él había ido a mirar en el granero porque había visto el coche de Esther aparcado cerca de él. Ahora me daba cuenta de que este punto del relato de Davidian era perfectamente verosímil.

Lo que no era tan verosímil era que Esther Parrish hubiera ido con el coche voluntariamente al granero, por lo que la cuestión de cómo había llegado ella allí adquiría gran importancia. Desgraciadamente, la respuesta más sencilla y por tanto la más verosímil era que Peter la había llevado allí al salir de la granja de los Sampson y después había cambiado la rueda y llevado el coche al granero, siendo descubierto antes de poder escaparse.

Pensar en Peter Davidian me hizo mirar el reloj. Tenía una ligera y punzante sensación de miedo que últimamente se me estaba haciendo familiar y tuve que hacer un verdadero esfuerzo mental para darme cuenta de la hora que era mientras frenaba y me paraba frente a la casa de los Sampson. Había tardado tres minutos más o menos en llegar del punto de la carretera comarcal donde Mary Carpenter se había quedado esperando a que Peter y Esther volvieran.

Mary dijo que había estado cuarenta y cinco minutos esperando. Contando con que Peter tardara cinco minutos en llegar a la granja, otros cinco en coger el gato y ponerlo en el camión y otros cinco en volver, quedaba todavía media hora sin explicar. Mucho tiempo. Suficiente.

Ya era de noche. Miré hacia los negros huecos de las ventanas

superiores que se abrían en la pared de la vieja casa, tratando de imaginar qué habría podido pasar en ese rato tan largo. Según Peter, Esther había entrado en la casa para hacer café y no pasar frío mientras él volvía a arreglar la rueda. Pero esa versión no tenía en cuenta la media hora que sobraba.

Quizá Mary Carpenter no esperó cuarenta y cinco minutos, pensé. A veces un minuto parece diez cuando se está solo y a disgusto. Quizá dijo cuarenta y cinco por decir algún número. A lo mejor habían sido sólo diez o quince.

Así no llegaba a ninguna parte. Incluso aunque resolviera el problema de la media hora, aún quedaban demasiadas preguntas sin respuesta. Puse el coche en marcha y entré marcha atrás en la granja de los Sampson para hacer un cambio de sentido. Miré a la casa y dudé un momento, preguntándome si había algunas respuestas en su interior. Por fin, decidí no entrar. La probabilidad de averiguar algo después de todo este tiempo era tan escasa que pensé que no compensaría el tiempo que tendría que emplear.

Mientras conducía de vuelta al pueblo, pensé en la caja fuerte de Fred Sampson, escondida en el granero, en su lastimoso tesoro y la fotografía de Esther Parrish.

Fred Sampson, pensé mientras desaceleraba al pasar por la granja abandonada. Lo de la fotografía no quería decir nada. Los hombres mayores a menudo crean fantasías sobre las chicas jóvenes. Puede que Sampson hubiera llegado a albergar una pasión secreta, pero no era una persona hacia la que Esther Parrish pudiera sentirse atraída. ¿O sí?

Unos cuarenta metros más allá de la vieja granja, eché el freno y apagué las luces.

¿Quién será esta vez?, me pregunté.

Conté hasta tres, salí del coche y empecé a caminar por el sendero que llevaba al granero del asesinato. Un coche grande de último modelo estaba aparcado frente a la puerta desvencijada. No pude ver desde la carretera si había alguien dentro.

Seguí avanzando por el camino. El único ruido era el crujido de las hojas secas que había entre los baches, bajo mis pisadas. No apreté el paso, sino que seguí andando desganadamente. El lugar

podía ser un refugio de enamorados, y yo no quería interrumpir ninguna intimidad. Sin embargo, tampoco me parecía un lugar muy apropiado para intimidades, a no ser que se tuviera una cierta inclinación sádica...

De repente se oyó un movimiento en la oscuridad, cerca del granero y luego una voz de hombre que gritaba:

—Muy bien, pero ahora ya lo sabes...

Una figura pequeña corrió hasta el coche y asió el tirador de la puerta. Yo estaba a unos veinte metros escasos del automóvil; no sabía qué hacer. Pensé que no era asunto mío.

Una figura mayor apareció detrás de la pequeña, la agarró y la sacudió violentamente. La pequeña se retiró del coche, tambaleándose.

—Caroline, ¡escúchame...! —dijo la voz masculina.

Salí rápidamente al centro del camino. Ahora podía verlo todo claramente. Caroline ya no se tambaleaba y estaba de pie a alguna distancia del coche, mirando fijamente a Jack Parrish, que golpeaba con el puño el techo. Me paré a unos metros de él, que tuvo que mirarme durante un momento para reconocerme.

—¿Qué demonios quiere? —preguntó.

—He oído unos ruidos —respondí, encogiéndome de hombros.

—Ha oído unos ruidos... —murmuró.

Yo no sabía qué hacer. Todavía tenía que quedarme dos días en el pueblo, investigando algo que él no quería que se investigase. Ya me había ganado bastante su antipatía y quizá no importaba que me la ganase un poco más. Pero quizá sí. Además tenía que pensar en Caroline Adams. Si de verdad no quería hacerle daño no iba a ayudar a nadie entrometiéndome. Además, él estaba muy alterado y sus reacciones eran imprevisibles.

—¿Necesita ayuda? —pregunté a Caroline, en un tono lo más neutro que pude.

Parrish empezó a avanzar hacia mí, moviéndose rígidamente como si anduviera en zancos.

—¿Usted está siempre en todas partes, no? —preguntó.

Yo miraba, sobre todo, a Caroline Adams.

—No, gracias, estoy bien —contestó ella después de un minuto.

—Muy bien.

Para suavizar un poco la situación, me volví dispuesto a

marcharme, y no pude ver el gesto de amenaza de Jack Parrish, así que cuando me agarró por el hombro con una de sus manazas, tropecé y sólo tuve tiempo de ver cómo se acercaba a mí con el puño cerrado.

—¡Espere un momento! —gritó.

Me agaché para esquivar el golpe y volví a tropezar. No había mucho sitio para poder agacharme y esquivarle, pero él estaba agarrotado y no llegaba muy lejos con el golpe. Perdió el equilibrio y yo me retiré un poco hasta que se incorporó de nuevo. No quería luchar con él y rio se me ocurrían palabras que pudieran surtir efecto.

—Deténgalo —dije.

—Jack escucha —dijo Caroline Adams.

No debía haber dicho eso. Ella era una mujer y con tipos como Jack Parrish la persuasión femenina no funciona. Hizo un ruido con la garganta como el agudo gruñido de un perro rabioso. Aunque estaba con todos los músculos demasiado tensos, era mucho más grande que yo y yo sabía que no podría resistir un golpe suyo si me daba de lleno. Lanzó el puño derecho demasiado alto, así que me pude agachar y golpearle bajo las costillas, haciéndole retorcerse un poco. Pero mi golpe no le acobardó; con la otra mano soltó un puñetazo a mi oreja derecha. La cabeza empezó a darme vueltas, tropecé en un montón de arena y me caí de espaldas. Afortunadamente, mi cabeza cayó sobre la hierba.

El esperaba de pie ante mí a que me levantase. De nuevo intenté hablar con él.

—Yo no quiero bronca —dije, apoyándome en los codos.

—Pero yo sí —dijo él—. Levántese.

Vagamente vi a Caroline Adams moverse detrás de él.

—Retírese, señorita —supliqué.

Nunca supe si se retiró o no, pero ya no importaba. Parrish se inclinó, me agarró por la solapa y ya no pude pensar más. Logré ponerme de pie y darle una patada en las rodillas. Se abalanzó sobre mí y me lo quité de encima a patadas. Podía oír su respiración agitada y cuando me di la vuelta, estaba de nuevo dispuesto a atacar. La cabeza me dolía, pero me había dejado de dar vueltas. Le dejé que se acercara y cuando estaba a un paso le di un duro golpe en el estómago, debajo del diafragma. Su peso me hizo

tambalearme y me sostuve en pie por milagro. Se revolvió violentamente y me agarró por el hombro, arrojándome a un lado. Era como un toro y yo no podía detenerle con las manos.

Mientras él resollaba jadeante intentando coger algo de aire, yo bajé la cabeza, me apoyé fuertemente en el pie derecho y arremetí con el hombro contra su diafragma, donde le había dado antes. Se tambaleó un poco y se retiró, pero yo seguí golpeándolo. Sentí una bofetada en la oreja pero atiné con el hombro. El ya casi no podía respirar. Se volvió lentamente, con la cara hacia arriba buscando aire. Le di con el borde de la mano en la cabeza, detrás de la oreja izquierda y le apreté la cabeza contra el suelo cuando cayó boca abajo. Yo tenía ligera conciencia de que la señorita Adams estaba por ahí cerca, pero no intenté encontrarla.

Parrish estaba muy mal, boca abajo, con el cuello estirado, como si quisiera encontrar la luna y no supiera dónde buscar. Me puse a horcajadas sobre él, le cogí del cinturón y tiré hacia arriba para luego dejarlo caer y volverlo a subir, haciéndole una especie de respiración artificial improvisada. Yo estaba asustado. No sabía cómo reconciliarme con él si le había hecho demasiado daño.

Después de dos o tres sacudidas, se retorció y me dio una patada, intentando soltarse. Entonces comprendí que ya estaba bien, así que me alejé, suspirando profundamente para coger aire. La señorita Adams estaba de pie cerca de la parte trasera del coche, apoyándose en él con una mano. El coche era un Cadillac.

—¿Puede conducirlo? —dije.

—¿Qué?

—El coche..., ¿sabe cómo conducirlo? Coja el mío si lo prefiere. Alguien tendrá que llevarlo al pueblo. Tardará unos minutos en recuperarse.

—Ah, no se preocupe, creo que podré conducirlo. Es automático.

—De acuerdo.

—Lo pondré en el asiento de atrás. Usted vaya al pueblo, a su casa. Yo la seguiré. Si tiene algún problema con él, ponga los intermitentes y pare el coche.

—No, no me molestará. ¿Está usted bien?

—Sí, muy bien. Siento todo este lío.

—No ha sido culpa suya. ¿Cómo supo que estábamos aquí?

—Los vi desde la carretera, bueno vi el coche, quiero decir.

Me acerqué a Parrish. Todavía estaba en el suelo, pero se había dado la vuelta, tenía las rodillas levantadas y se concentraba para respirar, lo cual demostraba inteligencia por su parte.

—¿Quiere abrir la puerta trasera de la izquierda? —le dije a Caroline Adams.

Dio rápidamente la vuelta al coche. Tardó un rato en abrir la puerta, pero al fin lo consiguió.

—Quizá pudiera acercar el coche —dije—. Pesa mucho.

Tardamos algún tiempo más en eso. Las luces del coche se encendieron, el motor se puso en marcha y ella dio marcha atrás con cuidado, sacando la cabeza por la ventanilla para ver por dónde iba. El coche dio unos tirones al pasar por los baches y se paró. Yo agarré a Parrish la mano y el brazo, lo levanté un poco y conseguí meterle la cabeza y los hombros por la puerta abierta. El ya podía colaborar un poco, aunque no mucho. Se dio la vuelta, se impulsó con los pies y yo tiré de él por detrás. Se desmoronó en el asiento posterior. Le doblé las piernas para poder meterlas en el coche y cerré la puerta con un portazo.

El ejercicio me había dejado exhausto, así que me apoyé en el coche para recuperar la respiración.

—¿Dónde tiene usted el coche? —preguntó la señorita Adams.

—Arriba. Deme unos minutos y luego salga en dirección al pueblo. El estará bien para cuando llegue a casa. Yo la seguiré, la recogeré en su casa y la llevaré en mi coche al centro.

—No tiene que...

—Insisto. Conduzca con cuidado.

Me retiré del coche y empecé a subir hacia la carretera. Al principio me costó, pero cuando llegué ya me había recuperado totalmente.

9

Parrish vivía en una bonita finca no muy grande, en el extremo norte del pueblo. Había una valla blanca de madera que rodeaba una media hectárea de tierra llena de árboles; un largo camino asfaltado y serpenteante llevaba al garaje, situado junto a una casa baja de planta laberíntica y de estilo rancho, de piedra y madera. Dentro de la casa se veía una lucecita. La señorita Adams había parado el coche junto a una puerta lateral. Yo aparqué detrás. Cuando me acerqué al coche de Parrish, le vi sentado en el asiento posterior con la vista fija hacia delante. Abrí la puerta delantera y ayudé a la señorita Adams a salir.

—Quédese aquí un minuto —le dije.

Di la vuelta al coche, abrí la puerta de atrás y metí la cabeza dentro.

—¿Necesita ayuda para entrar? —pregunté.

Volvió la cabeza muy lentamente, tragando saliva por el esfuerzo y me miró.

—Váyase —dijo secamente—. Apártese de mí.

—De acuerdo —contesté—, buenas noches.

Volví hacia donde estaba esperando la señorita Adams.

—Venga —dije—, vámonos.

Dudó un momento, dirigiendo la mirada al interior del coche.

—¿Está bien él? —preguntó.

—Sí, está bien.

—¿Llamo a un médico o algo?

—Puede llamar desde el hotel si quiere. El también puede llamar. Puede hablar perfectamente. Le he hecho una prueba.

Por fin decidió venirse. Le abrí la puerta y se metió en el coche. Di la vuelta, me puse al volante, di marcha atrás hasta llegar a

donde pudiera cambiar de sentido y me dirigí hacia el hotel. La señorita Adams permaneció en silencio hasta que le pregunté:

—¿Qué ha pasado en el granero?

—Yo no…, ha sido muy raro. Íbamos a ir a cenar a la capital del distrito y de repente se salió de la carretera y fue a… a ese sitio.

—¿Sin avisar?

—Sin avisar. Llevó el coche a la vieja granja, paró y me hizo salir. Luego me llevó al granero y empezó a hablar de Esther y Peter, estaba loco. Yo no podía hacer ni decir nada. Estaba desvariando.

—¿Sobre qué desvariaba en concreto?

—Sobre la… tragedia. Sobre todo, habló de Peter. Decía que no le iba a engañar, que ya había perdido una oportunidad de hacerle pagar el asesinato de Esther, y que no perdería otra, desvariaba sobre eso.

—¿Algo más? ¿Dijo algo sobre mí?

—Bueno, le mencionó.

—¿Qué me llamó?

—Prefiero no decírselo.

Tuve que reducir la velocidad al llegar a la calle principal por el tráfico que había debido a ser sábado por la noche y tuve que poner mucha atención para conseguir abrirme camino.

—Creo que todo ha sido culpa mía —dijo la señorita Adams—, lo que ha pasado entre usted y Jack, quiero decir. No debería haber estado en su habitación cuando él vino a buscarme.

—No ha sido culpa suya —la tranquilicé.

No había sitio para aparcar cerca del hotel, así que fui al ayuntamiento, giré por el callejón y entré a la calle de atrás, di la vuelta a la esquina y aparqué en un hueco, a una manzana de distancia del hotel.

—Los dos necesitamos adecentarnos un poco —dije—. Si me da unos minutos para cambiarme, la invito a cenar y así hablamos un rato.

—La verdad es que no tengo mucha hambre…

—Tiene que comer, tanto si tiene hambre como si no. Y ya es hora de que charlemos un poco.

No dijo nada pero empezó a andar hacia el hotel y atravesó el vestíbulo. La aglomeración de antes había disminuido. Un par de

granjeros parloteaban en un rincón y en uno de los divanes que había en el centro del vestíbulo un hombre trajeado estaba sentado muy derecho, con las rodillas juntas, sosteniendo un maletín negro. Se veía que no era de allí. Debía haber venido de lejos.

La señorita Adams y yo nos dirigimos al mostrador para coger nuestras llaves, y el hombre del diván se levantó y se acercó a nosotros.

—¿Es usted Mac? —preguntó.

—Sí, soy Mac —contesté, asintiendo con la cabeza.

—Yo soy el doctor Prentiss. Tengo algún material de parte de Sam Birch para repasarlo con usted.

—¿Es usted uno del grupo ese? —pregunté.

—Sí.

—Señorita Adams —dije—, el doctor Prentiss.

El hizo un gesto de saludo con la cabeza.

—¿La señorita Caroline Adams? —dijo.

Ella parpadeó y luego asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Cómo está usted?

Prentiss me miraba de reojo. Me sacudí el traje, arrugado y lleno de manchas y me esforcé en colocarme la corbata.

—He tenido una pequeña escaramuza con otro tipo —dije—. No hemos cenado todavía. ¿Y usted?

—He comido algo. Cogí una avioneta hasta la capital del distrito y luego he alquilado un coche para venir aquí.

—Bueno, suba. Nos cambiamos y luego podemos ir todos a algún sitio a ver ese material.

No opuso resistencia a mi plan. Yo podría haber sido más cortés, pero si dejaba que Caroline Adams se me escapara otra vez estaba perdido. Ahora era cuando ella podía serme útil, realmente útil.

Subimos los tres a nuestro piso. Saludé con la cabeza a la señorita Adams, que fue derecha a su habitación. Yo abrí la puerta de la mía, invité al doctor Prentiss a que pasara, le ofrecí una silla y empecé a cambiarme.

—¿De qué tipo ha sido la escaramuza esa? —preguntó.

Se lo conté en pocas palabras.

—Eso no es nada conveniente —dijo.

—Lo sé —repliqué—, y lo siento, pero sucedió así y ya hice lo que pude para salir de la situación.

—Estoy seguro.

—¿Qué trae de parte de Sam?

—Una transcripción de la conversación que ha mantenido con Peter Davidian esta tarde.

—Muy bien —dije.

Al mirarme en el espejo que había en la habitación sobre un mueble de cajones, pude ver que tenía peor aspecto de lo que yo había imaginado.

—En seguida vuelvo —dije—, voy a lavarme un poco.

Estuve en el baño unos cinco minutos. No quedé muy mal, una vez limpias las heridas. Tenía un par de chichones, un cardenal en la mejilla derecha y por lo menos tres moratones considerables en el pecho. Además, sentía los oídos un poco taponados todavía, pero podía oír perfectamente.

Cuando volví a la habitación, el doctor Prentiss había abierto su maletín y había sacado algunos papeles. Mientras yo sacaba una camisa limpia me preguntó:

—¿Le ha ayudado algo la señorita Adams?

—No mucho todavía…, bueno, algo sí. Creo que puede ayudarme mucho más y espero que lo haga en las próximas dos horas.

—¿Quiere que echemos un vistazo a la transcripción ahora?

Lo pensé.

—¿Algo realmente importante?

—No lo sé seguro. Puede que sí y puede que no. Es difícil valorarlo.

—Vamos a dejarlo para la cena. Me gustaría que la señorita Adams estuviera presente.

—Muy bien. ¿Ha hablado ya con Mary Carpenter?

—Sí, por fin. No he sacado mucho en claro.

—¿Ha encontrado mucha oposición por aquí?

—Ajá. Jack Parrish es el cacique del pueblo, por lo que he podido ver.

Hizo un gesto con los labios finos y rectos.

—El pequeño altercado que ha tenido esta noche con él puede poner las cosas aún más difíciles —dijo.

—Sí. Oiga, ¿será franco conmigo?

—Por supuesto.

—¿Creen ustedes de verdad, honestamente, que Peter Davidian era mentalmente irresponsable ante la ley cuando asesinó a Esther Parrish?

Repitió el gesto de antes. Era uno de esos tipos todo cerebro y le resultaba difícil adoptar una postura distendida conmigo, especialmente en las condiciones en que yo me encontraba.

—No nos atenemos a la definición legal —dijo—. Creemos que Peter Davidian estaba tan perturbado emocionalmente que no era responsable de sus actos hasta el punto de que deba ser ejecutado por ellos.

—¿Qué es eso de emocionalmente perturbado?

No tenía que pensar mucho las respuestas.

—En su caso —dijo—, quiere decir que estaba en unas condiciones en las que no podía controlar sus impulsos porque una acumulacón de frustración y rabia le había hecho perder sus puntos de referencia, como los llamo yo.

Pensé sobre eso mientras me hacía el nudo de la corbata.

—¿Cómo es que la idea no se presentó en el juicio? —dije.

—En parte porque los testigos no ayudaron mucho, y en parte porque el jurado estaba demasiado horrorizado por la naturaleza del crimen como para avenirse a razones. Normalmente, suele presentarse en casos tan obvios como el de Peter, pero esta vez la idea no prosperó.

—¿Dice usted que es obvio? —pregunté, poniéndome la chaqueta—. Pues por aquí nadie le ve de ese modo. La frase que más he oído desde que he llegado es «él no estaba loco».

—Bueno —replicó volviendo a meter los papeles en su cartera—, en el pueblo hay demasiados sentimientos implicados en los hechos y además los expertos locales no es que sean precisamente unas autoridades en la materia.

—Ya —dije.

Abrí la puerta y me acerqué a la de la señorita Adams.

—Un momento —contestó, cuando llamé con los nudillos.

Volví a mi habitación y me quedé en la puerta mientras el doctor Prentiss se retocaba ante el espejo.

—¿Qué tal está Peter de ánimos? —pregunté.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo que como cualquiera en su lugar —respondió.

Tuve la incómoda sensación de que realmente no le importaba demasiado. Y a mí me parecía algo muy importante.

Cuando se reunió conmigo en la puerta, me preguntó:

—¿Dónde vamos a cenar? Alquilé una avioneta para ir a la capital del distrito y le dije al piloto que estaría listo para volver a eso de las once. Mañana tengo un horario muy apretado.

—Hay un sitio en las afueras, no está muy lejos —dije.

—Bien.

La señorita Adams salió de su habitación, nos miró un momento, luego cerró la puerta y vino hacia nosotros. Bajamos al vestíbulo en un silencio que me pareció un poco ridículo.

Durante el corto trayecto hasta llegar a «El Claro», el doctor Prentiss se sentó atrás por decisión propia. No dijimos nada hasta que me abrí camino entre el intenso tráfico y salí a la carretera, en dirección oeste. La señorita Adams movía las manos en su regazo de forma un tanto convulsiva. Me sentí obligado a suavizar la tensión.

—Hay un tipo llamado Bud que trabaja para el señor Parrish —dije—. ¿Lo conoce usted?

—Me parece que no. Me suena el nombre —contestó ella—, pero no localizo su cara.

—Es alto, fuerte y joven, más joven que Tony Bledsoe, creo.

Negó con la cabeza.

—Se lo pregunto porque —continué— esta tarde entabló conversación casualmente con Bledsoe, ese tal Bud y otro mecánico del taller de Parrish, y en un momento de la charla Bud dijo que Peter Davidian estaba loco.

Ella permaneció en silencio, con la vista fija hacia delante. Después de un rato, el doctor Prentiss carraspeó en el asiento de atrás.

—¿Ha hablado con él sobre el tema? —preguntó.

—Todavía no. No he tenido oportunidad. A Bledsoe no le ha gustado que hiciera ese comentario, así que cortaron la conversación y ahí se acabó todo.

—A lo mejor valdría la pena insistir —dijo Prentiss.

Empezaba a caerme mal.

—Sí, señor —dije.

Prentiss ya no dijo nada más en todo el camino.

—Cuando pasé antes por el granero —dije—, usted llegó corriendo al coche; Jack Parrish la seguía y le oí decir: «Muy bien, pero ahora ya lo sabes.» ¿Qué quería decir con eso?

—Había estado hablando... —empezó a decir mientras se retorcía las manos, y luego se paró.

—¿Desvariando?

—Bueno..., desvariando a medias, no del todo. Me había estado diciendo que la gente, es decir, usted, intentaba demostrar que Peter Davidian estaba loco, para librarlo así de la... ejecución.

—Ya —dije—. ¿Y luego qué ha pasado?

—Bueno, no cesaba de repetirme una y otra vez que Peter no estaba loco en absoluto, hasta que por fin yo me harté y le dije: «Por favor, para... Yo no sé si estaba loco o no. ¡No lo sé!» Y entonces... me dijo que el día antes del asesinato, Peter había ido al taller..., al taller de Jack..., y no parecía enfadado ni estaba raro ni nada de eso, y le dijo a Tony, Tony Bledsoe, que como Jack no tuviera cuidado con Esther, la iban a matar.

—¿Y entonces fue cuando usted salió corriendo del granero?

—Sí.

—¿Y por eso salió él detrás gritando: «Ahora ya lo sabes»?

—Así es como ha pasado.

—¿No le ha dado ninguna explicación de lo que le dijo Peter a Tony Bledsoe?

—No, es decir... Quizá no le di tiempo.

Eché una mirada rápida al asiento de atrás.

—No recuerdo que esa amenaza fuera mencionada en el juicio —dije—. Si es que fue una amenaza...

—No —dijo el doctor Prentiss—. Sería una prueba dudosa. Rumores. Podría haber sido admitida, pero con muchos reparos, y quizá el fiscal pensó que ya tenía suficientes pruebas seguras.

—¿Ha dicho rumores?

—Sí —contestó—. Parece que Bledsoe fue el único que oyó ese comentario y él no prestó declaración en la vista del juicio.

—¿Por qué no? —pregunté.

No había reparado en ello al leer el informe. Había dado por

hecho que todos los del pueblo que supieran algo habían prestado declaración, excepto Chris Duval, que probablemente no sabía nada, aparte de cuántos pollos salían en cada pollada y cuándo era el cumpleaños de cada quien.

—Fue descalificado —dijo Prentiss—. Tiene antecedentes penales.

—¿Por qué delito? —pregunté.

—Por falsificación..., fue hace varios años.

Frené en el aparcamiento de «El Claro» y Caroline Adams dijo tranquilamente:

—Es cierto, Jack Parrish le dio una oportunidad después de que llevara seis meses en la cárcel, le dio un trabajo, y, naturalmente, Tony quiere mucho a Jack.

Apagué el motor, ayudé a la señorita Adams a salir del coche y los tres nos dirigimos al restaurante. Puesto que queríamos repasar la transcripción de la entrevista que había mantenido Sam con Peter Davidian, fuimos al comedor, donde había suficiente luz.

Cuando nos sentamos, el doctor Prentiss se excusó y Caroline Adams se echó para atrás en la silla, con una expresión triste.

—Escuche —dijo—, no sé qué estoy hacendó yo aquí. Me siento muy violenta, no tengo hambre y después de todo lo que ha pasado...

—Ya lo sé —la interrumpí—, le agradezco muchísimo que haya venido. Necesito su ayuda, y el doctor Prentiss también.

—¿Quién es él?

—Uno de mis jefes. No le había visto antes. Debe ser un psiquiatra o un psicólogo. Tiene unas cosas que quiere que repase con él. Si puede aguantar hasta el final, se lo agradeceré muchísimo.

—Bueno..., es que me encuentro muy rara, muy confusa.

—Y yo también. Tómese una copa.

—Sí, puede que me ayude.

Decidimos qué íbamos a tomar, y el doctor Prentiss llegó a tiempo de decir que él no quería nada. Me cayó un poco peor.

—¿Cuánto tiempo ha estado hablando Sam con Peter? —pregunté.

El doctor Prentiss abrió su maletín.

—No mucho. Es decir, un buen rato, pero Peter no tenía gran

cosa que decir.

—Podríamos empezar ya —dije.

El doctor Prentiss sacó unas hojas escritas a máquina y las puso sobre la mesa. Nos trajeron las bebidas y él pidió a la camarera un zumo de tomate. Caroline Adams y yo estábamos muy juntos para poder leer las páginas a la vez. El transcriptor había hecho un buen trabajo. La conversación había sido grabada y el que la había pasado a máquina había señalado las pausas, así que nos podíamos hacer una idea bastante aproximada de cómo se había desarrollado la conversación.

No había gran cosa en las dos o tres primeras páginas:

> Pregunta (señor BIRCH): Hola, Peter, ¿cómo te encuentras?
>
> Respuesta (DAVIDIAN): (NO contesta).
>
> P.: ¿Necesitas algo que yo pueda conseguirte?
>
> R.: (Pausa). No, gracias, creo que no.
>
> P.: Tengo un mensaje para ti de parte de la señora Sapmson. Dice que te echa mucho de menos, que no te desesperes y que reces todas las noches.
>
> R.: (Pausa). Sí, bueno, gracias.

Seguía así dos páginas más, Sam tratando de que Peter se interesase por algo y Peter siempre rehuyéndole. Incluso en las líneas escritas a máquina se podía percibir que la moral estaba muy baja.

En la página tres, casi al final, Sam empezaba a intentar dar ánimos a Peter diciéndole lo mucho que estábamos trabajando en el caso y hablando con toda la gente que conocía a Peter, deshaciéndose en elogios hacia mí, y cosas así. Pero en la página cuatro no había nada interesante, ya que Peter no hacía nada por colaborar. Una vez dijo: «Creo, que no hay muchas posibilidades», a lo que Sam le había respondido: «Siempre existe una posibilidad. No pierdas la esperanza.» «Está bien», dijo Peter, «no me importa».

Caroline Adams estaba muy concentrada en la lectura. Me fijé en que agarraba el borde de la mesa con la mano izquierda y tenía los

nudillos de los finos dedos blancos por la tensión.

Hacia la mitad de la página cinco, Sam empezaba a entrar en materia.

> P.: Peter, tú podrías ayudarnos. Este detective, Mac, quiere saber algunas cosas y ha pensado que tú puedes decírselas. Una de ellas es qué ocurrió en la gasolinera aquella tarde, cuando fuisteis allí a que arreglaran la rueda de Esther.
>
> R.: (Pausa) ¿Cómo que qué ocurrió? ¿Qué quiere usted decir? No ocurrió nada en especial. Nos quedamos por allí esperando.
>
> P.: Bien, ¿os sentasteis, te sentaste tú en el camino sin decir nada ni ver a nadie, sólo allí quietos, esperando
>
> R.: Ah, bueno, la gente llegaba y se iba..., era una gasolinera. No me acuerdo muy bien..., no hicimos nada.
>
> P.: ¿Cómo te sentías mientras esperábais? ¿Qué hacían las chicas?
>
> R.: Bueno, no sé..., tonterías, tomaron una coca-cola o algo...
>
> P.: ¿Te dieron a ti también una cocacola?
>
> R.: Sí, creo que sí, me parece que me trajeron una.
>
> P.: ¿Estabas aburrido o preocupado por algo? ¿Por estar perdiendo todo ese tiempo?
>
> R.:(Pausa) No..., bueno..., no tenía otra cosa que hacer...
>
> P.: ¿Se reían las chicas de ti o algo así?
>
> R.: (Pausa) ¿Qué...? (Pausa) No, no me acuerdo, no les hice mucho caso.
>
> P.: ¿Te molestaron o se metieron contigo por algo?
>
> R.: No sé qué decirle..., no me molestaron.

Y así seguía. Empezaba a entender lo que quería decir Sam con aquello de que Peter no era muy locuaz. Cuando volví la hoja, Caroline me miró de una forma extraña, con una mezcla de angustia y curiosidad, con una cierta expresión de abatimiento. Intenté esbozar una sonrisa, pero no me salió.

Unos segundos después, ella levantó la mano que tenía agarrada a la mesa, cerró el puño, luego lo abrió y señaló con el índice la

parte superior de la hoja.

> P.: Peter, ¿quieres decirme algo sobre Mary Carpenter?
>
> R.: No. Déjeme en paz. No quiero hablar de ella.
>
> P.: ¿Por qué no, Peter?
>
> R.: Porque... es natural..., no... Era su... Esther era su mejor amiga, ya sabe.
>
> P.: Por eso te lo pregunto. ¿Qué sentías tú por Mary Carpenter?
>
> R.: Yo..., mire, ¿tengo que hablar de...?
>
> P.: No, no tienes que hablar de nada. Pero si lo haces, puedes ayudarnos y quizá ayudarte también a ti mismo.
>
> R.: (Pausa larga) Yo le gustaba a Mary, ¿sabe? Esther no la trataba bien.
>
> P.: ¿Y a ti te gustaba Mary?
>
> R.: ¡Nooo!, estaba siempre con su risita, me ponía nervioso.

La señorita Adams había señalado con el dedo la respuesta que decía: «Yo le gustaba a Mary...» No lo había retirado. La miré y vi que estaba asintiendo con la cabeza.

—Es verdad —comentó—, Mary me lo dijo.

Miré al doctor Prentiss.

—¿Le dijo Mary que Peter le gustaba —pregunté.

—Sí —respondió la señorita Adams—. Pero por supuesto eso fue... antes de que pasara todo.

Prentiss intervino en la conversación.

—¿Y a ella le molestaba por alguna razón que Peter le gustara?

—Yo no sé nada de eso —dijo Caroline Adams—. A veces parecía molestarle con algo, bueno..., no sé.

—¿En qué parecía molestarle? —dije.

—Yo... no lo sé con seguridad.

—¿Le molestaba a Mary la forma en que Esther trataba a Peter? —pregunté.

—Yo... no sé cómo trataba Esther a Peter.

—¿No ha oído nada sobre eso?

—Sólo a Mary...

—Lo que intento saber —dije— es qué opinaba Mary de Peter y

Esther... si es que había algo entre ellos que diera qué pensar.

—No sé si lo había.

Apretó los labios, pero por su expresión no creí que estuviera dando evasivas.

Volví a la transcripción:

P.: ¿Te ponía nervioso Esther Parrish?

R.: (Pausa) Bueno... (Pausa. No contesta).

P.: ¿Se reía Esther de ti, se metía verbalmente contigo?

R.: Ya hemos hablado de eso antes.

P.: Muy bien, Peter, tranquilo. No te quiero presionar. Sólo quiero que nos digas todo lo que recuerdes de aquel día... en la gasolinera..., todo lo que hicieron Mary o Esther..., o las otras personas que pasaron por allí mientras esperabais.

R.: No sé, no puedo acordarme...

P.: ¿Pasó alguien que hablara con las chicas, con Esther?

R.: Todo el mundo estaba hablando siempre con Esther.

P.: ¿Y también ese día, mientras esperabais en la gasolinera?

Levanté la vista y crucé una mirada con Prentiss.

—El bueno de Sam —dije—, nunca se rinde.

Prentiss asintió con la cabeza.

R.: Bueno, pasaron muchas personas, para echar gasolina y cosas así..., lo que hace la gente..., y Esther... les hablaba a todos de mí... porque la estaba ayudando a que le arreglaran la rueda. Ella..., bah..., es una tontería.

P.: ¿Por qué no te limitas a decírmelo y me dejas decidir a mí si es una tontería o no?

R.: Ella decía a la gente: «Estoy enamorada de él», refiriéndose a mí, «porque es muy amable conmigo. En cuanto se establezca por su cuenta», quería decir en una granja o algo así, «me casaré con él».

P.: Ella decía..., decía a todo el mundo que pasaba por allí que iba a casarse contigo.

R.: No a todo el mundo..., a algunos.

P.: ¿Te acuerdas de alguno de ellos…, cualquiera?

R.: Bueno…, no…, quizá de uno o dos…, verá, no conozco a mucha gente del pueblo, sólo de vista. No sé cómo se llama la mayoría. Había un tipo del taller de Parrish, un mecánico, un tipejo escuálido que se llamada Amos. Le conocía porque trabajó un poco con el señor Sampson en el tractor. P.: Amos, ¿te acuerdas de alguien más? R.: No del nombre. Había una chica que trabaja de telefonista, y varias más…, no sé cómo se llamaban.

P.: Muy bien, quédate tranquilo un minuto, Peter. Voy a por unas coca-colas o algo. ¿Te gusta la coca-cola?

R.: Bueno, sí, gracias.

Al terminar la página levanté la vista; de repente me pregunté por qué no nos servían. Caroline Adams daba sorbos a su copa. Parecía como si le costara trabajo tragar. Cuando la miré a los ojos, vi que le brillaban ligeramente.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Caroline Adams dejó la copa en la mesa con demasiada fuerza, vertiendo un poco del contenido. El doctor Prentiss la miró a ella y luego a mí, que levanté la mano e hice una seña a la camarera, que asintió impaciente con la cabeza.

—Una cosa que hay que tener en cuenta —dijo Prentiss— es que hay gente que aguanta más que otra el que se metan con ella. Un chico como Peter, con ese defecto en la vista, estrabismo, es más susceptible que los demás. En realidad, Peter es demasiado sensible, hasta el punto de estar en ansiedad constante.

La camarera se acercó y preguntó a la señorita Adams qué quería tomar.

—Nada, gracias —dijo ella—, sólo otra copa de lo mismo.

—De acuerdo, pero también tiene que comer algo. ¿Qué tienen de primero?

—Sopa de pollo —contestó la camarera.

—Entonces, tráiganos dos y además un sandwich de jamón para mí.

El doctor Prentiss pidió un plato de verdura y un vaso de leche descremada.

Pasé la hoja y leí algo más. La señorita Adams parecía haber

perdido el interés.

P.: Nos estás ayudando mucho, Peter. ¿Me puedes decir qué te parecía a ti eso, lo que Esther le decía a la gente sobre ti?

R.: Bueno, ya sabe, estaba bromeando. No lo decía en serio.

P.: Muy bien, estaba bromeando. ¿Y tú qué opinabas? ¿Te enfadaste?

R.: No..., siempre decía cosas así...

P.: ¿De ti en especial o de todo el mundo? R.: De mí.

P.: ¿Se reía de ti de otras formas? ¿Coqueteaba contigo?

R.: No sé qué quiere usted decir.

P.: Quiero decir que si, por ejemplo, se pavoneaba delante de ti, se insinuaba, te provocaba...

R.: No, nada de eso..., no...

P.: ¿Nunca pensaste en ella en ese sentido? ¿En secreto? ¿Interiormente? R.: (Pausa) ¿Que si yo...? (Pausa). Era muy bonita, ya sabe. Ella no se intesaría por alguien como yo...

P.: Pero en tu interior, ¿pensaste alguna vez en ella en ese sentido?

R.: Ah, quizá... de vez en cuando...

P.: ¿Y en otras chicas?

R.: No me acuerdo...

P.: ¿En Mary Carpenter?

R.: ¿En Mary...? ¡No por Dios! Era tan rara...

Lancé una mirada a la señorita Adams, que estaba concentrada exclusivamente en su copa. La camarera trajo la sopa y el plato de verdura del doctor Prentiss y se marchó para traer el resto.

—Está buena la sopa —dije.

El doctor Prentiss asintió con la cabeza. La señorita Adams no dijo nada. Volví a la transcripción, que se estaba terminando ya.

P.: Hay otra cosa de la que me gustaría hablar, Peter. Ya sé que hemos hablado antes de ello, es sobre los Sampson y tu vida con ellos, tu trabajo, cómo era.

R.: (Pausa) Bueno..., era sólo eso... vivir y trabajar. Tenía

techo seguro y me daban bien de comer.

P.: ¿Trabajabas mucho, no?

R.: Bueno..., el trabajo de la granja es duro.

P.: ¿Te enfadaste alguna vez con Fred Sampson? ¿Te enfadaste alguna vez de verdad con él, como para pelearte con él?

R.: ¡Pelearme...! ¿De qué está usted hablando? ¿Cómo le iba a pegar yo? El se hizo cargo de mí. Cuando mi padre murió...

P.: Ya lo sé..., los Sampson se ocuparon de ti. Pero, ¿no te sentiste nunca realmente molesto y enfadado por tener que trabajar tanto y no poder salir apenas, no poder hacer tu vida?

R.: Todo el mundo se enfada a veces. Yo me enfadaba por algunas cosas, pero no con los Sampson. No hubiera estado bien.

P.: ¿Qué hacías cuando te enfadabas? ¿Decías palabrotas? ¿Tirabas cosas al suelo?

R.: Depende de lo enfadado que estuviera..., ya sabe.

P.: Pero nunca te enfadaste con Fred Sampson.

R.: No, así nunca..., nunca me enfadé realmente con él.

P.: ¿Te hablaba alguna vez Fred Sampson de las chicas, Esther, Mary...?

R.: ¿Que si me hablaba...? ¿De qué...?

P.: Recuerdo que me dijiste que a veces las chicas iban a la granja y se quedaban por ahí mientras tú trabajabas. ¿Se reía Esther de ti?

R.: (Pausa) Ah... a veces.

P.: ¿Se enfadaba alguna vez Sampson porque estuvieran por allí, interrumpiéndote en tu trabajo?

R.: Bueno, las echó un par de veces.

P.: ¿Te enfadaste tú por eso?

R.: No..., no con él.

P.: Ya. Bien..., una cosa más. Aquella tarde, cuando volvisteis de arreglar la rueda y te diste cuenta de que el gato de Esther no funcionaba, Esther y tú fuisteis a la granja, a buscar otro. Y Esther quiso esperar dentro de la casa hasta que volvieras y hacer un café.

R.: Sí, eso es.

P.: Así que la dejaste pasar. Le enseñaste dónde estaban la cafetera, las tazas y todo eso y saliste, cogiste el gato y lo pusiste en el camión.

R.: Ajá.

P.: ¿Y luego qué hiciste?

R.: ¿Que qué...? Volví al coche y cambié la rueda. Luego volví a por Esther.

P.: Y cuando llegaste donde estaba el coche de Esther, Mary ya se había ido.

R.: Sí.

P.: Cuando cambiaste la rueda, volviste a la granja y Esther ya no estaba.

R.: Eso es..., sí.

P.: ¿Dónde pensaste que se habría ido?

R.: No sé. Era..., nunca se sabía lo que podía hacer.

P.: ¿No te extrañó? ¿Creíste que se había ido por ahí a pie, en una noche tan fría?

R.: No sé..., podía haberlo hecho. No pensé mucho en ello.

P.: ¿Había rastros de que hubiera ocurrido algo en la casa mientras tú estuviste fuera?

R.: No. Estaba todo un poco revuelto, pero porque ella había hecho café y no había fregado los cacharros. Yo lo fregué todo, volví a dejar las llaves en su coche y luego fui al pueblo a comer algo.

P.: ¿Y no te enfadaste por nada de lo que había pasado? ¿Porque después de que te hubieras tomado tanta molestia, Esther ni siquiera hubiese recogido los trastos del café y hubiera desaparecido y te hubiese hecho hacer otro viaje y todo eso? ¿No estabas enfadado con ella?

R.: No sé..., a lo mejor un poco. Ella siempre era así..., no se podía prever... nunca se sabía (Pausa).

P.: Escucha, Peter..., cuando dijiste esto en el juicio, el jurado no te creyó.

R.: Ya.

P.: ¿Y sabes por qué?

R. No..., yo..., mire, no me puedo acordar de todo...

P.: El jurado no te creyó porque ni siquiera tú te creías tampoco lo que estabas diciendo.

R.: Yo... ya le he dicho...

P.: Escucha, no te tiene que dar miedo decirlo todo. Si nos lo dices, podremos utilizarlo.

R.: Yo no..., no puedo hablar más de esto.

P.: De acuerdo, ya es bastante por esta vez, Peter. Si quieres algo, ya sabes lo que tienes que hacer. Estaré en contacto contigo. Y seguiremos intentándolo.

R.: Muy bien. No importa...

P.: Sí, sí importa. Mantón la moral bien alta. No te desanimes.

R.: Sí..., de acuerdo. Adiós...

Aquí terminaba la transcripción. Volví la hoja, tomé una cucharada de sopa y eché una ojeada al sandwich de jamón que tenía al lado.

—«No te desanimes» —repetí.

Caroline Adams me miró, pero en seguida retiró la mirada. El doctor Prentiss terminó su verdura.

—¿Cree usted que Peter está ocultando algo? —pregunté.

Se encogió de hombros como respuesta.

10

—¿Qué creyó el jurado? —pregunté.

Lo había leído en el informe, pero quería oírselo a Prentiss. Tenía la sensación de que no sabía nada de él, que era uno de los expertos y yo estaba obligado a saber cómo pensaban ellos. Y él estaba en deuda conmigo por ayudarles en el asunto.

Apartó su plato, se apoyó en los codos y con precisión dijo:

—El jurado creyó que Peter llevó a Esther a la casa para que hiciera café y se le insinuó allí. Esto justificaba el tiempo que Mary había estado esperando en el coche. Esther lo rechazó y él perdió la cabeza y la mató. Hasta aquí, homicidio sin premeditación, asesinato en segundo grado. Pero Peter no terminó ahí. Tenía el cadáver en sus manos y necesitaba deshacerse de él. Así que metió a la chica en el camión y la llevó a la granja abandonada. La dejó en el granero, fue al coche de ella y cambió la rueda. Volvió a pie a su camión y fue al pueblo a cenar. Y luego, de vuelta a casa, paró en el granero y, atacado de nuevo por la rabia, realizó las atrocidades que convirtieron un asesinato de segundo grado en una monstruosidad imperdonable. Esto es lo que creyeron el jurado y todos los tribunales de apelación.

—¿Y qué cree usted, qué cree el grupo?

—En lo que respecta a los hechos, creemos que eso es lo que ocurrió. Es virtualmente imposible que fuera de otra manera. La interpretación es perfectamente coherente. Pero también creemos que Peter estaba en un estado emocional en el cual su culpabilidad no debería haber sido castigada con la muerte.

—¿Hay por medio un asunto de oposición a la pena de muerte?

Juntó las manos, se las miró, metió la cara entre ellas y luego se las volvió a mirar.

—No hay nada de eso —dijo—, nuestras opiniones respecto a la pena de muerte no son relevantes en este caso. Creemos que la ejecución, en este caso particular, sería un error judicial de responsabilidad pública. Creemos que Peter puede, tras recibir un tratamiento adecuado, llegar a ser un miembro de la sociedad emocionalmente equilibrado.

—Bien —dije—, ¿qué pruebas tienen de su estado emocional en aquellos momentos? Yo no he podido encontrar ninguna, ¿por dónde empezaron ustedes?

Se removió en la silla y abandonó su tono libresco.

—Le pasamos una serie de tests psicológicos. Algunos de los mejores especialistas trabajaron intensamente con él. Los tests demostraron que sus actos eran predecibles. Desgraciadamente, una chica como Esther Parrish no podía predecirlos.

Y, además de los tests, había algunas circunstancias de la infancia de Peter y de su vida con los Sampson que hacían que lo de Esther Parrish fuera algo perfectamente lógico como evasión de sus modelos conductuales.

Caroline Adams permanecía sentada con la mirada baja y las manos en el regazo.

Me pareció que escuchaba, pero no estaba seguro.

—Sé que todo esto debe sonarle muy dogmático y alejado de usted —siguió el doctor Prentiss—, pero tiene una sólida base y es lo único que tenemos. Necesitamos más, claro, y aquí es donde entra usted en escena.

Me quedé mirándolo durante un rato y me acordé tristemente de un par de sitios frescos y tranquilos de Chicago, donde estaría muy a gusto si pudiera llegar antes de que cerrasen. Luego retiré la silla de la mesa, cogí la cuenta y dije:

—Bueno, vámonos de aquí, tengo que volver a mi trabajo.

El doctor Prentiss se inclinó por encima de la mesa y me quitó la cuenta de la mano.

—Por favor —dijo.

—De acuerdo.

Retiré la silla a Caroline Adams y salimos del local. De vuelta al pueblo el doctor Prentiss se sentó delante, con la señorita Adams y yo. Así era más amistoso, pero me dio la impresión de que a ella no le agradaba mucho. Hubo un momento en que estuve a punto de

parar para pedirle que se pasara atrás, pero lo dejé. Estaba demasiado cansado para filigranas de esas.

Aparcamos en la esquina de más allá del hotel y desde allí volvimos andando. El gentío había disminuido algo y no había aglomeraciones de peatones. Eran más de las diez de la noche y ya era hora de estar en la cama.

Un par de tipos altos y anchos de espaldas, vestidos con mono, estaban de pie en los escalones del hotel y cuando pasamos interrumpieron su conversación y nos miraron. Me molestó no saber qué pensaban de nosotros. Tiré del picaporte de metal de la puerta y me quedé con él en la mano. Lo tiré y abrí como pude. El vestíbulo parecía desierto, a no ser por el viejo Jess, sentado tras el mostrador. Caroline Adams empezó a cruzar el vestíbulo rápidamente en dirección a las escaleras. A mitad de camino se paró, miró a su alrededor, luego se hizo a un lado y miró hacia abajo como un pájaro asustado. Di unos pasos hacia ella y me paré. El doctor Prentiss estaba cerca cuando miré hacia mi equipaje, que estaba en el suelo del vestíbulo, cuidadosamente embalado y ordenado.

Dirigí una mirada a Caroline Adams, luego volví la vista hacia Prentiss y finalmente me acerqué al mostrador. Jess tenía la cabeza inclinada sobre el periódico y protegía sus blancos párpados de la luz con las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Tardó unos segundos en levantar la vista.

—¿Qué significa esto? —repetí.

Se removió pesadamente en la silla y miró hacia el vestíbulo.

—Ah, sí —dijo.

Buscó debajo del mostrador y sacó una hoja de papel con unos números. Mi cuenta.

—No hay habitaciones —dijo como si se lo hubiera aprendido de memoria—, lo siento.

Yo estaba realmente alterado y no me pude contener. Alcé la voz.

—¿Qué demonios es eso de que no hay habitaciones? Además de mí, sólo hay un cliente en este antro de mala muerte.

—Vamos a hacer obras —dijo arqueando las cejas—, los obreros van a empezar en seguida.

—¿En mitad de la maldita noche? —grité.

—No debería extrañarle —dijo.

Tenía la boca abierta para soltar unos cuantos tacos cuando alguien me golpeó ligeramente en el brazo.

Psiquiatra, loquero, pensé cuando me volví y vi la cara de Prentiss. Quizá sea eso lo que necesito.

Prentiss se dio la vuelta y yo le seguí a un rincón apartado. Caroline Adams fue hacia las escaleras, miró hacia atrás y luego subió y desapareció.

—¿Le echan? —preguntó.

—Eso parece —contesté.

—Probablemente es obra Jack Parrish —comentó.

No se me había ocurrido pensar en Parrish. Tuve que admitir que el doctor seguramente tendría razón.

—Ajá —dije—. Pero, ¿qué voy a hacer? No hay más hoteles en el pueblo.

Pareció pensarlo.

—Podría dormir en el coche —dije—. Pero, ¿dónde me voy a lavar los dientes?

No me gustó oírme decir eso. Se me pasó por la cabeza dónde se lavaba los dientes Peter Davidian. Pregunté si todavía se tomaría la molestia.

—Discúlpeme —dije—. Estoy bien. Salgamos al aire libre.

Allí estaban las dos maletas y el maletín en el que había metido el informe del caso Davidian. Las había cogido ya cuando me acordé de la cuenta. Me dirigí hacia el mostrador, pero Prentiss se me adelantó a cogerla.

—Yo lo pago —dijo—. Ahora salgo.

Estaba resultando ser una buena persona.

Salí fuera deprisa y sin mirar a mi alrededor. Los dos granjeros se habían esfumado. El tráfico en la calle y en las aceras había casi desaparecido por completo en el tiempo que yo había tardado en dejar el hotel. Fui hacia la esquina, hasta donde había dejado el coche. Vi un descapotable de dos plazas que sin duda debía ser el del doctor Prentiss, quien se reunió conmigo cuando estaba colocando las maletas en el asiento de atrás.

—Hay un motel a mitad de camino entre Wesley y la capital del distrito —dijo—. Está bien para un par de días.
—Claro —dije—, y un par de días es todo lo que necesitamos, ¿verdad?
No dijo nada.
—Escuche —dije—. Peter Davidian nos está ocultando algo.
—¿Sí? —preguntó.
—Puede que tenga miedo de afrontar su propio... desequilibrio emocional, como dice usted. Quizá tenga miedo de estar realmente loco y no puede admitirlo.
—Sí —dijo Prentiss—. Sam Birch y yo hemos hablado de eso antes de la entrevista de hoy.
—Por eso fue Sam a verlo.
—Sí.
—Quizá una cara nueva, una voz nueva se lo podría sacar.
—¿La suya? —inquirió Prentiss.
—Puede que merezca la pena intentarlo —dije.
—Estoy de acuerdo con usted. ¿Cuándo?
—Bueno..., ¿qué tal esta noche? ¿Me dejarán verlo?
—Estoy seguro de que Sam puede arreglarlo —contestó.
—Puedo volver con usted en la avioneta a Chicago y luego coger algo que me lleve a Stateville desde allí...
—También puede llevarme a Chicago, dejarme allí y seguir en la avioneta —dijo.
—Creo que eso será lo mejor. ¿A las once en punto?
—A esa hora me espera el piloto.
—Me inscribiré en el motel de camino.
—Muy bien —dijo Prentiss—. Lo veré en el avión. Sólo hay un aeropuerto.
Asentí con la cabeza, di la vuelta al coche, me metí dentro y lo puse en marcha. No tardé mucho en salir de la ciudad.

En el motel había al menos una habitación libre, la que yo necesitaba. No era ni nuevo ni viejo. Su única ventaja sobre el otro hotel era que había baño en cada habitación; pero no teléfono.
Pagué dos noches por adelantado, metí mis maletas en la habitación, saqué papel y pluma y escribí una nota a la señorita

Adams.

«Estaré en el motel ”Shadyside”. Esta noche voy a ver a Peter. Volveré mañana a primera hora. Por favor, póngase en contacto conmigo. Mac.»

Había una máquina de sellos en la oficina del motel. Compré bastantes para mandar la nota por correo urgente, dirigí la carta a la señorita Adams, Hotel Clark, Wesley, y la eché al buzón. Luego volví al coche y me puse en camino a la capital del distrito, la atravesé y unos tres kilómetros después llegaba al aeropuerto.

De las tres avionetas que había en la pista de despegue, una tenía las luces encendidas y caminé unos trescientos metros hasta llegar a ella. El piloto estaba por allí fumando un cigarrillo y dentro vi al doctor Prentiss que estaba sentado leyendo unos papeles. Subí y me senté al otro lado de un estrecho pasillo. El piloto tiró el cigarrillo, cerró la puerta y se puso en el control de mandos nada más subir.

La avioneta era una confortable Beech bimotor, con tres amplios asientos. Debía haber tenido seis, pero habían quitado dos de un lado y uno de otro, sin duda para dejar espacio para poder llevar algo de carga. La parte del piloto era ancha, aunque no tanto como para que pudiera permitirle manejar cómodamente los controles de su pequeño compartimiento. Se puso algo en la boca, empezó a hablar en un murmullo y oí el ruido de la radio. Miré por los alrededores, sin encontrar, al principio, ninguna torre de control con la que pudiera estar hablando, pero en seguida vi unas luces que se encendían y se apagaban hacia mi izquierda, un poco lejos. La avioneta daba unos pequeños tirones debido a la acción de los frenos. El piloto calentó motores y la avioneta dio una brusca sacudida hasta que el piloto desaceleró y soltó los frenos. Avanzamos lentamente sobre una pista pavimentada que describía una curva, cogimos velocidad, y, mientras nos dirigíamos al final de la pista donde se encendían y apagaban las luces, se elevó suavemente, se ladeó hacia el sureste y se enderezó. Abajo, a mi izquierda, un puñado de lucecitas brilló un momento y luego desapareció. Wesley, pensé. Que duermas bien.

Miré al doctor Prentiss, que seguía absorto en la lectura, me acomodé en el asiento y empecé a relajarme conscientemente, músculo a músculo.

El doctor Prentiss estuvo leyendo unos minutos y luego hizo algunas señales en un papel escrito a mano que guardó en su maletín.

—¿Qué posibilidades cree que tenemos? —me preguntó.

—¿En lo de Peter? No tengo ni idea. Puede que ninguna. Tratar de descubrir algo en esa ciudad ha sido como intentar buscar un gato gris en un día de niebla espesa.

—¿Cree que la señorita Adams le ayudará?

—Quizá. Me ha ayudado algo. Me costó mucho trabajo ganarme un poco su confianza.

—¿Tiene algún vínculo con Jack Parrish?

—No creo. Quizá es un sentimiento de lealtad. Probablemente le compadece por lo que le ocurrió a Esther. Puede también que supere esa lealtad después de lo que ha ocurrido esta noche.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Después de un rato dijo:

—Imagino que pensará que le hemos puesto sobre una pista improbable y difusa. Al principio íbamos a intentarlo nosotros mismos. Uno o quizá dos de nosotros a la vez haríamos preguntas por el pueblo.

—Bueno, en cualquier caso, ustedes sabían qué estaban buscando. Yo ni siquiera estoy seguro de eso.

—Luego pensamos que una mezcla de persistencia de perro rastrero y… una… astucia primitiva podría ser útil en este trabajo.

—Me gusta lo de astucia primitiva. ¿Qué es eso?

Sonrió un poco. Era la primera vez que le veía hacerlo y me resultó un poco chocante.

—Perdone, es sólo una forma descuidada de hablar. Lo que quiero decir es que la ignorancia puede ser útil en algunas ocasiones. Los llamados expertos a veces elaboran explicaciones basándose en datos escasos y suplen éstos con sutiles elucubraciones, y esto hace perder tiempo.

Me estaba dejando confuso, pero le agradecía su voto de confianza.

Astucia primitiva, pensé. No estaba mal. Podía ponerlo en la puerta de la oficina y debajo algo así como… «El Tigre del Norte. Su víctima es mi alimento.»

Prentiss se había vuelto a poner serio y me hablaba con una voz

que se elevaba por enésima del ruido del motor, inclinándose un poco sobre el pasillo.

—Ha dicho que Peter nos está ocultando algo. ¿Cómo? ¿Respecto a qué?

—Es sólo un presentimiento —dije, encogiéndome de hombros —. Dudo que sea miedo a que le digan que está loco. No creo que sepa si está loco o no y no creo que le importe mucho, llegados a este punto.

—Me ha parecido que encontraba significativo su comentario sobre Mary Carpenter..., sobre que a ella le gustaba él.

—Sí. Al hablar con Mary Carpenter no da esa sensación, sino más bien la contraria.

—Pero eso también puede ser una tapadera. Sería muy duro para ella admitir que sentía algo hacia un asesino convicto, hacia el chico que mató a su mejor amiga.

—Eso de la mejor amiga habría que verlo.

—Uso el término para indicar un símbolo de status. Debía estar muy bien visto en Wesley ser la «mejor amiga» de Esther Parrish.

—Cierto. Así que eran amigas en público. Y cada una le hacía un servicio a la otra.

Me miró con interés. Le expuse mi teoría de que Mary sirviera de tapadera a Esther para algunas de sus mentiras. En compensación, como decía Prentiss, Esther daba a Mary cierto status. En este tipo de tratos lo más probable es que a uno o a otro le acaben dando una patada en los dientes y en este caso particular la que tenía más probabilidades de recibir la patada era Mary.

—Así que —dije—, si Mary sentía algo hacia Peter, le dolería que la dejase esperando en el coche con tanto frío, especialmente si Esther se había ido con él en el camión.

Asintió un par de veces con la cabeza.

—¿De qué tipo cree que eran las mentiras de Esther a las que usted se ha referido antes? —preguntó.

—No estoy seguro, y no digo que se tratara de nada serio ni fuera de lo normal, pero tengo el presentimiento de que Esther tenía relaciones con un hombre mayor. No sé con quién. Fred Sampson aún conserva una foto de Esther en una caja metálica que esconde en el viejo granero, junto con algo de dinero suelto.

—¿Fred Sampson? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Si Fred Sampson tenía algo que ver con Esther Parrish, y admito que parece bastante improbable, y si Peter lo supiera y si él sintiera algo por Esther a pesar de lo que dice ahora, y si descubrió algo esa tarde cuando llevó a Esther a la granja de los Sampson para que preparara un café, eso podría haberle hecho sentirse un idiota, como él dice. No se podía revolver contra Fred Sampson, por las razones que explicó a Sam. Pero podía atacar a Esther, si estaba lo bastante fuera de sí.

—Parece un razonamiento coherente —dijo Prentiss, asintiendo de nuevo con la cabeza—. Siga, por favor.

—Hasta ahí es hasta donde he podido llegar. No puedo explicar por qué Peter tendría que seguir ocultando una cosa así.

—Por la misma razón que no podía enfrentarse con Fred Sampson cuando el viejo le maltrataba —dijo Prentiss con firmeza.

—Quizá —dije—. En ese caso, quizá pueda hacerle hablar.

Me miró cuidadosamente unos momentos.

—Espero que sí. Creo que está en el buen camino.

Yo no estaba nada seguro de eso, pero era agradable oírselo decir.

—¿Dónde puedo localizar a Sam —pregunté—, para que me arregle una entrevista con Peter?

—Probablemente está en su casa, durmiendo.

Asentí, eché la cabeza para atrás y cerré los ojos. Estaba demasiado en tensión para dormirme, pero me obligué a mí mismo a relajarme unos diez minutos antes de llegar a Chicago.

Una vez en el aeropuerto, el piloto accedió a esperar y el doctor Prentiss se quedó por ahí mientras yo llamaba a Sam por teléfono. Debía estar profundamente dormido, pero se acabó de despertar cuando le dije mi propósito.

—Llamaré por teléfono —dijo—, puede que tarde un poco, por la hora y demás. Pero por otra parte a esta hora el alcaide se desvivirá por ayudar. Quédate donde estás.

Me quedé en la cabina de teléfonos mientras el doctor Prentiss recorría una y otra vez la parte de fuera. Estábamos en el extremo de alguna terminal sin importancia. Olía a café pero no sabíamos de dónde venía el olor. Debí olfatear el aire con la nariz o algo así,

porque de repente Prentiss desapareció y al volver trajo dos vasos de papel llenos de café caliente. Cuando nos lo estábamos tomando, apareció el piloto con otro café.

—¿Tiene sueño? —pregunté.

—Estoy bien. He dormido un rato allí en el campo mientras esperaba.

—Muy bien —dije.

—No se preocupe, la avioneta puede volar sola en caso de apuro.

—Ya.

Terminamos el café y estábamos a medias del siguiente cuando llamó Sam.

—Ya está arreglado —dijo—, a las dos en punto. Ve a la oficina del alcaide. El te estará esperando. Debido a tu importancia, o más bien a tu falta de ella, tendrá que estar presente en la entrevista. Pero ha dicho que no intervendrá a no ser que haya un estallido.

—¿Un estallido de qué?

—Bueno..., en la situación de Peter, ya te puedes imaginar, el nerviosismo, la tensión...

—Ya. De acuerdo. A las dos en punto.

—¿Está el doctor Prentiss todavía por ahí?

—Aquí mismo.

Pasé el teléfono a Prentiss y me quedé de pie con el piloto, terminándome el café. Prentiss colgó y me deseó suerte.

—Si encuentra algo sobre lo que necesite hablar urgentemente —dijo—, llámenos a Sam o a mí desde la cárcel. Reuniremos a los demás en el despacho de Sam a cualquier hora.

—¿Realmente están muy interesados en el caso, eh? —dije.

—Significa mucho para todos nosotros.

—Bien, ¿quiere que le llame de todas formas?

—Sólo si le podemos ayudar en algo. Si llama desde Stateville, tendremos un coche preparado para usted aquí. El alcaide irá a buscarle a la avioneta en cuanto llegue.

—Entonces ya está todo arreglado. ¿Cuándo quiere que salgamos? —pregunté al piloto.

—Tardaremos unos cincuenta y cinco minutos en llegar —dijo, encogiéndose de hombros—, y sólo es la una menos cuarto. Podíamos tomar algo antes de salir.

—Muy bien —dije—, vamos.

El doctor Prentiss se despidió con la mano, y se marchó sin perder un minuto. El piloto y yo encontramos un bar por allí cerca. Yo pedí un trago de whisky y él una hamburguesa con queso y un vaso de leche. De vez en cuando se le escapaba alguna mirada a mi copa, pero que yo sepa no llegó a beber de ella.

Tardamos unos minutos en alejarnos de la torre de control y despegamos cuando faltaban unos minutos para la una. En el trayecto conseguí dar alguna cabezada.

11

Iba en el asiento de atrás de un gran coche negro en dirección a la casa donde estaba residiendo Peter Davidian. En el asiento de delante iban dos hombres con los que no pude tener ninguna conversación debido al doble espesor del cristal antibalas que nos separaba. Me imagino que habría un micrófono o algo así, pero no sabía cómo hacerlo funcionar y, aunque lo hubiera sabido no se me ocurría nada que decir.

Todas las instituciones ofrecen el mismo aspecto por la noche, algunas luces de tramo en tramo, rodeadas de sólidos bloques negros. Ya había estado allí antes, en visita de trabajo, pero hacía mucho tiempo y me fui deprimiendo a medida que aumentaba la velocidad del coche por las calles desiertas y silenciosas. Paramos en una entrada lateral, de aspecto un poco siniestro; uno de los del asiento de delante me acompañó. Me dio la sensación de dirigirme a la oficina principal de una compañía en auge.

En el despacho particular del alcaide había una mesa enorme, cubierta de papeles ordenados y carpetas archivadoras. El hombre que me había acompañado había comprobado mis credenciales en el avión, pero el alcaide quiso mirarlas también. Las dejé en la mesa, y él las examinó unos segundos y luego me hizo con la cabeza un gesto de que podía recogerlas. Después de eso, estuvo bastante amable. Me ofreció una silla grande y cómoda que acepté, y un puro que rechacé. Luego se echó para atrás en una silla giratoria que chirriaba un poco y apretó un botón. Mientras esperábamos hasta que trajeron a Peter Davidian, hizo salir al que me había llevado allí, así que nos quedamos solos en la habitación durante unos minutos.

—¿Hay alguna posibilidad para este chico? —preguntó.

—No muchas —respondí—. Estoy trabajando en ello desesperadamente.

Movió la cabeza con gesto negativo.

—¿Qué tal huésped es? —pregunté.

—Ningún problema.

—¿Y eso es bueno o malo?

Pareció pensarlo un poco.

—Bueno y malo. Es más cómodo. Pero por otra parte, no me gusta nada que un chico así pierda las esperanzas. Ya sé que se supone que un hombre tiene que aceptar su final y resignarse a él y todo eso, pero me molesta extraordinariamente presenciarlo.

—¿Cree que Peter ha perdido las esperanzas?

—Creo que sí —dijo.

—Así será todo más fácil —comenté.

—Sí. Pero sigue sin gustarme.

Se oyó un ruido metálico y el alcaide apretó otro botón. La puerta del despacho se abrió a mi izquierda y entró un guardia con Peter Davidian.

—Puede esperar fuera, Harry —dijo el alcaide.

El guardia salió, cerrando la puerta tras él.

—Siento hacerte salir tan tarde, Peter —dijo el alcaide—. Creo que ya has hablado demasiado por hoy, ¿no?

—No importa —dijo Peter apagadamente.

Medía alrededor de un metro ochenta, era delgado sin ser flaco y parecía tener unos hombros fuertes. Las manos, grandes, le colgaban por fuera de las mangas de la camisa descolorida del uniforme de la prisión y sus pies eran muy largos. Tenía el pelo fuerte y negro, echado hacia atrás. Se lo habían cortado, y no muy bien, hacía poco. No hubiera sido un chico feo a no ser por los ojos, que no sólo eran tan bizcos que parecían estar pegados al puente de la nariz, sino que además eran estrechos, el izquierdo aún más que el derecho, por lo que parecía estar mirando por los agujeros de un antifaz. No tenía sentido intentar que le mirase a uno fijamente. No podía hacerlo, no le salía.

El alcaide nos presentó y Peter pareció mirarme, aunque no podía estar seguro.

—Hola —dijo.

—Hola, Peter. Trabajo para Sam Birch.

Se encogió ligeramente de hombros.

—¿Un café o algo para beber? —preguntó el alcaide.

—No, gracias —contestó Peter—. El café me desvela.

Cuando te van a dejar tirado por última vez, pensé, se ponen realmente amables contigo.

—Bien —dijo el alcaide—, adelante, habla con la visita. Con tranquilidad.

Me hizo una seña con la cabeza, se dio la vuelta lentamente en su silla giratoria para ponerse de espaldas a la mesa y a nosotros, y abrió un libro.

—Siéntate, Peter —le dije—. Como te ha dicho el señor O'Brien, puedes estar tranquilo. Me gustaría repasar algunas cosas contigo.

Después de una pausa, se sentó en el borde de una silla forrada de cuero, se puso las manos en las rodillas y miró al suelo.

—Ya he hablado mucho con el señor Birch —dijo.

—Ya lo sé, me lo ha dicho. Pero hay algunos puntos en los que sigo pensando y que me gustaría oír directamente de ti.

Por ejemplo, si intentas recordar aquella tarde en que arreglaste la rueda a Esther...

Levantó la cara bruscamente e hizo un movimiento con la cabeza como si le hubieran dado un golpe detrás, de la oreja. Pude sentir su dolor como si se tratara de mí mismo.

—Sé que es duro —seguí—, pero quiero que lo intentes. Intenta recordar tus pensamientos, lo que sentiste, minuto a minuto. Cuando el gato se os averió en la carretera, y tú ibas a ir a casa a buscar otro, Esther decidió marcharse contigo y dejar a Mary en el coche. ¿Cómo reaccionó Mary?

—¿Qué...? ¿Cómo reaccionó...? Yo no...

—¿Protestó? Hacía frío para quedarse allí esperando...

—No, no protestó. Sólo dijo: «Vale, os espero aquí.»

—Bien, y a ti ¿qué te pareció? ¿Pensaste que Esther le debería haber dicho que fuera con vosotros en el camión?

Se encogió de hombros.

—No pensé mucho en ello.

—¿Te agradaba la idea de estar a solas con Esther en el camión?

—¿A mí? No..., me daba igual. Dijo que quería venir...

—¿Cuando estabas a solas con Esther se reía ella de ti?

—¿Quiere decir ese día?

—Cualquiera. ¿Se metía contigo, se reía de ti cuando estabas a solas con ella o sólo cuando había alguien delante?

—No sé, casi nunca estaba a solas con ella.

—Así que ella no se rio de ti cuando ibais en el camión a buscar el gato. ¿De qué hablasteis? ¿Te acuerdas?

—No, no me acuerdo bien, de cosas, el tiempo, el pinchazo…

—¿Parecía ella nerviosa o molesta por algo?

—No, no creo, ella estaba siempre como nerviosa, azogada.

—¿Y tú, estabas nervioso? Habías perdido mucho tiempo intentando ayudarla y se estaba haciendo tarde. ¿Querías ya separarte de ella?

—Bueno, creo que sí, algo así. A veces me ponía nervioso.

—¿Puedes recordar otras veces en que te ponía nervioso?

Al fruncir el ceño, se le movió el pelo.

—Me ponía nervioso casi siempre, en el colegio, en la calle…

—¿Cómo te sentías tú entonces? ¿Molesto, enfadado, amargado, resentido?

—Bueno…, yo… a veces.

—¿Estabas resentido la vez aquella en que arremetiste contra una vaca con una horca?

Inesperadamente, se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha. La silla del alcaide crujió un poco. Había dado en alguna fibra sensible.

—¡No! Yo no hacía eso, quiero decir no estaba resentido con la vaca…

—¿Con qué o con quién estabas resentido? ¿Con Fred Sampson?

—¡No! ¡Mire, Fred Sampson era un padre para mí! Toda la gente me pregunta eso…

—¿Te refieres a gente como Sam Birch?

—Sí, y a todos los demás.

Esperé a que se calmara el ambiente.

—¿Sabías —le pregunté, por fin— que Fred Sampson tenía una fotografía de Esther Parrish en una caja fuerte escondida en el viejo granero?

Hubo un largo silencio. Bajó la cara. Las manos le colgaban de las rodillas y tenía los hombros echados hacia adelante.

—Sí, lo sabía —contestó tranquilamente—. La vi una vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo viste la fotografía por primera vez?

Esto es importante, pensé. ¡No me dejes, Peter!

—Ah —dijo—, no hacía mucho tiempo, quiero decir, por esas fechas...

—¿Fue ese mismo día, el día en que arreglaste a Esther la rueda?

—No, la perdí antes. Quiero decir...

—La fotografía era tuya antes, ¿es eso?

—No, no he querido decir...

—¿Y Fred Sampson se la encontró y se la quedó?

—Bueno, no sé, si la encontró por ahí...

—¿Por qué se la guardó?

—¡No lo sé!

Había empezado a mover nerviosamente las piernas. Dejé que el ambiente se enfriase un poco otra vez.

—¿La encontraste en la caja fuerte de Fred?

—Yo... sí, sabía que había una caja allí.

—Cuando encontraste la foto allí, ¿por qué no se la quitaste?

—¿Quitársela? No significaba nada para mí.

—¿Te la había dado Esther?

—No, me la dio Mary.

—¿Te la dio Mary Carpenter?

—Sí.

—¿Fue una broma, o algo así?

—Ajá. Fue una especie de broma.

—Le has dicho a Sam Birch que le gustabas a Mary o algo por el estilo.

—Creo que sí.

—Pero a ti ella no te importaba mucho, ¿no?

—Ella es... rara..., nunca me importó mucho...

—Muy bien, vamos a dejar a las chicas un rato. Hablemos de los hombres del pueblo.

—No conocía a muchos.

—Debías conocer a unos cuantos. Ibas a la ciudad, los sábados, de compras, como el día antes del pinchazo, cuando fuiste al taller de Jack Parrish y advertiste a uno de los mecánicos de que a Esther le iba a pasar algo.

—¿Que yo qué...?

Le miré. El me estaba mirando a mí, con la frente surcada de arrugas.

—Fuiste al taller de Parrish y dijiste a Tony Bledsoe que a Esther le iba a pasar algo si Jack no tenía cuidado.

—¿Cuándo?

—El día anterior.

—¿Cómo iba yo a hacer eso? Yo nunca hice nada de eso.

—¿Seguro que no?

—Se lo juro por Dios. En cualquier caso, si hubiera querido hacer algo así no se lo habría dicho a Tony Bledsoe.

—¿Por qué no?

—Bueno..., no nos llevábamos bien. Yo no le caía bien.

—¿La tenía tomada contigo?

—Bueno..., se podría decir así.

—Tony parece que la tiene tomada con todo el mundo, ¿no?, es un poco valentón, ¿verdad?

—Con todo el mundo menos con el señor Parrish, imagino.

—¿Conocías a otro mecánico que trabaja con Parrish, a un tipo llamado Bud?

—Bud Carney. Claro que lo conozco. Es una buena persona.

—¿A quién más? ¿A Chris Duval?

—Sí, a Chris, un poco tonto. Es retrasado mental.

—Pero tiene muy buena memoria.

—Ya lo sé.

—¿Hay alguien más en quien puedas pensar..., tipos del pueblo con los que te llevaras bien?

—Bueno, había mucha gente con la que me llevaba bien. ¿Qué quiere...?

—Bueno, vamos a pasar a otra cosa.

—Ya no quiero hablar más —dijo, poniéndose de pie.

Lo había dicho serenamente y con tono firme. Sentí como si me estuviera muriendo de sed y alguien me pusiera delante un vaso de agua, pero sin dejarme beber.

—Escucha, Peter —dije.

La silla del alcaide hizo un ruido como si se moviera.

—Ya no más —dijo Peter—. Ya he hablado y hablado..., es inútil. Sé que todos esos hombres, doctores, psicólogos, lo que sean, están intentando ayudarme. ¡No quiero! ¿Me oye? ¡Es inútil!

—De acuerdo —dije.

—Por última vez —exclamó—, lo hice yo. Yo la maté, ¿me oye?

La llevé a la casa. Dijo que quería hacer café, así que le enseñé dónde estaba todo y ella empezó a prepararlo. Entonces yo dije que me iba a cambiar la rueda y a traer su coche, y ella me pidió que me quedase un poco más, que antes tomaríamos café y nos divertiríamos un rato. Dijo que íbamos a jugar a las casitas. Así que me quedé un rato más. Ella miraba el reloj. Yo no sabía qué hacer, ella me hacía sentirme raro, nervioso, idiota. En seguida estábamos ya en el sofá de la sala, en la parte delantera de la casa y ella estaba jugueteando conmigo, haciendo tonterías. Yo no sabía qué pensar. Era una chica bonita de verdad, ¿sabe?, y nunca creí que yo pudiera importarle. Y cuando estábamos haciendo tonterías, jugando en el sofá de la sala, yo oí que alguien se acercaba a la puerta. Me quise levantar para ir a abrir, pero ella me agarró y no me dejó ir. Entonces le dije que había alguien fuera y ella se asustó y me echó. Estaba tan confuso que hice lo que ella me decía. Alguien estaba llamando a la puerta, pero no fui a abrir, sino que salí por la parte de atrás y subí al camión. Cuando salí a la carretera, no se veía ningún coche por allí, y no había nadie a la puerta ni por los alrededores de la casa. Fui a donde estaba el coche y cambié la rueda. Mary se había ido ya. Volví con el coche de Esther a la casa. Cuando entré la vi tumbada en el sofá, durmiendo. Empecé a jugar con ella y ella se despertó y empezó a pegarme. Me hizo sentir tan idiota que le di un golpe en la cabeza y ella se desmayó o algo así. Yo me asusté, la metí en el coche y volví a entrar en la casa para coger un cuchillo. No sé por qué cogí el cuchillo. No me daba cuenta de lo que hacía, ¿sabe?, la llevé al granero e intenté hacer que volviera en sí, pero no pude. Quise llevarla al pueblo para que la viera el médico, pero estaba demasiado asustado para hacerlo, tenía mucho miedo. La dejé allí, fui campo a través a donde estaba el camión y luego fui al pueblo. No sabía qué hacer, me quedé sentado en el camión, pensando. Por fin, volví al granero, escondí el camión para que no se viera desde la carretera y entré. Ella estaba allí, tumbada en el suelo. No sé lo que pasó, yo estaba como atontado, tema el cuchillo en la mano... Lo siguiente que recuerdo es que ellos se acercaban. Tony Bledsoe, me acuerdo, vino hacia mí y yo me escondí. Luego vino la Policía y el señor Parrish estaba allí y lo tuvieron que sujetar..., y eso es lo que pasó.

Le temblaban las manos. El alcaide se había vuelto un poco y

tenía la mano derecha sobre la mesa, cerca de los botones. Me di cuenta de que la conversación había terminado por esa noche. Moví la cabeza.

—Escuche... —decía Peter—, yo lo hice, lo admito, todo. Aguantaré lo que me espera. Ojalá fuese ahora mismo. Diga a esos hombres, a esos doctores, que no quiero ayuda. Tengo el castigo que me merezco por lo que hice, eso es todo.

—De acuerdo, Peter —dijo el alcaide—, gracias por decírnoslo.

Apretó un botón, se abrió la puerta y entró el guardia. Cuando tocó el brazo de Peter, éste se dio la vuelta y salió sin mirar atrás.

Me puse de pie.

—Lo siento —dijo el alcaide—. Llamaré al coche.

No se me ocurría nada que decir. Estaba muy preocupado. Debí permanecer allí unos dos minutos más hasta que la puerta se abrió y el chófer miró hacia adentro de la habitación. Di las buenas noches al alcaide y salí de forma parecida a como Peter había salido con el guardia.

Sentado detrás del cristal a prueba de balas en el coche grande, alimenté mi preocupación. Esta vez sólo iba uno en el asiento de delante. Me alegré de que el otro pudiera descansar un poco.

El piloto estaba durmiendo en el suelo de la avioneta, acurrucado sobre unos periódicos. Le desperté y le pedí que me dijera dónde había un teléfono. Se despertó y señaló negligentemente hacia una cabina que había en la manzana siguiente. Tenía dos números de teléfono, el de Prentiss y el de Sam Birch. Lo eché a cara o cruz. Si salía cara, llamaría a Prentiss; si salía cruz, a Sam. Salió cara.

Mejor, pensé. Así Sam puede dormir un poco más.

Esperé unos minutos y por fin se puso Prentiss al aparato.

—¿Ha hablado con Peter? —preguntó.

—Sí, acabo de hablar con él.

—¿Qué piensa?

—Pienso muchas cosas. Una de ellas, que se ha desperdiciado mucho tiempo.

—Me parece que no estoy de acuerdo con usted —dijo.

—Ustedes están metidos en esto por ustedes mismos, no por

Peter.

—¿Perdón?

—Sé que para ustedes sería un triunfo salvar al muchacho; eso significaría sentar un precedente, dar un gran paso hacia adelante en la medicina legal, o psicojurídica, como la llamen ustedes. Pero se corre el riesgo de perder de vista el objetivo principal, que es Peter Davidian.

—Por supuesto…

—A ver si no me equivoco. La única forma de rehabilitar al chico, si se libra de la silla eléctrica, sería quitarle el sentido de culpabilidad por el asesinato. ¿Correcto?

—Hay mucho que trabajar ahí. Nos llevaría mucho tiempo.

—Pero él necesita ese sentimiento de culpa.

—Bueno, no se…

—Está tan lleno de él, que la silla eléctrica es su única salida. Esta noche los ha despedido a todos ustedes. Está dispuesto a morir para pagar por lo que hizo. No les necesita.

—Estoy seguro de que él podía…

—Lo curioso es que él no lo sabe todavía, pero es cierto que no les necesita, bueno, al menos no de la forma en que ustedes han estado tratando de ayudarle. El no lo hizo.

—¿Qué ha dicho? —dijo Prentiss por fin, tras una pausa.

—Que él no lo hizo. El no mató a Esther Parrish.

—¿Puede probarlo?

—Ahora no. No se lo he dicho al alcaide, ni siquiera a Peter. En parte porque no me di cuenta en seguida, y en parte porque no quería dar falsas esperanzas. Puede que me estrelle. Puede que no consiga obtener pruebas a tiempo. Pero voy a intentarlo.

—Bien, ¡estoy desconcertado! Buena suerte.

—Puede echarme una mano. Llame a Sam Birch y dígale que Peter no lo hizo, y que no se aparte del teléfono. Le llamaré en cuanto pueda.

—Sí, por supuesto. Ahora mismo lo haré. ¿Va usted a…?

—Voy a volver a Wesley —dije—. Buenas noche, doctor.

Colgué el teléfono y volví a donde estaba la avioneta. Los motores estaban ya en marcha y el piloto se encontraba fuera, de pie, fumando.

—¿Listo? —preguntó.

—Vamos de vuelta al campo, si tiene tiempo.

—Si usted me paga...

—Puede estar seguro de que le pagarán.

—Entonces, vamos.

Me subí al ala de la avioneta, me metí en la cabina y me senté. El despegue fue suave y me quedé dormido antes de que las luces de la prisión desaparecieran de la vista.

12

Cuando llegué al hotel, dormí unas dos horas y me desperté con el zumbido de los mosquitos y una llamada a mi puerta. Cuando la abrí vi al empleado del hotel, que estaba en bata.

—Teléfono —dijo secamente.

—¿Dónde lo cojo?

Por toda respuesta, señaló con el dedo pulgar hacia detrás de su hombro.

—Ahora mismo bajo —dije antes de cerrar la puerta.

Me puse unos pantalones y una chaqueta y cuando salí, todavía me estaba esperando en la puerta. Fuimos a la oficina, donde había un teléfono, en un hueco de la pared.

—¿Estaba usted antes en el hotel Clark de Wesley? —preguntó.

—Sí —contesté.

—Tengo que pedirle que se vaya.

—¿Por qué?

—Eso no es asunto suyo. Váyase.

Me paré frente al teléfono; le miré y él se quedó allí, mirando a un lado y a otro. Su voz era firme y me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Le importa que hable antes por teléfono? —pregunté.

—Adelante —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero no tarde mucho.

La llamada era de Caroline Adams.

—Acabo de recibir su carta —dijo—. ¿Se encuentra bien?

—Muy bien. Me acaban de echar de otro hotel. \

—¡Oh, no!

—No importa. Y usted, ¿qué tal está?

—No sé, no he dormido bien.

—¿Sabe algo del señor Parrish?

—No.

—He hablado antes con Peter Davidian.

—¿Fue hasta la cárcel?

—Sí. No he tardado mucho. Ha sido muy interesante.

—¿Qué ha pasado?

—Tardaría mucho en explicárselo ahora. ¿Está ya levantada del todo?

—Sí, claro.

—¿Le apetece desayunar?

—Bueno...

—Venga con el coche hasta aquí y luego iremos a algún sitio. Yo no quiero ir al pueblo porque no estoy muy bien visto por allí y no quiero que usted se vea afectada por ello.

—De acuerdo. ¿Como en media hora?

—La espero.

Cuando colgué el teléfono, el empleado estaba mirando fuera de la habitación.

—Ya me voy —dije—, no tenga miedo.

Hice de nuevo las maletas, cerciorándome de que el informe del caso Davidian estaba intacto. El informe estaba sin tocar, lo cual no tenía nada de extraño: a Parrish no le interesaba el informe. Ya lo conocía. Lo único que quería era librarse de mí.

Estuve haciendo tiempo durante quince minutos y luego salí de mi habitación y metí las maletas en el coche. Pasé por la oficina para dejar la llave y, tal como me había imaginado, el empleado no estaba a la vista.

A unos cien metros en dirección a la capital del distrito, había un bosquecillo.

Dejé el hotel, fui hacia allí con el coche, cambié de sentido y paré el coche entre los árboles, en un lugar desde el que podía observar la entrada del motel.

Después de que hubieran pasado unos cinco o seis minutos, un sedán Chevrolet verde tomó el desvío hacia el motel, se paró y de él salieron dos tipos, uno grande y el otro pequeño y enclenque. El grande era Tony Bledsoe. Me pregunté qué tal le sentaría al pequeño que le sacaran de la cama un domingo por la mañana temprano para ir a hacer recados al jefe.

Los dos entraron en la oficina. Me dio tiempo de contar hasta tres, luego salieron, volvieron a subir al coche y se alejaron en dirección a Wesley.

Misión cumplida, pensé. Debe haber leído muchos libros.

Me senté en el coche a esperar a Caroline Adams.

Tuve que esperar un buen rato. Eran más de las nueve y media cuando la vi acercarse, ni muy de prisa ni muy despacio. Dudó al llegar a la desviación del motel y entonces yo salí del bosquecillo, me dirigí hacia donde estaba su coche y paré al otro lado de la carretera.

—Buenos días —dijo.

—Hola, ¿sabe dónde podríamos desayunar?

—Creo que hay un sitio que está abierto hoy, tardaremos un poco.

—La sigo. No vaya muy de prisa.

Ella sonrió, algo forzadamente, y se puso en camino. Yo hice un cambio de sentido en la autovía y la seguí.

En las inmediaciones de la capital, antes de llegar, había una cafetería. Caroline Adams se desvió hacia ese lugar, aparcó y yo dejé el coche junto al suyo. Mientras la seguía, me había dado cuenta del hambre que tenía. Ahora que lo pensaba, no había comido nada desde la cena de la noche anterior. No había dormido mucho y tenía los músculos del cuello y de la espalda tensos como cuerdas de guitarra. Además, estaba nerviosa. Alguien cerró la puerta de un coche con un portazo y casi di un salto mientras abría la puerta a la señorita Adams y la ayudaba a salir.

El ambiente del interior era cálido y agradable. Encontramos una mesa libre junto a la ventana. La luz del sol caía sobre la hoja del menú, escrito a máquina.

—Bueno —dijo—, ¿y ahora qué? Nunca había visto echar a alguien de un hotel. Debo decir que se lo tomó usted con mucha sangre fría.

—Era sólo fachada —dije—, no estaba nada tranquilo en mi interior.

—¿Y quién lo está?

Nos tomaron nota, nos sirvieron algo de café y cuando bebimos

unos sorbos empezamos a hablar.

—Me ha dicho que ha estado hablando con Peter —dijo—. ¿Qué le ha contado?

—Muchas cosas. Ha sido muy interesante.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó mientras jugueteaba con el asa de la taza de café.

—Primero, voy a desayunar bien y luego voy a intentar encontrar otro sitio donde dejar mis cosas y donde poder ser localizado. Después voy a ir de caza.

—¿Qué va a cazar? ¿Qué tipo de caza?

—Caza de asesinos. Voy a cazar a la persona que mató a Esther Parrish.

Estaba bastante tranquila. No pareció sorprenderse, pero tampoco se encogió de hombros. Me escuchaba atentamente.

—Peter no lo hizo —dije—. Estoy totalmente seguro de ello.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿No puede usted decirles simplemente que él no lo hizo, explicarles cómo lo sabe usted y que ellos empiecen a buscar a quien lo hizo de verdad?

La camarera vino con dos platos de huevos con panceta, bollos y todo eso y esperamos a que terminara de servirnos.

—Eso no resultaría —contesté—. Si hubiera más tiempo, tal vez. Pero sólo tenemos hasta las ocho en punto de mañana por la mañana.

Hizo una mueca de dolor, cerró los ojos y los volvió a abrir lentamente.

—¿Quién lo hizo? —preguntó.

Tenía la boca llena de huevos revueltos y tuve que pedirle disculpas con gestos. Ella esperó y cuando terminé de tragar le contesté:

—Aunque lo supiera con seguridad y tuviera al culpable al alcance de la mano, no se lo diría. Saber una cosa así es una gran responsabilidad.

—Me parece que está usted jugando conmigo —dijo con un gesto de impaciencia—. No lo entiendo. Termine su desayuno.

—De acuerdo.

No volví a decir nada hasta que terminamos de comer e íbamos por la tercera taza de café. Ella tampoco dijo nada. Luego, después de hacer algunos gestos melindrosos con la servilleta, retocarse la

pintura de los labios y hacer por debajo de la mesa algo que me pareció como subirse las medias, se inclinó hacia delante con, ambos puños apoyados en el borde de la mesa y exclamó:

—¡Muy bien! Soy una maestra, no un detective. Llevo tres años viviendo en el pueblo. Conozco a toda la gente de aquí. El asesino de Esther era un ser horrible, asqueroso, terrible, perverso. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué esperaba?

Por fin estaba convencida. Sonreí mientras ella permanecía allí, apoyada en el borde de la mesa, esperando.

—Ahora está usted hablando con franqueza —dije—. Creo que no sé realmente qué es lo que quiero, y usted me ha ayudado mucho más de lo que yo tenía derecho a esperar. Y se lo agradezco. Lo que tengo que hacer ahora es hablar en serio, directamente, con Mary Carpenter, Chris Duval, el jefe de Policía del pueblo y quizá con algunos más, si es posible. Tengo que lograr hacerlo tranquilamente para que no se arme un gran revuelo, que podría desviarme del objetivo principal. Porque la única forma en que puedo conseguir salvar la vida de Peter Davidian es sacando a la luz al verdadero culpable. Usted puede ayudarme. Pero comprendo su situación y no se lo puedo pedir.

Me miró con una expresión que no pude entender. Cuando iba a dejar de intentarlo, levantó suavemente de la mesa la mano derecha y, muy elegantemente, me dio una bofetada. Me pareció que en el restaurante se le cayó a alguien un cuchillo, una cuchara o un tenedor.

—Se lo ha buscado —dijo—. Ahora, adelante y dígame claramente lo que quiere que haga.

Tuve que resistir la tentación de frotarme la cara.

No le pasará nada, pensé.

—Cuando salgamos de aquí —le dije—, yo iré a buscar a Chris Duval. Con un poco de suerte, lo encontraré en su casa. Mientras yo hago eso, usted me puede ir preparando a Mary Carpenter. La mejor forma de hablar con ella sería fuera de su casa, quizá en un sitio como este. ¿Está abierto «El Claro» los domingos?

—Me enteraré —dijo.

—¿Dónde puedo localizarla?

—En el hotel.

—Bien. Ahora déjeme que la ponga un poco en antecedentes.

—Sí, por favor —dijo ella—. Y sea claro para que lo entienda.

—Peter no está loco —empecé—. Y estoy seguro de que tampoco lo estaba el día fatídico. Pero sí está muy confuso. No hace falta ser psicólogo para saber que la memoria juega a veces malas pasadas, y más cuando se está sometido a una fuerte tensión. A Peter Davidian la memoria le ha jugado una mala pasada. Para empezar, porque la gente se empeñaba en decirle que él había matado a Esther Parrish hasta que finalmente él también llegó a creérselo. Para hacer esto tuvo que reconstruir los hechos de manera que él pudiera haberlo hecho. Y eso es lo que hizo. Tuvo mucho tiempo para pensar en esto y elaboró diferentes historias, hasta que por fin le salió una casi perfecta. Me la ha contado antes y tengo que confesar que estaba muy bien inventada. Lo único que falla es que hay un par de cosas, entre las que él dice que hizo, que no pudo realmente hacer. Yo ya sabía eso, por lo que había averiguado. Los errores cronológicos, en la secuencia temporal de los hechos, son una de las peores bromas que la memoria gasta a la gente. Peter tuvo que esforzarse mucho para ajustarse a la secuencia de los hechos. Pero seguía habiendo huecos. Y los rellenó por fin con ,1o que

él imaginó que debía haber hecho. Lo más curioso es que la gente que más se estaba esforzando por salvarle, era la que le animaba a seguir adelante con la invención. Y cuanto más perfecta se hacía la historia, más les gustaba.

Me paré. Ella tenía la barbilla apoyada en las dos manos y los ojos fijos en mi boca.

—¿He sido lo bastante claro? —pregunté.

—Me parece que sí. Le creo.

—Me alegro. Entonces será mejor que empecemos. Si puede prepararme a Mary Carpenter para que pueda hablar con ella, me buscaré una habitación donde sea e intentaré conseguir que Chris Duval abra la boca. La llamaré al hotel, ¿de acuerdo?

—Sí, muy bien.

Dejé el dinero de la cuenta y nos levantamos de la mesa. La cogí del brazo cuando llegamos a la puerta.

—Esto es muy arriesgado para usted —dije—. Deme otra bofetada si cree que me lo merezco, pero quiero estar seguro de que no se siente forzada, de que quiere hacerlo realmente.

—Me siento perfectamente —dijo, mirándome fijamente a los

ojos.

Asentí con la cabeza y la ayudé a meterse en el coche.

—Le tomo la palabra. La llamaré.

No dijo nada; estaba muy ocupada en poner el coche en marcha y salir del aparcamiento.

Aguante, pensé. Aguante firmemente. El asunto se puede poner feo.

En el centro de la capital del distrito había un hotel bastante grande. Deduje que la influencia de Jack Parrish no llegaba hasta allí, porque enseguida me dieron una habitación, no mucho más nueva que la del hotel Clark de Wesley, pero sí más grande y con teléfono y baño. Para comprobar si el teléfono funcionaba, hice una llamada a Sam Birch, que se puso en seguida al aparato. Tenía la voz ronca por la falta de sueño y parecía muy nervioso.

—Deberías estar más en contacto conmigo —dijo—. No he sabido nada de ti desde que Prentiss me llamó a las cuatro de la mañana. ¿Qué pasa? Me han dicho que lo vas a soltar.

—No exactamente. No he querido decir tanto. No puedo entrar en detalles ahora, pero sigo con el caso. Quería asegurarme de que te podía localizar.

—Será a las ocho de la mañana —dijo—, a menos que descubras algo. Me han denegado un aplazamiento todos los jueces de Washington. No queda dónde recurrir.

—Ya sé a qué hora será —repliqué—. Podías intentar una cosa..., habla con ese alcaide, O'Brien, y dile que estamos a punto de conseguir algo; pídele que intente buscar alguna excusa para aplazar un poco la ejecución, eso sería muy amable de su parte. No puedo hacerlo, pero quizá lo haga si le convences.

—Lo intentaré, pero no creo que pueda conseguirlo.

—Bien. ¿Qué necesitas tener para hablar con el gobernador, concretamente?

—Sólo necesito poder decir: «Tenemos nuevas pruebas seguras en el caso Davidian.» Si luego resulta que es mentira, me juzgarán unas horas después y luego puede que me retiren la licencia..., y ya está.

—Muy bien —dije—, eres un abogado demasiado bueno como

para que te retiren la licencia. Te llamaré. ¿Cómo puedo localizarte en cualquier momento?

Me dio otro número de teléfono, que anoté inmediatamente.

—El servicio de recogida de llamadas tendrá esa línea abierta para mí.

—Bueno —le dije yo—, ahora todo lo que tienes que hacer es tumbarte un rato, ver la televisión, leer el periódico, dormir un poco y, si piensas en esto, cruzar los dedos.

—Si pienso en esto... Adiós, Mac.

Cuando salí del hotel eran las once en punto. A unos dos kilómetros de la ciudad me paré en la carretera. Tal y como están las cosas, pensé, no sería prudente pasearse por allí con este coche tan conocido. Así que hice un cambio de sentido, volví a la ciudad y encontré el sitio donde Prentiss había alquilado su coche la noche anterior. Alquilé un ejemplar nuevo, modelo Detroit, y esperé hasta que retiraron mi coche de la vista. Entonces me puse en marcha otra vez y me dirigí hacia el extremo del pueblo, a la choza de color marrón grisáceo en la que vivía Chris Duval.

Pensé que arreglaba el hotel y las tiendas mejor que su propia casa. Un pequeño patio que había delante de la casa estaba cubierto de maleza y la valla marrón de madera que lo rodeaba casi no se podía ver a causa de las secas y enmarañadas plantas trepadoras. La puerta de delante casi se tambaleó cuando llamé con los nudillos. No me contestó nadie, llamé otra vez en vano y después seguí un sucio caminillo que llevaba a la parte posterior de la casa. Chris, desnudo de cintura para arriba, estaba sacando agua con una bomba debajo de un alero desvencijado, en la parte de fuera de la cocina. Saltó como un conejo al ver mi sombra.

—Tranquilo Chris, sólo soy yo —le dije—. ¿Qué tal estás?

No me contestó. Parecía muy ocupado con su recipiente lleno de agua de la que derramó un poco, se metió en la cocina para dejarlo, volvió a salir y se me quedó mirando desde la puerta.

—Estaba pensando en lo que me dijiste sobre el día en que asesinaron a Esther Parrish —dije.

Como recordase que no me había dicho nada, estaba perdido. Pero él no podía estar seguro de este tipo de cosas. Recordaba los hechos externos, pero los internos se le escapaban.

—Asesinaron a Esther Parrish —dijo—. Era muy guapa. Fue una

lástima.

—Sí, lo fue. Tú estabas trabajando esa noche cuando la encontraron. Estabas trabajando en el hotel, ¿no?

—Sí, estaba allí, limpiando. Ellos hablaban de hacer un grupo de búsqueda, el señor Parrish lo formó.

—Pero tú estabas trabajando en el vestíbulo del hotel.

—En el vestíbulo —dijo—, había mucha gente allí. Me acuerdo de ellos. Sam Wright hablaba con Jess. George Medford, en un rincón, hablaba con Bud White, el viejo Bud, eso es, tiene... sesenta y ocho años, nació un siete de abril.

Noté un sudor frío en las manos.

—Sí —continué yo—. ¿Y había más gente?

—Claro, mucha. Frank Judson estaba sentado leyendo el periódico como si no pasara nada. Tony Bledsoe dijo que había llegado demasiado tarde para ir con el grupo, estaba muy preocupado por eso...

Me miró con sus ojitos brillantes y luego volvió a entrar en la cocina y desapareció. Yo me quedé esperando, abriendo y cerrando los puños. Cuando salió de nuevo tenía puesta una camisa.

—Ahora tiene que irse —me dijo—. Tengo que ir a trabajar.

—Bien. ¿Quieres que te lleve en coche al centro?

—No, no. Siempre voy andando.

Salió disparado de la cocina, me esquivó cuidadosamente y siguió por el sucio camino hacia la parte de delante. Iba hablando solo.

—Esther Parrish, una chica muy guapa, fue una lástima.

Ya sabía todo lo que recordaba de aquel día. Quizá fuera suficiente.

La calle principal, en el tramo que iba del hotel al ayuntamiento, recordaba a una ciudad fantasma. No se veía a nadie ni había coches aparcados junto a las aceras. Oí el ruido de un pequeño camión descubierto, conducido por un hombre con ropas de trabajo, que me adelantó al doblar una esquina; aparqué a la sombra de un árbol y salí del coche con el acompañamiento musical de las campanas de la iglesia. Subiendo por la calle, en la manzana contigua al hotel había una gasolinera. Caminé hacia ella sin prisas,

pasando sucesivamente del calor del pleno sol al fresco de la sombra y del fresco al calor.

En el exterior de la gasolinera había una cabina de teléfono. Puse una moneda y marqué el número del hotel. Se puso el viejo Jess. Pregunté por la señorita Adams.

—No sé si está —dijo.

—¿Y no puede enterarse?

—Creo que sí. ¿De parte de quién?

—De un amigo de fuera del pueblo —dije.

—Espere, no cuelgue.

Esperé un tiempo que, en mi estado, me pareció una hora o así, hasta que por fin pude oír la voz de ella.

—Soy yo —dije.

—Mire, todavía no he podido hablar con Mary. Ha ido a la iglesia con su madre. Tendré que seguir intentándolo.

—Muy bien.

—¿Qué tal va?

—Por ahora bien, pero el reloj me pone nervioso. Tengo que tomar muchas decisiones. ¿Ha visto a Jack Parrish?

—No. Me ha llamado antes, cuando he salido a desayunar, ya sabe. Yo no le he vuelto a llamar.

—Quizá debería hacerlo.

—¿Dónde está usted?

—En su calle, un poco más arriba. No quiero que me vean mucho por ahí hasta que tenga los cabos atados, no sea que me interrumpan en mitad del trabajo.

—¿Dónde piensa ir?

—No lo sé. Daré una vuelta. La llamaré dentro de unos veinte minutos.

—De acuerdo. Estaré en el vestíbulo. Así puede que sea más fácil.

—Lo que quiera. Adiós, por ahora.

—Sí.

Colgué el teléfono y salí de la cabina.

En el cuarto del interior de la gasolinera, el empleado estaba apoyado en los codos sobre una mesa llena de porquerías, leyendo el periódico del domingo. Le dejé que lo disfrutase.

En el camino de vuelta hacia donde había dejado el coche,

empecé a cruzar la calle en mitad de la manzana, en diagonal. Caminaba lentamente, sin ganas de volver a meterme en el coche. Hacía un día muy agradable. Al fondo de la calle los árboles formaban una fila perfecta.

Eran árboles viejos, bien desarrollados, altos y frondosos, y proyectaban su sombra sobre la acera. No pasaban coches que interrumpieran el ligero pestañeo de las sombras. Más cerca de donde me encontraba yo, en el cruce de las dos calles más importantes del pueblo, no había árboles, sólo se veía el brillante reflejo del sol, claro y sin sombras.

Entonces, de repente, insospechadamente, vi una sombra, un bulto que salió intencionadamente de no sé dónde hasta el centro justo del cruce, bajo el semáforo que estaba inútilmente intermitente. Era un hombre, no una sombra. Se trataba de Jack Parrish, que llevaba unos pantalones anchos y una camisa de faena, además de una escopeta de cañón largo, muy potente, bajo el brazo. Se detuvo en mitad del cruce y yo me paré en el centro de la calle por la que iba, a unos cincuenta metros de él.

Al principio no pude reaccionar, no me parecía que aquello fuera real, que estuviese pasando de verdad, me parecía un sueño. Creí que estaba soñando, que una situación así no se daba en el siglo XX, que aquellos tiempos habían pasado ya.

Si de verdad estaba viendo lo que creía ver en cualquier momento se oiría una sirena y un par de policías bien adiestrados se echarían encima del loco ese que estaba en mitad de la vía pública.

Pero no se oyó ninguna sirena y los dos permanecíamos allí; nos conocíamos, no había duda..., se había convertido ya en algo real. No había ningún motivo lógico para que no fuera real. Lo que ocurría era que se trataba del tipo de escena que parece no darse nunca en la realidad. Pero no tiene nada de absurdo, pensé.

La tranquilidad era insoportable. En alguna parte, lejos de nosotros, se oían ruidos, voces apagadas, coches que se ponían en marcha, que frenaban. Atrás, en el pueblo, había iglesias, y la gente estaría entrando y saliendo de ellas. A nadie se le ocurría bajar al centro el domingo a primera hora de la tarde, con las tiendas y todo cerrado.

Parrish permanecía allí de pie, con el rifle bajo el brazo.

—Tenga cuidado con eso —le dije sin levantar la voz.

El no me contestó. Avanzó un par de pasos, levantó la escopeta y me apuntó con ella. No es que pudiera asegurar con los ojos cerrados lo que iba a pasar, pero hay presentimientos, buenos y malos, que uno tiene y otros que no se atreve a tener.

Se me ocurrió pensar que tal y como estaban las cosas en ese pueblo durante los últimos meses, Jack Parrish podría darme un golpe por las buenas y marcharse tan tranquilo, sin que nadie le dijese nada. Casi al mismo tiempo pensé que el reloj no se había parado y que no podía quedarme allí esperando a ver qué pasaba. Lo que tenía que hacer era librarme de esa escopeta, meterme en el coche y pensar en lo demás mientras me alejaba de allí.

Era extraño, pero no sentía miedo. Muchas veces había sentido miedo delante de un arma cargada en manos de un desconocido, pero ahora, quizá porque no podía terminar de creerme que él la usara de verdad, o quizá porque estaba totalmente desconcertado por la escena, no podía tener miedo. Y fue una lástima, porque si hubiera tenido más miedo habría estado más alerta y todo se hubiera desarrollado de una forma mucho más agradable.

El coche que había alquilado estaba aparcado a unos diez metros de donde estábamos nosotros, a mi izquierda. Intenté recordar si lo había cerrado; me parecía que no, pero no estaba seguro. Metí la mano en el bolsillo; Parrish permanecía allí de pie con el rifle, como una estatua. Agarré las llavecitas en el puño y me moví hacia delante, me agaché y luego me eché al suelo y empecé a rodar, impulsándome con las manos, hasta llegar al coche. Parrish no disparó. Fui rodando hasta la sombra y cuando llegué a la altura de la rueda delantera izquierda, me puse de rodillas tras el parachoques.

Parrish había desaparecido. Esperé para cerciorarme de que ya no estaba allí debajo del semáforo, luego me puse de pie, algo encorvado por el dolor y los nervios, junto a la puerta, en el lado del bordillo. Dos hombres que estaban en cuclillas se incorporaron para saludarme. Uno era Tony Bledsoe, y el otro era el mecánico larguirucho llamado Bud. Bud Carney, según me había dicho alguien.

Empecé a caminar hacia atrás y apareció un tercero detrás de

mí, a la izquierda. Puede que hubiera salido de un callejón que había cerca. Me dio una patada en la corva izquierda y caí de lado contra una valla. Cuando intenté incorporarme,

Tony Bledsoe, el más grande, me echó las manos al cuello por detrás y tiró hacia arriba mientras el otro me abría el puño para quitarme las llaves del coche.

—Coge las llaves y vámonos —ordenó Bledsoe.

Continuó apretándome el cuello mientras otro abría la puerta trasera del coche.

Luego me dio un puntapié en la rabadilla y medio a rastras me metieron por la puerta abierta. El tercero, que resultó ser otro mecánico, se acercó a nosotros, haciendo un movimiento extraño.

Era una de esas veces en que no se puede luchar porque no se puede reaccionar.

No podía hacer uso de los pies ni las rodillas. Las manos y los brazos no me servían para nada porque no había nada que pudiera agarrar. La presión sobre el cuello y la espalda me tenía inutilizado. Lo único que quería era impedir que me rompieran las vértebras.

—Conduce tú —dijo Bledsoe, mientras yo miraba al interior del coche por la puerta abierta—. Entra —ordenó.

El más pequeño entró en el coche de un salto y se metió hasta el otro lado.

—Ahora usted —dijo Bledsoe.

Me tiró del cuello hasta que me pudo doblar para meterme en el coche. Luego, dándome otra patada en la rabadilla me empujó hacia delante. Colaboré con él por miedo a que me pillara los pies con la puerta. Sentí cómo soltaban el freno cuando se sentó Bledsoe, luego oí un portazo y el coche se puso en marcha suavemente. Me alegré de haber alquilado un coche grande. El trayecto podía haber sido aún más incómodo.

Ya fue bastante incómodo. Me había hecho mucho daño en la cabeza al rodar sobre el pavimento y me resentía de todos los golpes recibidos. Me había torcido el cuello y me dolía la garganta. Tenía un ojo casi cerrado, de un golpe que no recordaba. Estaba tumbado sin moverme, con los pies y la cabeza encogidos, un poco levantado sobre la ligera prominencia que separaba el asiento de atrás. Menos mal que el coche tenía moqueta. Tardé mucho en volver a respirar con regularidad. Cuando me moví un poco, para

probar, Bledsoe me puso el pie en la cadera.

—Túmbese y no se ponga nervioso —dijo.

Íbamos de prisa aunque no excesivamente y supuse que ya habíamos salido del pueblo. Me llegaba un olor a heno y a hierba fresca, un perfume agradable, del que no podía disfrutar bien en esas circunstancias. Me sentía herido en ese rincón de la mente donde más duele: había subestimado la influencia de Parrish y el primitivo saber hacer de Bledsoe, que era un aficionado, pero de los buenos, con mucha fuerza. Había sido una tontería por mi parte ir al centro a llamar a Caroline Adams. Lo podía haber hecho desde un sitio más alejado. No había contado con Parrish y, como consecuencia, si no me equivocaba, iba a estar retirado de la circulación en algún lugar hasta pasadas las ocho de la mañana del lunes; eso era lo único que les importaba.

«Espero que sueñes con algo agradable, Peter —pensé—. Es todo lo que te queda.»

No era posible que me hubieran hecho a mí una cosa así. Pero me la habían hecho. Apoyé la mejilla en la moqueta del coche y me abandoné al ruido del motor. Sentía que el dolor se me retorcía dentro como una serpiente a punto de morir.

13

Giramos a la izquierda, no muy de prisa, y luego de nuevo a la izquierda, unos segundos después, esta vez muy bruscamente. Me di con la cabeza contra la puerta. Afortunadamente, como era un coche caro, estaba guateada, pero eso no era mucho consuelo para mi cuello torcido. El terreno ya no era liso, sino abrupto e irregular, como si nos hubiéramos salido de la carretera.

Pero este tramo no duró mucho. El coche se paró y Bledsoe se restregó los pies sobre mí. Abrió la puerta del coche y al salir me dio una patada en la rótula. Cuando el mecánico pequeño abrió su puerta echó la cabeza de repente hacia atrás. Me dio otra patada en la clavícula, pero como tenía los pies más pequeños no me hizo tanto daño.

La puerta que estaba a mis pies se cerró con un fuerte portazo y un momento después vi la cara de Bledsoe inclinada sobre mí.

—Vamos, salga —dijo.

El motor estaba todavía en marcha. Miré hacia arriba y vi a Bud, el alto, en el asiento de delante, con el cuello torcido para mirar hacia atrás y hacia abajo. No podía verle los ojos.

Me puse de rodillas, me apoyé con una mano en el asiento de atrás y me di impulso para salir a medias del coche.

—Ya voy —dije—. ¿Puedo decir algo?

—Si se mueve a la vez... —contestó Bledsoe.

Hablé alto para que el tal Bud pudiera oírme:

—Están haciendo un esfuerzo inútil. He hablado con el abogado de Davidian esta mañana. Ha abandonado el caso. El gobernador ha desestimado la última apelación. El alcaide le ha dicho a Davidian que no le queda ninguna esperanza.

Bledsoe volvió la cara, llena de señales, hacia Bud. Echó un

vistazo al gran reloj de pulsera que rodeaba su velluda muñeca.

—Eso está muy bien —comentó—. Ya no hay que preocuparse por nada. Nos sentaremos por aquí y pasaremos un largo y apacible domingo. Ya puede salir.

Me incorporé un poco más, saqué un pie y apoyándome en él saqué el otro. Bledsoe me alejó del coche con un empujón y luego cerró la puerta de un portazo. El pequeño estaba de pie a medio metro de mí. Hubiera intentado algo contra ellos dos pero no estaba seguro de la reacción de Bud, y con los tres en contra de mí no tendría ninguna posibilidad. Quizá con el tiempo se presentara una ocasión.

Con el tiempo, pensé. Mucho tiempo.

—Saca el coche de ahí —le ordenaba Bledsoe a Bud—. Ya sabes dónde está el mío. Infórmale y luego tráete algo de café y unos sandwiches. Y también cerveza. Puede que nos apetezca. Va a ser una larga espera.

—De acuerdo —dijo Bud.

Lancé otro ataque verbal.

—Esto es un secuestro —dije—. Es un delito muy mal considerado.

—Sí —replicó Bledsoe—. Espera, Bud. Usted, dese la vuelta.

—¿Yo? —pregunté.

—Vamos.

El pequeño se movía con mucho nerviosismo. Me di la vuelta y me puse de cara al coche. Bledsoe me dio un empujón en la espalda que me hizo dar con la nariz contra el duro techo del coche. Del viejo granero llegaba un polvoriento olor a semillas secas y un ligero olor a podrido. Bledsoe me agarró las muñecas y tiró hacia atrás. Oí el ruido metálico y sentí el frío contacto del acero mientras me ponía las esposas.

—Ten cuidado, no pierdas las llaves —dijo el pequeño con una risita.

Fueron las primeras palabras que salieron de su boca. Me preguntaba cómo se sentiría en su interior.

Bledsoe dio un tirón de las esposas y me levantó del coche.

—Ya te puedes ir —le dijo a Bud.

Bud puso el motor en marcha. Dio la vuelta al granero, enderezó y pasó por delanté de nosotros, levantando una nube de polvo, en

dirección al camino que salía a la carretera. Bledsoe me dio un codazo en el hombro y me hizo volverme.

—Al granero —dijo—, fuera del sol.

Me puse a andar, sintiendo cómo me apretaban las esposas, hacia el granero abandonado donde Esther Parrish había sido asesinada. Pero no pensaba en Esther Parrish. Pensaba en Caroline Adams, que estaría sentada por el vestíbulo esperando mi llamada, intentando arreglarme una entrevista con Mary Carpenter, esperando, esperando...

Si hubiera podido hablar con Mary Carpenter, sólo con ella, antes, habría una posibilidad. Pero sin ella, nada.

Dentro del granero el olor a ratas se mezclaba con la fragancia del heno y del estiércol. Tosí. El pequeño empezó otra vez con la risita, pero dejó de reírse bruscamente. Al principio estaba oscuro, pero podía adivinar los contornos de los objetos: la tarima elevada a lo largo del establo para el ganado, la viga del techo de la que habían colgado a Esther Parrish boca abajo, y el grueso pilar que sujetaba la viga, metido en la tarima.

—Siéntese —ordenó Bledsoe.

Me empujó hacia la tarima y me paré en el poste. Me di la vuelta y me senté en el borde, encogido de hombros, intentando acomodarme a la insólita postura.

—Ahora, tranquilo —dijo Bledsoe—. No tiene nada que hacer más que sentarse. Cuando Bud vuelva con los sandwiches podrá tomar algo.

No dije nada. Me quedé allí sentado, sentí que el tiempo pasaba como un río, tocando el suelo apenas con los pies y a veces lentamente, a veces de prisa como unos rápidos, como las cataratas del Niágara. Pero seguía pasando, porque eso es lo que hace el tiempo, ahora y siempre...

Estaba intentando averiguar qué hora sería cuando volvió Bud con las provisiones. Como no tenía nada para comprobar la hora, lo único que podía hacer era tratar de sentir el tiempo, de intuirlo. Pero el tiempo no se puede sentir. No permanece lo suficiente. Parecía que llevábamos horas esperando, pero no podía ser. Bledsoe y el pequeño habían encontrado un poco de heno viejo y se habían

hecho un par de jergones en el suelo del granero. Bledsoe había sacado un paquete de cartas y se habían pasado casi todo el tiempo jugando al pinacle. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie jugar a eso y por lo menos era algo que mirar. De vez en cuando, cambiaba de postura y movía los brazos y las muñecas, para que no se me cortara la circulación. Cada vez que me movía, Bledsoe me miraba hasta que me quedaba quieto de nuevo, y luego volvía al juego. El pequeño seguía riéndose nerviosamente. Me entraron unos deseos irresistibles de darle una patada en la boca, pero estaba demasiado lejos de él.

Si hubiera estado más cerca, creo que se la habría dado.

Oí cómo se paraba el coche y poco después entraba Bud con una gran bolsa de papel bajo el brazo, un termo de unos dos litros de capacidad en una mano y una nevera de camping en la otra.

—¿Dónde demonios te has metido? —le preguntó Bledsoe.

—He estado cogiendo todo esto —contestó Bud—. Sólo son las tres y media.

Bledsoe dio un gruñido, abrió la bolsa de papel y miró en el interior.

—¿Has visto al jefe? —preguntó.

—Sí —respondió Bud.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Bueno, ve a quitar el coche de la vista y vuelve.

Bud salió. Oí el coche unos momentos, luego se hizo el silencio y Bud volvió.

Las tres y media, pensé. Quedan doce horas para que sean otra vez las tres y media. Y luego cuatro horas y media hasta que sean las ocho de la mañana.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Bud.

—Sí —dijo Bledsoe mirándome—. Dale un sandwich.

Bud sacó un sandwich de la bolsa y cuando iba a dármelo se paró.

—¿Cómo se lo va a comer? —dijo.

Bledsoe me miró un poco más, se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave de las esposas. El corazón empezó a latirme alocadamente.

Ahora, pensé.

Bud se acercó a la tarima y dejó el sandwich, que estaba envuelto, en el suelo, junto a mí.

—Espera un momento —dijo Bledsoe—. Tengo entendido que es muy mañoso.

Se puso de pie y miró a su alrededor. Vi cómo se inclinaba, rebuscaba entre la porquería y tiraba de un cordel. Se acercó a la tarima y vi que lo había enrollado doble y fino. Lo probó dos veces, tirando hacia fuera con las manos, sin que se rompiera. Me lo puso alrededor del cuello, hizo un nudo y sentí que hacía algo con el otro extremo de la cuerda en el poste en el que yo me apoyaba. La ajustó, y la cuerdecita se me puso tirante justo encima de la nuez.

—Un nudo corredizo —dijo—, cuanto más tire, más le apretará.

—Ya —dije.

—Bien, quítale las esposas mientras come —ordenó Bledsoe.

Bud se arrodilló y después de jugar un poco con las esposas, las abrió y me soltó la izquierda. Me senté muy tranquilo, sintiendo la cuerdecita al cuello.

—¿Una cerveza? —me ofreció Bud.

—Gracias —contesté.

Fue a la nevera y yo cogí el sandwich y lo desenvolví. Era una hamburguesa bastante grande y tenía de todo. No tenía hambre, pero cuando di un mordisco, me pareció que me reconfortaría un poco. Además era una tontería no comer. La fuerza es siempre mejor que la debilidad. Siempre.

Bud abrió una botella de cerveza y me la acercó. El juego de esposas hacía un sonido musical mientras yo bebía. Era difícil tragar con la cuerda al cuello, pero no imposible. Comía muy despacio y bebía a pequeños sorbos. Antes de que yo fuera por la mitad, Bledsoe ya se había tomado dos sandwiches y dos botellas de cerveza. Pero no había ninguna prisa.

Bud se puso también a jugar a las cartas y cambiaron de juego. Ahora apostaban dinero. El ruido de las monedas al caer al suelo era como un acompañamiento musical al sonido metálico que hacían mis esposas cuando levantaba o bajaba la botella. Antes de terminar la cerveza, se me había quedado caliente y sin presión.

Los tres parecían muy concentrados en el juego. Empecé a bajar la botella para dejarla en el suelo y vi que Bud había dejado la llave en la tarima, fuera de mi alcance, al estar sujeto por la cuerda. Si

me hubiera podido inclinar sólo un poco…

Permanecí sentado donde estaba. Alcé los dedos y los deslicé entre mi cuello y el cordel para aflojar el nudo corredizo. Se aflojaba fácilmente, pero alejándome de la llave y acercándome al poste. Miré a la botella, que sostenía con la mano izquierda, y deslicé los dedos entre el cordel y el poste. Podía romper la cuerda, pero tendría que hacerlo a la primera, al mismo tiempo que rompiera la botella, si es que podía controlar todo hasta ese punto.

Bledsoe me miró de repente, pero yo había apartado la mano de la cuerda, y en seguida volvió al juego. Miré otra vez a la llave. A unos ocho centímetros de donde estaba había una rendija entre las tablas de la tarima. Tenía que deshacerme de la llave.

Me incliné todo lo que daba de sí la cuerda y alcancé la llave con la botella. Me incliné un poco más y sentí cómo se corría el nudo y se me clavaba la cuerda en la garganta. Con la punta del cuello de la botella pude empujar la llave, que se deslizó hasta la hendidura, se movió un poco y desapareció. Bledsoe me miró por encima del codo. Agarré la cuerda por el nudo que la sujetaba al poste y tiré con fuerza mientras él se ponía de pie. Subí y bajé el brazo izquierdo y conseguí romper la cuerda al mismo tiempo que el cuello de la botella. Bledsoe se disponía a abalanzarse sobre mí, y detrás de él Bud había empezado a moverse. Rodé por la tarima y conseguí cerrar del todo las esposas. Ya no podrían volvérmelas a poner.

Me puse de pie cuando Bledsoe subió a la tarima. Le amenacé con la botella rota pero él siguió acercándose y yo perdí el equilibrio. Tenía ya a Bud detrás del hombro izquierdo. Me enderecé y vi a Bledsoe encima de mí. Le quise dar con la botella en la tripa pero chocó con la hebilla del cinturón y se me resbaló. Bud me dio en la nuca y caí entre las rodillas de Bledsoe, quien me enderezó a patadas. Sentí que Bud me sujetaba por detrás y vi el enorme puño de Bledsoe que se me venía encima, pero ya no tenía escapatoria. Alguna vez me han golpeado más fuerte, pero no mucho más. Mientras me desplomaba, permanecí consciente el tiempo suficiente como para oír decir a Bledsoe:

—Cógele y sujétalo…

No pude sentir mucho más. Se me estaba revolviendo el estómago y no podía ver nada. Sentí un tirón de una intensidad

parecida al que da el dentista cuando llega a la raíz y uno está anestesiado. Esto duró sólo un momento y luego ya no sentía nada, nada en absoluto.

Cuando recupere el conocimiento ya era de noche y hacía frío. Me zumbaba muchísimo la cabeza y me dolía como si me la hubieran partido a trozos. Algunos sentidos me funcionaban. Estaba tumbado sobre el hedor de mi propio vómito, y eso me hizo vomitar un poco más. Al intentar retirarme de allí me di cuenta de que me podía mover, aunque no podía ir a ningún sitio. Tenía unos tablones detrás y estaba muy encogido, con tablones en la cabeza y en los pies y cuando abrí los ojos sólo pude ver más tablones. Estuve pensando un tiempo que me pareció muy largo y llegué a la conclusión de que estaba metido en uno de los comederos.

Donde encontraron a Peter aquella maldita noche, pensé. ¿Cuánta vida de Peter tendré que revivir antes de la hora cero?

Moví las manos y comprobé que las tenía bien, aunque una estaba dormida porque yo estaba tumbado sobre ella. Seguía teniendo las esposas en la muñeca izquierda. Me revolví un poco, me apoyé en un hombro, me paré para descansar y luego me volví otro poco. Tenía una luz tenue encima de la cabeza. Me incorporé, apoyándome con los pies contra el extremo del comedero, volví el cuello y miré por la rendija. Podía ver la tarima y más allá el suelo del granero. Una lámpara de gas proyectaba una luz sombría. Bledsoe estaba de pie, bebiendo una cerveza. Junto a él había otro tumbado, durmiendo. No podía ver al tercero.

Un rato después, cuando se me había pasado un poco el mareo del primer intento, me incorporé apoyándome en el codo. Muy pronto pude poner la mano en el fondo del comedero medio desvencijado y conseguí abrir y cerrar el brazo. Podía ver un pasillo estrecho que iba por detrás de los camastros de los animales, cuyas paredes llegaban a la altura del borde del comedero. Pero al final del pasillo no se veía nada más que una pared. El lugar por donde en otro tiempo entraban las vacas debía estar al otro lado. No estaba seguro de poder volver mi contusionada cabeza hacia ese otro lado.

Pero lo intenté. Tuve que estirarme un poco y así me enteré, de

paso, de que no estaba atado a ningún sitio. Si podía mantener mis músculos en funcionamiento, podría moverme. Tardé mucho tiempo, pero conseguí volverme lo bastante como para, haciendo un esfuerzo con el cuello, ver el lado opuesto a la puerta del establo. No había ninguna puerta visible, pero yo sabía que tenía que haber una. Lo que ocurría era que había un montón de basura y trastos viejos que llegaba casi hasta el techo. Calculé que tardaría una hora y media, sin interrupciones, en abrirme camino por ahí.

Habría interrupciones.

Siempre las hay.

Me volví a tumbar, apoyado en los codos. El movimiento me había ayudado, aunque sólo fuera a confirmar que existía una oportunidad. No se me ocurría cómo podría aprovecharla, pero era agradable saber que existía. Me concentré en lo agradable que era saberlo, intentando no pensar en qué hora sería. Me sentí desfallecer, bajé los hombros y me esforcé desesperadamente por mantenerme consciente. Oí ruido en el granero, me incorporé un poco para mirar por la rendija y vi que Bledsoe estaba de rodillas, cogiendo algo, con una linterna en una mano.

Se puso de pie. Vi cómo se acercaba, se subía a la tarima y venía hacia donde estaba yo.

Como lo vio venir Peter esa noche, pensé.

O como Peter había dicho que lo vio venir.

Me tumbé otra vez con los ojos cerrados, con las manos caídas sobre los muslos levantados. Sus pisadas resonaron en las tablas y la luz de su linterna iluminó el comedero, y luego me pasó por la cara. Por debajo de las pestañas casi cerradas pude ver a Bledsoe, fuerte y grueso, apoyando sus antebrazos desnudos en el borde del comedero. Vi la correa de su reloj, el brillo de su cara, pero no pude ver qué hora era. Me volvió a pasar la luz por la cara; era mi última oportunidad. No habría otra o, por lo menos, otra más fácil.

La mano con la que sujetaba la linterna estaba más metida en el comedero que la otra, más cerca de mí. Le agarré la muñeca con las dos manos y cuando él se retiró por un acto reflejo yo tiré de ella hacia abajo con fuerza. Dio un grito cuando se le rompió el codo con el madero que había sobre mí. La linterna me cayó encima. Le tiré del brazo y le golpeé en la cabeza con la linterna, que debía ser muy buena, porque no se estropeó. Todavía intentaba luchar, quería

pegarme con la mano buena, mientras gemía de dolor. Me puse de rodillas, le di otro golpe en la cabeza y se desplomó contra el comedero. Cuando salí por el borde a la tarima el pequeño se estaba levantando, aún medio dormido, para ver qué pasaba. Le iluminé la cara con la linterna y se detuvo instantáneamente.

—¿Dónde esté Bud?— pregunté.

—No está aquí. Ha vuelto al pueblo.

—¿Quiere luchar para retenerme? —dije.

—Yo... no. Yo no tengo nada contra usted, no lo he tenido nunca. El jefe dijo que...

—Muy bien. ¿Hay un coche por aquí?

—No. Se lo ha llevado Bud.

La cabeza me pesaba muchísimo, y seguía con los ojos tan hinchados que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantenerlos abiertos.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—No lo sé.

—Vaya a mirar el reloj de Bledsoe.

Me esquivó con cuidado, vigilándome. Yo seguí sus movimientos y observé cómo se inclinaba, buscaba la muñeca de Bledsoe y miraba el reloj. Bledsoe se quejaba mucho.

—Parece que tiene el brazo roto —dijo el mecánico.

—Eso espero. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

Las cuatro y media de la mañana. ¿Cómo había podido pegarme tan fuerte como para hacerme estar inconsciente tanto tiempo?, me pregunté.

La respuesta era fácil. Probablemente, yo habría recuperado el conocimiento de vez en cuando y él me había golpeado cada vez que me despertaba. Quizá ocho o nueve veces. Por eso me dolía la cabeza tanto.

No sabía qué hacer con el pequeñajo.

Nada, pensé. No hay tiempo ahora de eso. No hagas nada. Déjalo aquí. No puede ir muy lejos.

—¿Qué distancia hay de aquí al pueblo campo a través? —pregunté.

—Unos cinco kilómetros en línea recta. Tiene que saltar algunas vallas.

Cinco kilómetros campo a través, saltando vallas, una excursión de cuarenta y cinco minutos, pensé. Llegaré a eso de las cinco y cuarto de la mañana y tengo que localizar a Caroline Adams y a Mary Carpenter. Si voy andando hasta la granja de los Sampson por la carretera y uso su teléfono...

—¿Tiene Fred Sampson teléfono en su casa? —le pregunté.

—No, no tiene. Intenté llamarle para una cosa del tractor. No tiene.

—¿Sabe cuál es la granja más cercana que tenga teléfono?

—No. Algunas tienen teléfono, pero no sé cuáles, lo tendría que mirar...

De todas formas, era una idea estúpida. Con el aspecto y el olor que llevaba, y con las esposas colgando de una muñeca, nadie en su sano juicio me dejaría entrar en su casa, eso contando con que pudiera despertarle.

Enfoqué a Bledsoe, que estaba tumbado muy escogido, sujetándose el brazo con cuidado, moviendo los ojos de vez en cuando sin mirar a nada.

—Bledsoe —dije—, quédese aquí echado y no mueva el brazo. Buscaré un doctor y se lo mandaré para que le cure, eso después de que haga unos recados que tengo que hacer.

No me contestó. Ni yo esperaba que lo hiciera. Caminé por la tarima, bajé al suelo y me encaminé hacia la puerta del granero, que estaba abierta. El pequeño me seguía casi corriendo.

—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó.

—Me importa un rábano lo que haga. Quédese aquí y haga compañía a Bledsoe —contesté, iluminándole con la linterna.

Seguí mi camino hacia la puerta y él me siguió trotando.

—Mire, yo no quiero tener nada que ver con esto, el secuestro y demás. Yo sólo...

Me paré en seco, levanté la linterna y él retrocedió, asustado, unos pasos.

—Quédese aquí —le repetí—. Le puede dar un poco de cerveza a Bledsoe si tiene sed.

—Sí, de acuerdo —dijo.

Salí del granero, di vuelta a una esquina y empecé a caminar en

dirección al pueblo. No había andado mucho cuando me encontré una valla. Tiré la linterna al otro lado y empecé a subirla. Estaba demasiado estropeada para resistir mi peso, así que di una patada al poste carcomido, que se soltó, empujé los alambres de otra patada y cayó. Pasé por encima, recogí la linterna y seguí andando.

Fue un paseo duro y accidentado. La tierra estaba recién arada, no la habían sembrado todavía y los terrenos eran duros e irregulares. Me torcí los tobillos varias veces y me resbalé otras tantas en los huecos que había entre las matas. La única forma de orientarme era fijándome en alguna arboleda o en la chimenea de alguna casa lejana y tratando de caminar en línea recta respecto a ellas, que, por supuesto, cambiaban según me desplazaba yo. ¿Cómo se podrá uno orientar por las estrellas?, me pregunté. Luego caí en la cuenta de que las estrellas se mueven a diferente velocidad.

Pensé en intentarlo con las estrellas, pero me hacía demasiado daño cuando miraba hacia arriba.

Tuve que saltar doce vallas. En un par de ocasiones me ladraron los perros al acercarme demasiado a una granja. Así que dos veces me tuve que esconder en una zanja y esperar hasta que se encendía una luz, alguien gritaba al perro que se callara, el perro dejaba de ladrar y la luz se apagaba.

En la última valla tuve que hacer dos intentonas. Las piernas me pesaban como si fueran de plomo, y cada paso suponía un esfuerzo consciente como para seguir moviéndome a pesar de que alguien estuviera intentando clavarme un cuchillo en la ingle. Sin embargo, después de saltarla divisé una farola a cierta distancia y pronto me encontraba caminando por una acera, en dirección al centro del pueblo.

No me había orientado del todo mal. Llegué a la calle paralela a la principal, una manzana más arriba del hotel y casi en la esquina de la calle donde estaba el bar de la cerveza, que ahora no estaba abierto.

Bajé por el callejón, doblé la esquina y llamé a la puerta de la oficina del señor Embers, el jefe de Policía. Había luz, pero no contestó nadie.

Una noche muy tranquila, pensé.

14

Me senté en la acera a descansar, con la espalda apoyada en la puerta del jefe de Policía. Empecé a sentirme desfallecer, como me había pasado en el comedero, y me di unas bofetadas para espabilarme. Decidí que no me marearía, me puse de pie y me dirigí calle arriba hacia el hotel.

Sentía la misma sensación de estar en un pueblo fantasma y completamente desierto que había experimentado el día antes, pero ahora más intensa. Mis pasos sobre el asfalto hacían un ruido que infundía miedo. Sin darme cuenta empecé a caminar más de prisa, agarrándome a las fachadas de las tiendas como un fugitivo rendido.

En una de las tiendas había un reloj.

Me apoyé en el cristal haciéndome pantalla con las manos alrededor de los ojos para ver la hora. Eran las cinco y diez.

Me quedan dos horas y cuarenta minutos, pensé. Si llamara a Sam, quizá eso me confortaría... Pero no, a él no, a menos que lo tuviera todo arreglado.

Miré hacia la puerta del hotel desde la acera.

No sé cuándo me caí. No recuerdo haberme caído.

Después de un minuto, me di la vuelta para ponerme boca abajo y me apoyé en las manos para levantarme. Subí los escalones de una vez, agarrándome a la barandilla de metal. La puerta estaba cerrada; la aporreé. Había una luz en el vestíbulo, pero no se veía a nadie. Volví a golpear en el cristal. El joven con la cara llena de espinillas levantó la vista hacia la puerta. Golpeé de nuevo, y entonces él se levantó, salió del mostrador, cruzó el vestíbulo sin prisas y se me quedó mirando. Intenté abrir con el picaporte. El me miró fijamente, abrió los brazos y se encogió de hombros.

Por lo visto, las órdenes eran muy estrictas. No me podía dejar entrar.

Me encogí de hombros a mi vez como respuesta, me quité la chaqueta y me envolví con ella la mano derecha. Reuní todas las fuerzas que me quedaban en los hombros y en la espalda y atravesé el cristal de un puñetazo, haciendo mucho ruido. El empleado dio un salto hacia atrás.

—Abra la puerta —dije.

Esperó a que yo sacara el brazo del agujero que había hecho y luego, manteniéndose a cierta distancia de la puerta, dio vuelta a la llave. Abrí la puerta de una patada y él se echó para atrás cuando entré.

—Tengo que ver a la señorita Adams —dije.

—No está aquí —me respondió.

—Subiré a ver.

Me dirigí a las escaleras y subí al segundo piso. Me sentía un poco mejor de lo que me había sentido en las últimas horas.

Te vas acercando, pensé, la cosa está más fácil.

Tuve que concentrarme unos minutos para recordar los números de las habitaciones. Por fin pude encontrar lo que había sido mi habitación y conté las puertas hasta llegar a la de ella. Llamé con los nudillos y no me contestaron. Volví a llamar más fuertemente y seguían sin contestarme.

Ella no haría eso. No huiría.

Intenté abrir con el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. Empujé con el hombro e intenté forzarla, pero era una puerta maciza de las antiguas, y yo no tenía fuerzas suficientes. En cualquier casó, pensé, si ella estuviera dentro ya habría contestado.

Bajé por las escaleras al vestíbulo y me acerqué al mostrador. El empleado había desaparecido, pero la puerta de la oficina seguía abierta y dentro había luz. Di la vuelta al mostrador y entré en la oficina, donde encontré al empleado sentado a la mesa con el teléfono en la mano.

—¿Ha llamado ya? —pregunté.

—No.

—No se moleste. La señorita Adams me ha dejado una nota.

Abrió las manos como respuesta. Di la vuelta a la mesa y él se puso de pie y me siguió hasta el otro extremo.

—No que yo sepa…

—Entrégueme la nota que me ha dejado.

No se movió. Cogí el teléfono y lo colgué de un golpe seco. Entonces él salió de detrás de la mesa y se dirigió al vestíbulo. Le seguí y permanecí a su espalda mientras él buscaba en una caja y «Mac, son las cuatro y media y no he sabido nada de usted. He llamado a Jack Parrish y me ha dicho que tenía que hablarme acerca de usted y de Peter Davidian. Parecen buenas noticias. Había invitado a Mary Carpenter a cenar, pero no sé qué hacer si no tengo noticias suyas. Estoy esperando que venga Jack. Caroline A.»

Estrujé el papel y lo tiré al suelo. El empleado me observaba de cerca, como le observa a uno un perro cuando está esperando a que se despierte.

—¿Conoce a Bud Carney? —pregunté.

—Sí, claro que conozco a Bud.

—¿Dónde vive?

Se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, normalmente suele estar con sus padres, en la granja.

—¿Dónde está ahora?

—Él está…, ha venido aquí.

—¿En qué habitación está?

—No me acuerdo.

Lo agarré por los hombros y se tambaleó.

—Dígame la verdad —dije—, no se lo vuelvo a preguntar.

—En el tercer piso —dijo rápidamente—, en la trescientas tres, justo enfrente de la escalera.

—Deme una llave.

—No puedo…

Alcé la mano, agachó la cabeza, se acercó rápidamente a un tablero y me dio la llave. No sabía la poca fuerza que yo tenía en la mano alzada.

Con la llave en la mano, subí los tres tramos de escaleras y llegué a la habitación de Bud Carney. No me molesté en entrar discretamente. Cuando tenía la puerta abierta y la luz encendida, él ya estaba sentado en la cama, pasándose las manos por el pecho, muy velludo. No dijo nada, se limitó a mirarme.

—¿Dónde está mi coche? —le pregunté.

—Donde Jack, en el garaje.

—¿Dónde están las llaves?

—Ahí, encima de la cosa esa —dijo, señalando con la cabeza.

Me acerqué a donde señalaba y las cogí. Eran las llaves de verdad.

—¿Está cerrado el garaje?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Es una puerta eléctrica. Hay un interruptor en la primera puerta, a la derecha, según se mira al oeste, en la primera puerta de la calle principal, quiero decir. No tiene pérdida.

—Muy bien —le dije—. Vuelva a dormirse.

Apagué la luz, cerré la puerta y me fui. Cuando atravesé el vestíbulo el empleado de noche estaba sentado en un banquillo, inclinado sobre una revista abierta. Ya no me miró.

—Buenas noches —dije sin obtener respuesta.

Bajé los escalones y crucé la calle en dirección al callejón que daba a la tienda y garaje de Jack Parrish, Concesionario Distribuidor de Cosechadoras Internacional.

¡Vaya nombrecito!, pensé.

Tenía razón al decir que no tenía pérdida, que vería el interruptor. La puerta se levantó y allí estaba el coche, brillante y de aspecto potente. Abrí la puerta con la llave, me puse al volante y en seguida se encendió, lo cual terminó de hacerme sentir bien. Salí al callejón, seguí por la calle, giré a la derecha y me puse en camino hacia la casa de Parrish, en el extremo del pueblo.

El majestuoso camino asfaltado que llevaba a la casa estaba muy bien hecho y era muy suave. Cuando llegué junto a la puerta lateral apagué las luces y quité la llave de contacto. Al salir no eché la llave. La puerta de la casa, tal y como yo había esperado, estaba abierta. En los pueblos pequeños la gente no cierra las puertas de las casas con llave, si acaso las de los hoteles...

Me fue fácil orientarme en el interior. Había un gran salón con muebles sencillos y un poco más allá un estudio. Entré en eí estudio, encendí la luz y vi una gran panoplia de pistolas en la pared, algunas de ellas verdaderas antigüedades. En la panoplia había un hueco; el arma que debía ocuparlo normalmente estaba

sobre una mesa, en el centro de la habitación. Era una escopeta de cañón largo, muy potente. La cogí, me la puse bajo el brazo y me dirigí a las escaleras, que llevaban a un amplio pasillo en el piso de arriba. Entré en la primera habitación y, al mirar dentro, vi que estaba vacío. La siguiente estaba ocupada y entré en ella silenciosamente. Carolina Adams, completamente vestida, estaba tumbada en la cama, con la cabeza apoyada en el brazo y tapada hasta la cintura por una colcha estampada. Cuando la desperté se sobresaltó un poco. Se dio la vuelta y me miró fijamente, apoyándose en los codos.

—¡Mac...!

—Tranquila, todo va bien —dije—. Tenemos mucho que hacer. ¿Qué habitación es la de Parrish?

—Creo que es la del final del pasillo, por allí —señaló con el dedo.

—Mi coche está abajo, en la puerta lateral —dije—. Levántese y baje. Yo iré en seguida.

—Sí —dijo, retirando la colcha—. Escuche, Mac, no sé cómo sucedió. Yo no tenía noticias suyas y...

—No se preocupe —la tranquilicé—. Usted no tenía alternativa. Ahora baje al coche y espéreme en el asiento de atrás.

Asintió con la cabeza. Yo salí al pasillo y me dirigí hacia el fondo.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —preguntó Jack Parrish medio dormido, cuando abrí la puerta.

—Vamos, levántese —dije cuando encendí la luz

Se levantó rápidamente. Estaba en la mitad de la habitación cuando se dio cuenta de que yo llevaba la escopeta y entonces se paró. Tenía puestos sólo los pantalones del pijama, no la chaqueta. El pulso le latía aceleradamente en el carnoso cuello, como un pájaro cogido en una trampa.

—Vístase —le dije—. Tenemos que hacer una llamada.

Me miró fijamente, abrió la boca, volvió a cerrarla, echó un vistazo a la escopeta y luego se dio la vuelta y cogió un par de pantalones.

Según un pequeño reloj despertador eléctrico que había encima de una mesilla de noche eran las seis y cinco. Me dio la impresión de que iba bien. Lo cogí y le di la vuelta. El despertador estaba

puesto para las ocho menos cuarto, con lo cual Jack Parrish tendría quince minutos para levantarse y tomar una taza de café. Era una lástima que, a tanta distancia de Stateville, no pudiera disfrutar de la emoción adicional de sentir un momentáneo debilitamiento de la luz.

Se metió en un vestidor y yo me senté en el borde de la cama. En seguida me di cuenta de que estaba intentando hacerme perder tiempo. Volví a mirar el reloj. Eran las seis y cuarto.

Si han pasado diez minutos tan de prisa, pensé, tendremos que empezar a correr.

—Vamos —dije.

Me levanté y él se asomó por la puerta del vestidor; se abrochaba lentamente la camisa.

—¿Puedo preguntarle...? —dijo con una voz que no parecía la suya.

—Al diablo con eso —dije—. Vámonos.

Salió de atrás de un montón de trajes colgados. Cerca de la cadera llevaba un revólver, que vi antes de que él pudiera levantarlo. Disparé la escopeta al aire y él dio un salto. Hubo un ruido como si se hundiera la casa. En seguida se oyó la voz de la señorita Adams.

—¡Mac! ¡Contésteme! ¿Está bien? —gritó.

—Tire el revólver —dije.

Parrish me obedeció.

—Estoy bien —grité a Caroline—. Vaya al coche.

Parrish me miraba fijamente.

—Bueno, muévase —ordené .

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Yo le seguí al piso de abajo y luego al coche. Caroline Adams estaba en el asiento de atrás.

—Ha habido un ligero cambio de planes —le dije—. ¿Quiere conducir usted?

—Por supuesto —me contestó ella.

—Muy bien. El señor Parrish y yo nos sentaremos detrás.

Ella salió del coche, abrió la puerta delantera y se puso al volante.

—Usted primero —indiqué a Parrish con la cabeza.

El miró hacia mí, se inclinó y subió al coche.

—Hasta el fondo, por favor.

Se movió hasta el otro rincón y yo me senté detrás de Caroline Adams, con la escopeta en las rodillas y el dedo en el gatillo.

—A casa de los Carpenter —dije.

—¿Los...? —preguntó la señorita Adams.

—Tengo que hablar con Mary Carpenter —contesté—. Ya no hay tiempo para andarse con formalidades. Son más de las seis, no es demasiado temprano para levantarse.

Conducía el coche muy suavemente por la calle. Estaba amaneciendo y los árboles ofrecían un aspecto gracioso y tranquilo en aquellos primeros momentos del amanecer. Desde la calle se veía la alta silueta de la casa de los Carpenter. Caroline Adams metió el coche en el jardín y paró junto a la puerta lateral.

—¿Quiere entrar y ayudar a Mary a levantarse y vestirse? —pregunté a la señorita Adams—. Tiene que darse prisa.

—Sí, claro.

Salió del coche. Miré a Jack Parrish, que permanecía sentado con la vista fija hacia delante.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó.

—No quiero repetirlo todo dos veces —dije—. Limítese a estarse quieto. Usted conoce esta escopeta mejor que yo, pero yo también sé cómo funciona. No le dispararé, por supuesto, a no ser que mueva algo, como, por ejemplo, un dedo. Tengo prisa y estoy muy nervioso. Así que no se fíe mucho de mí.

Permaneció sentado en su sitio.

El ambiente del interior del coche estaba muy cargado. Apreté un botón y la ventana automática bajó; de nuevo tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no dormirme. El aire fresco me sentó bien, pero la cabeza no dejaba de zumbarme por dentro.

Caroline Adams salió de la casa llevando a Mary cogida de la mano. La chica parecía confusa y adormilada. Cuando se sentó al lado de la señorita Adams se quedó mirando al asiento de atrás y después de un momento dijo:

—Hola, señor Parrish.

—Hola, Mary —contestó él sin mover nada más que la boca.

La señorita Adams condujo hacia la calle y se paró.

—Siga hacia el norte, a la antigua granja de los Davidian —dije.

Me miró rápidamente, titubeó unos segundos y por fin arrancó de nuevo. Parrish empezó a volver la cabeza pero lo pensó mejor y se quedó quieto donde estaba, con la vista al frente.

Cuando llegamos al cruce con la calle principal la ciudad empezaba a despertarse. Tomamos la carretera que iba hacia el norte. Unas cuantas personas que había en la calle nos miraron distraídamente.

La gente no se interesa mucho por las cosas un lunes por la mañana, pensé.

—Mary —dije—, el otro día estuvimos hablando de la vez aquella en que Peter Davidian quiso arreglar la rueda del coche de Esther y cuando iba a cambiarla. ¿Te acuerdas? Tuvo que ir a buscar otro gato y Esther se fue con él...

—Me acuerdo —dijo, después de un momento.

—¿No puede ir más rápido este coche? —pregunté a la señorita Adams, que pisó el acelerador a la salida de la ciudad.

—Y tú te cansaste de esperar —seguí dirigiéndome a Mary—, y te fuiste del lugar donde estaba el coche. Alguien pasó por allí y te trajo al pueblo.

—Sí.

—¿Quién?

—Ya se lo dije... Tony Bledsoe. Pasó por ahí en un tractor.

—Así que Tony Bledsoe te llevó a tu casa. ¿Tú le dijiste lo del pinchazo?

—Bueno, claro...

—¿Y le dijiste también que Esther se había ido con Peter a la granja de los Sampson hacía tres cuartos de hora y no habían vuelto todavía?

—Yo..., creo...

—¿Se lo dijiste?

—Sí, creo que se lo dije.

—¿Te comentó él algo sobre eso?

—¿Que si...? No me acuerdo.

—¿Era probable que dijera algo? ¿O era sólo una cuestión que quizá le interesase o quizá no?

—No sé qué quiere decir.

—¿Pasó Tony Bledsoe por la gasolinera del pueblo mientras

estabais esperando a que arreglaran la rueda?

—El…, no me… Bueno, creo que sí.

—¿Estaba él allí cuando Esther le tomaba el pelo a Peter con lo de que se iba a casar con él y todo eso?

—Bueno, ella estaba hablando, como solía hacerlo…

—Así que Tony Bledsoe lo oyó.

—No sé.

—¿Le podría importar a Tony que Esther dijera una cosa así?

—¿Cómo iba a saberlo? No, no tenía por qué importarle.

—¿No tenía por qué importarle? ¿Seguro?

Jack Parrish volvió la cabeza, pero no le disparé. Le miré y me alegré de tener la escopeta en la mano.

—Tony le dijo a usted que Peter había ido el día antes al taller —le dije, dirigiéndome a Jack Parrish— y que le advirtió que algo le ocurriría a Esther si usted no tenía cuidado.

Clavó su mirada en mí.

—Peter nunca hizo eso —dije—. Tony se lo inventó. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar que si él se lo hubiera dicho en seguida usted podría haberlo impedido? Pero no se lo dijo hasta que ya era demasiado tarde.

Apretó los dientes y los músculos de la mandíbula se le marcaron, tensos.

—Mary —seguí—, Esther y Tony eran como…, salían juntos o algo así, ¿no?

—¿Salir juntos…? ¿Tony Bledsoe…?

—Sí.

El coche hizo un viraje repentino y Caroline Adams frenó y luego giró hacia la carretera comarcal. Frente a nosotros se podían ver las ruinas de la granja abandonada.

—Eso es una tontería —dijo Mary.

—Es una tontería pero es verdad —dije—. Y tú les hacías de tapadera, ¿no?

—No…, yo…

Frenamos bruscamente y entramos en el camino lleno de baches. El coche subía y bajaba dando tirones. Se paró a unos metros de la puerta del granero. Yo abrí la puerta, salí y me dirigí a Parrish

haciéndole un gesto con la cabeza.

—Vamos al granero —dije—, creo que le interesará.

Caroline Adams permanecía sentada al volante y Mary Carpenter se ocultaba la cara entre las manos.

—Por favor, entre —le dije—. No tardaremos mucho. Es muy importante.

—Muy bien, Mary —dijo la señorita Adams—. Vamos, no pasará nada.

Yo estaba dándole explicaciones a Parrish mientras entrábamos en el granero.

—Como ya le he dicho a la señorita Adams —dije—, Peter creía haber matado a Esther. Esther y él estaban tonteando en la sala de la casa de los Sampson, él se excitó y entonces ella decidió cortar, ya sabe lo que ocurre, y él se fue, dando un portazo, a cambiar la rueda y cuando regresó a recoger a Esther, ella ya no estaba allí. Así que él se fue a la ciudad y comió algo. Contó otra cosa, que él la había golpeado y que la muchacha se había desmayado. También dijo que otra persona había llegado al porche. Se inventó muchas cosas porque cuando contó la verdadera historia, la primera vez, nadie le creyó, ni siquiera su abogado, y él, entre el gran sentimiento de culpabilidad que tenía por haber estado tonteando con ella y la impresión de descubrirla asesinada en este granero…

Estábamos ya dentro. Tony Bledsoe estaba sentado en el borde de la plataforma, con el brazo roto sobre el muslo y la cabeza apoyada en otra mano. No nos miró.

—Pero algo de lo que Peter dijo no podía ser verdad, según yo lo veo —dije a Parrish—. No hay ningún porche delante de la casa de los Sampson, así que nadie pudo llegar a él. Cuando yo le dije esto, Peter me respondió violentamente que qué me importaba a mí si había porche o no. Otra cosa que me dijo fue que cuando lo encontraron en el granero todos se lanzaron hacia él y Tony Bledsoe también. Eso no pudo ser, porque Tony no estaba en el grupo de búsqueda. Estaba por el hotel, en el centro.

A un lado, Caroline Adams y Mary Carpenter estaban de pie justo en la puerta del granero. Tony Bledsoe levantó la mirada de la mano con gesto de dolor.

—Jack —dijo—, ¿traes a un doctor?

—Tony —seguí yo— había estado aquí antes de que llegara el

grupo de búsqueda, con Esther.

Bledsoe se estremeció como movido por un resorte y después se puso rígido y permaneció inmóvil. Los músculos de la mandíbula de Parrish se contrajeron alrededor de los dientes.

—Cuando Mary le contó que Esther se había ido con Peter a casa de los Sampson, Tony Bledsoe se sintió herido. Entonces, después de dejar a Mary en su casa, esperó cinco minutos, volvió a la casa de los Sampson y tuvo tiempo de sorprender a Esther tonteando con Peter. Este se marchó y Tony entró en la casa. Y basta ya de detalles. Lo más importante es que Peter Davidian no mató a Esther. Fue Tony Bledsoe.

Bledsoe volvió a mirar hacia arriba, buscando esta vez una forma de huir. Se levantó del borde de la tarima y Parrish estalló. Hizo un ruido como el de un pájaro sorprendido y se lanzó sobre Tony Bledsoe. Yo los observaba acariciando mi escopeta. Mary Carpenter salió corriendo del granero, gritando. Luego Tony Bledsoe también gritó. Sentí una mano que se me agarraba a la manga de mi chaqueta y vi que era la de Caroline Adams.

—¡Mac, por favor! —dijo—. ¡No le deje que...!

Fue como si me hubiese despertado agarrado al gatillo. La lucha terminó. Parrish se apartó. Tony Bledsoe estaba tumbado sobre el brazo bueno, jadeante. Lo último que recuerdo de ese granero es la cara arrugada del mecánico escuchimizado mirando asustado por encima del borde del comedero, donde se había escondido. Era un mal sitio para esconderse. Algunos lo sabíamos muy bien.

Afuera, Mary Carpenter estaba apoyada en el coche, con la cara entre los brazos. Caroline Adams intentaba consolarla.

—¡Parrish! —llamé.

Salió del granero con paso inseguro.

—Tengo que encontrar un teléfono —dije—. Conduzca usted, ¿quiere? Me puede dejar en cualquier parte y luego vaya usted a buscar un médico o un policía para que venga a recoger a Bledsoe. Un policía, mejor.

Caroline Adams ayudó a Mary a meterse en el coche y ella se sentó a su lado. Yo me instalé delante con Parrish, que dio marcha atrás en dirección a la carretera, dio la vuelta y se dirigió hacia el pueblo sin perder ni un minuto. No hablamos nada durante el trayecto, cosa que no me importó.

Conseguí hablar con Sam Birch por teléfono a las siete y veinte. A esa hora, en Stateville ya estarían preparando a Peter Davidian, muy amablemente, pero de forma implacable. Sam me conectó a su teléfono para que pudiera oír su conversación con el gobernador y lo que le contestaba éste.

—Davidian es inocente y sabemos quién mató a Esther Parrish —dijo Sam—. Se lo puedo entregar por escrito luego, cuando quiera.

—Muy bien, señor Birch —contestó el gobernador—. Voy a llamar al alcaide. Buen trabajo.

—Gracias, señor —dijo Sam Birch.

—Gracias por dejarme escuchar —intervine yo.

—De nada. Llámame cuando vuelvas a la ciudad. Podríamos tomar una copa.

—Eso estaría muy bien.

Colgué el teléfono y salí. Caroline Adams estaba apoyada en el quicio de la puerta de la oficina del jefe de Policía, donde Parrish me había llevado para hablar por teléfono.

—Gracias por todo —dije—. Siento lo melodramático de la escena, pero el tiempo apremiaba y tenía que hacer algo realmente espectacular para que Bledsoe estallara delante de Parrish. Tenía que tener testigos.

—No se disculpe —dijo ella—. Sólo hay una cosa que quisiera decirle, estoy segura de que Mary no tenía ni idea de que fuera Tony quien realmente asesinó a Esther.

—Yo también estoy seguro. De hecho, hasta ahora mismo, sólo hay dos personas que lo sabemos con absoluta seguridad, Tony Bledsoe y yo. Pero me da la impresión de que se va a enterar más gente antes de que acabe el día.

Permanecimos allí de pie un momento a la luz del sol de la mañana.

—«Parlez-vous français?» —le pregunté.

—«Oui…»

—«S'il vous plaît…» ¿Quiere usted desayunar conmigo?

—Cuando quiera —dijo sonriente—, cuando quiera, cuando tenga un rato.

La cogí de la mano y fuimos calle arriba hacia el Café Wesley.

—¿Habla francés de verdad? —me preguntó ella.

—No, nada de eso. Hablo Chicago.

Movió su mano dentro de la mía cuando cruzamos la calle. Era una mano muy agradable. Ella era una chica muy agradable. No la he vuelto a ver desde aquella vez en Wesley.